PAZ PADILLA

MADRE!



HarperCollins



HarperCollins

PAZ PADILLA

MADRE!



HarperCollins

PAZ PADILLA

MADRE!

HarperCollins

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

Madre! © 2024, Paz Padilla Díaz

© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Revisión editorial: Pablo BarreraDocumentación: Adrián Benítez

Diseño de cubierta: Rebeca LosadaFoto de la autora: Fran Medina

I.S.B.N.: 9788491398943

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

1. El Cachón

2. Ni pa correrte

3. Cristales sin ventanas

4. Qué dedo me corto

5. Una mano peluda

6. Solo estamos ensayando

7. Tanto follar es vicio

8. Bajo el árbol del paraíso

9. Volverá a ti

10. La voltereta

11. La calle Soledad

12. Comer y cariño

13. Entre risas y llantos

14. El órgano

15. Volar y dar con la vara

16. Prescripción facultativa

17. No llores más

18. No quiero perderme nada

19. No te quea na

20. ¡Shicorecorrío!

Biografía de Paz Padilla

Si te ha gustado este libro…

A las mujeres de mi vida: Anna, Doña Lola y la Cuchichina.

Y a mis hermanas y hermanos, que han caminado conmigo y compartido sus recuerdos.

Prólogo

Parí a mi hija Anna un 23F. Ya es casualidad, carajo. En el aniversario del asalto del coronel Tejero y sus colegas al Congreso de los Diputados. Eso sí, lo de Anna sí que fue un golpe de Estado en toda regla. Y a diferencia del de Tejero, este salió adelante: teta, biberón, pañal, lloros, guarderías, colegios, dientes, rabietas, adolescencia, peloteras de todo tipo…, y criándola sola. Eso es una dictadura y lo demás, cuento. Aunque ahora que lo digo, Anna seguro que también piensa lo mismo, pero al revés: «Qué pesada mi madre siempre encima de mí…», y más una madre como yo, que no deja de cachondearse de todo y ser el centro de atención.

Anna dice que de pequeña le daba vergüenza que yo fuera su madre, siempre haciendo el tonto a la salida del colegio. Estaba ella en clase un día copiando un ejercicio y de repente todo el mundo se echó a reír, señalando una ventana. La pobre mía se temió lo peor. No quería ni levantar la vista. Efectivamente, tras el cristal estaba yo haciendo aspavientos para llamar la atención de mi chiquilla. Y ella, tierra trágame, claro.

Anna es lo más bonito que me ha pasado en la vida y todos los sacrificios han valido la pena. En realidad, sacrificio no es la palabra. El sacrificio no tiene recompensa y yo no he perdido nada por ella: todo mi tiempo lo he dado con generosidad porque la amo, sin esperar nada a cambio. Y, aun así, ella me ha recompensado devolviéndome todo ese amor que yo le he dado.

Suena todo muy bonito, pero luego hay que vivirlo, ¿a que sí? Día a día durante veinte años… como mínimo, si es que no tienes garrapatas de los que superan la treintena sin independizarse. Pero yo no me quejo.

He sido estricta con Anna en las cosas básicas: las notas, las faltas de respeto, la desobediencia. Pero he tratado de no discutir nunca y mucho menos de imponer. La he enseñado a hablar de todo sin reparos, ya sea de lo divino —el amor— o de lo humano —el follisqueo—. Y reír, reír mucho, con cada tontada que pase en

el día, celebrar la vida, disfrutar de estar aquí. A cambio yo he aprendido de ella a valorarme como mujer, a hacerme fuerte y resistente ante las dificultades, a entender que lo que he conseguido, en un negocio rodeado de hombres y de gente poderosa, peleando por mostrar mi talento, me ha empoderado y me ha hecho libre. Tener al lado a mi Anna adulta me ha hecho ser mejor.

Pero si echo la vista atrás, me doy cuenta de que no es la primera vez que vivo este proceso. Solo que estando en distinta posición. Reír ante las adversidades, echarse a la espalda una familia, hacerse poderosa y valiosa ante su comunidad… eso ya lo hizo Lola, mi madre. Lo suyo con más valor, porque tuvo siete hijos, porque su marido y ella nunca tuvieron un duro, porque fue niña en una época que no tenía contemplaciones con los débiles.

Lola era una cachonda con un corazón muy grande. Muy mentirosa. Le encantaba el follón. Si te insultaba, se metía contigo y te hacía rabiar, es que te amaba. Su vida era humor. Cuando quería, encendía la llama. Le encantaba ser el centro de atención, explotando su vena de monologuista. Poseía un repertorio de anécdotas que le animábamos a que contara para deleite de nuestros amigos cuando estábamos en reunión. Las habíamos oído mil veces, las relataba siempre exactamente igual. Sabía dónde estaban los mejores chistes y dónde tenía que ponerse más íntima para ponerle también su lagrimita. Camaleónica, le daba a cada uno lo que necesitaba. A ver, no es que le regalara dinero a nadie, que ella no tenía un duro, pero sabía agradar a los demás y conseguía que se amoldaran a ella.

Todo el mundo oye, pero pocos escuchan. Lola era la que mejor sabía escuchar de cuantas personas he conocido. Pero tenía un reverso que no gustaba a muchos, porque cuando hablaba, sabía bien lo que decirte. A veces esas palabras eran bonitas y otras lo que hacía era, como se dice en Cádiz, mandarte al carajo. Porque, ya te aviso, tenía una lengua como un carretero. Eso sí, podía decir una barbaridad a cualquiera, pero no caer mal a nadie. Hacía reír con su franqueza. Y con ese superpoder conquistó a todos.

Pasó por momentos realmente duros, pero jamás perdió la alegría. Y eso que vivió en una época triste y oscura. Sin un duro, con familia numerosa, con gente a su alrededor con serios problemas con la bebida y toda una sociedad remando en contra, lo de empoderarse era un reto que podía costar la vida. Lola se

enfrentó a todo y se fue de este mundo siendo la versión de sí misma que había querido ser.

1

EL CACHÓN

Quiero que te imagines el sur de hace más de un siglo. Un mundo que no sale en las películas. No el de señoritas con sombrillas y faldas de vuelo y señores con bigotes enormes que les tapan las bocazas. Tampoco el de los coches con manivela ni el de los globos aerostáticos. Hablo del mundo de los que no tienen nada. Mientras en el centro de Europa se pegaban de tortas en la I Guerra Mundial, en un extremo del continente, ahí abajo, en el sur, la vida iba a otra velocidad. Más de la mitad eran analfabetos y muchos más de la mitad, pobres de solemnidad. Y muchos de los que tenían títulos solemnes, también eran pobres.

Mi abuelo era guardia civil y vino de Talavera de la Reina destinado a Medina Sidonia, el sitio con más títulos nobiliarios de la historia de España. Pero ninguno de esos títulos cayó en los Carboneritas, que era como llamaban a mi familia. Conoció allí a una muchacha, Anita, teniendo ella catorce años. Se juntaron una noche y pa to la vida. Pero literalmente: la familia de mi abuela les pilló en una habitación, tan solo charlando. Y cara a los ojos de todos, esa niña ya estaba destronada. Ni se pararon a preguntarles si había pasado algo entre ellos y mucho menos si sentían algo de amor el uno por la otra. Supongo que eso vendría más tarde. O no.

Por la profesión de mi abuelo se recorrieron la geografía española. Eran casi nómadas. Y por el camino fueron naciendo muchachos, Andrés, Pepe y Pedro. La primera niña, Lola, nació en un pueblecito de la sierra de Girona en 1928. España seguía siendo pobre, la mitad de sus habitantes seguían siendo analfabetos y aquel pueblucho, además, estaba más perdido que un daltónico jugando al parchís: en lo alto del monte, al final de una carretera de curvas, curvas y más curvas. Ya de mayor, Lola quiso ir para reencontrarse con sus orígenes. Por el camino iba más callada que la hache, con la cara blanca como el papel del váter:

—Paz, esto de reencontrarse con los orígenes de una a lo mejor está una mijita sobrevalorado.

Tras doscientas docenas de volantazos a diestro y siniestro y nosotras convertidas en accionistas de Biodramina, cuando por fin llegamos, mi madre respiró hondo y solo fue capaz de decir:

—Con razón nos largamos de aquí, carajo.

Hacía una temperatura tan baja que se te metía por dentro del cuerpo. Si pasamos frío aquel día, con todas las comodidades, cómo sería la cosa hace noventa años. Nos sucedió algo mágico mucho tiempo más tarde. Cuando Lola se estaba muriendo, tumbada en la cama, se quedaba mirando a la nada mientras decía:

—¿Y esa niña quién es? ¡Me está sonriendo! ¿Qué quiere esa niña?

Mi hermano Manolo se acercó adonde estábamos los hermanos y nos susurró:

—¿Vosotros sabéis que a mamá se le murió una hermana cuando era pequeña, verdad?

No teníamos ni idea. En aquel pueblo helador, durante la década de los treinta, Lola había tenido una hermanita chica. Falleció de neumonía, como no podía ser menos. Pero en sus últimos momentos, aquella niña le quiso acompañar, quizás vino a jugar con ella de nuevo. Tuvo que esperar un puñado de años, eso sí.

Lola tuvo otro hermano más: mi tío Juan, al que llamaban Lele. Este por lo visto era muy bruto. Pero bruto, bruto, bruto. Que ya he dicho yo que en esa época había mucho analfabeto, pero en ese pueblo si preguntabas por el Bruto, sabían que te estabas refiriendo al Lele.

Cuando estaba haciendo la mili, Lola y su padre fueron a visitarlo al cuartel. Lo destinaron a la otra punta del país y allá que fueron. No me preguntéis dónde, en palabras textuales de mi madre las coordenadas de la ubicación exacta eran «el quinto coño». Pero la ilusión de ver al pequeño vestido de verde, portando el cetme y con la bandera de la patria en el pecho, diluía todas las penurias. Medio sueldo se había ido en comprar frutas y un queso payoyo por insistencia de su madre, «que al chiquillo le gusta mucho». El queso por el camino iba hediendo que parecía un cadáver del Pleistoceno, y en cada autobús que montaban se hacía

un vacío alrededor comparable al área de seguridad de Chernóbil. Tras horas y horas de viaje, al llegar lo llamaron por megafonía:

—Juan Díaz García, acuda a la central. Juan Díaz García, acuda a la central…

Allí no acudió nadie. El encargado miró suspicaz a Lola.

—¿Pero usted está segura de que está aquí su hermano?

—Que sí, que sí, que nos ha mandado una carta con esta dirección, tiene que estar aquí.

Volvieron a llamarlo. Y nada.

—A ver, no se habrá confundido de nombre.

—Sabré yo cómo se llama mi hermano. Por favor, insista, que nos hemos recorrido media España para verle. A lo mejor con los disparos no le oye.

—Yo le llamo, pero usted saque esa comida fuera, que voy a tener que hablar al micro con la máscara de gas puesta.

—Yo la saco si usted le avisa, pero fuerte.

—Juan Díaz García. ¡Juan Díaz García!

El hombre gritaba por megafonía, que se oía hasta en el pueblo de al lado. Y nada… Primero frustrados y después preocupados, se tuvieron que volver. Quizá Lele habría puesto mal la dirección. Si no, ¿dónde iba a estar? Si la dirección no era esa, ¿cómo localizarle? ¿Se habría dado a la fuga? Se fueron comiendo el queso payoyo y las frutas pochas en el camino de vuelta. Con lo que habían costado, la del pobre: antes reventar que sobre. Y vamos si reventaron. Fueron dejando el rastro como Pulgarcito por toda la geografía española. Ya no sabían qué era peor, si la cagalera o la pérdida del hijo y hermano. ¿Tenían que dar a Lele por perdido?

Un año después, cuando ya casi no contaban con él, Lele volvió a casa. ¡Estaba vivo! Entró el muchacho por la puerta soltando el petate, pero con una cara de siete metros. Parecía un toro miura, echando humito por los orificios de la nariz.

—Hay que ver, todos mis compañeros recibiendo visitas durante el año y mi familia me ha tenido completamente abandonado.

Lola y su madre escucharon ensirocadas, con los ojos inyectados en sangre. Lola corrió al cajón de la cómoda, donde tenían su carta guardada, hasta entonces el último recuerdo del pequeñín a quien nunca más esperaban volver a ver.

—Nosotros fuimos a este cuartel, que hicimos más carreteras que los romanos. Si pusiste mal la dirección, ¿qué le hacemos? Encima tienes la poca vergüenza de venir enfadado, a saber en qué cuartel has estado tú.

—A ver la dirección.

Lele cogió la carta y la miró de arriba abajo.

—Esto está bien puesto.

—¿Entonces por qué no viniste, cojones? Que íbamos cargados como burras con comida, que no sé cómo no nos sentiste, porque el queso payoyo olía a tres kilómetros. ¡Media hora estuvieron llamando por megafonía! ¡Juan Díaz García! ¡Juan Díaz García! El hombre de la puerta venga a chillar, afónico perdido.

A Lele le cambió la cara en un instante.

—Aaah… yo es que creía que era otro.

—¿Cómo que era otro? ¿Ese no eres tú y tus apellidos?

—Yo qué sé… yo solo sé que me llamo Lele.

Buena persona era, aunque espabilado lo justo. Pero a cada uno hay que pedirle lo que pueda dar y no más.

Con esta tropa, Lola aprendió que más valía arremangarse y ponerse ella al mando de las operaciones, que era mejor no depender de los demás y que si cometía errores, que fueran los suyos. No dejaría su destino en manos de nadie.

La familia se terminó asentando en Zahara de los Atunes. Del sur más sur, al

fondo a la izquierda. A setenta y cinco kilómetros de Cádiz, que entonces eran más de cuatro horas de carretera, con un monte pelado a la espalda y al frente, una inmensidad de arena y mar para jugar y correr. A la derecha desemboca el río Cachón y más allá, kilómetros de playas cerradas por los militares. A la izquierda, un acantilado rompe la playa, un sitio tan perdido en la nada que allá se fueron a esconder un buen puñado de nazis a vivir la vida después de la II Guerra Mundial, con el beneplácito de la dictadura y sin que nadie fuera a buscarlos jamás. Aún hoy a esa zona la llaman la playa de los Alemanes.

El picoleto y Anita se instalaron en la parte de Zahara donde se hacía la almadraba, en una casucha con techo de uralita y un pequeño patio bajo la sombra de un árbol del paraíso. Allí solo vivía la gente de la pesca del atún, durante el resto del año no había apenas nadie. Pero con los años el pueblo fue creciendo y a la familia del picoleto comenzaron a apodarla los Cuchichines, porque mi abuelo cazaba perdices y para llamarlas les decía: «Cuchi cuchi cuchi». Y con eso se quedó.

—Ahí viene el Cuchichín —se oía por la calle cuando aparecía con la escopeta y los bichos atados a la cintura.

Así son las cosas en los pueblos, todo el mundo deseando encontrarte las vueltas para ponerte un mote. Allí abajo, en la España sin nobles, ese es el único título que se hereda. Mi abuela fue la Cuchichina, y a su muerte, Lola se coronó a su vez.

Y aquel lugar se convirtió en su patria. Y tiene su motivo, porque en Zahara es donde se inventó el cachondeo.

Como dije, el río de Zahara se llama Cachón. Y desde tiempo inmemorial, cuando había temporada de pesca del atún, el pueblo era punto de encuentro de marineros que iban de paso, de personas que venían a pescar, ganar dinero y a menudo… gastarlo allí mismo. Por lo que cuando había atún, había fiesta. Imagina cómo sería la juerga alrededor del Cachón que hasta inventaron una palabra. A ver quién tiene huevos hoy día de hacer una fiesta tan gorda como para salir en el diccionario de la RAE.

Allí, en la cuna del cachondeo, vivió gran parte de su vida la Cuchichina, y para su hija Lola fue el lugar donde siempre quiso volver.

2

NI PA CORRERTE

Como una parte del año Zahara estaba prácticamente vacía, un guardia civil destinado allí tampoco tenía tanto que hacer. ¿Y qué hace el diablo cuando se aburre? Nada bueno. A mi abuelo le dio por beber.

Cuando Lola nació, su padre cogió una borrachera tan grande que tardó una semana en acudir al registro civil, y cuando llegó a Cádiz y se plantó en las oficinas, ya no se acordaba en qué día había nacido la criatura. Como se quedaron siempre con la duda, nosotros, de toda la vida, celebrábamos su cumpleaños a veces un día, a veces otro.

Lola siempre me decía que cuando murió mi abuelo, encontraron botellas escondidas por toda la casa y el huerto, que iban apareciendo como los champiñones, años más tarde. Tú no podías escarbar para plantar una semilla en una maceta que no te saliera una botella de vino. Si lo calculabas bien, salía la fruta ya embotellada y todo.

Por si fuera poco, aquel hombre se murió dos veces. Resulta que mi abuelo cobró una paga un día y… desapareció. Se quitó de en medio. Pero no de «me voy al pueblo de al lado y mañana vuelvo», no. Desaparecer de darle por muerto. Pero como decía Peret: no estaba muerto estaba de parranda, y justo a eso se dedicó durante los años siguientes a jornada completa. Dejó a la Cuchichina tirada, con sus cinco hijos y su tejado de uralita.

Dicen que mi abuela era igual de cachonda que mi madre. Como el apartado del ocio no estaba muy implementado en el pueblo, el entretenimiento era acercarse a casa de la Cuchichina a escuchar sus batallas, sentados a su alrededor en la casapuerta, como esa imagen costumbrista que todos tenemos en la mente. Yo apenas tengo un vago recuerdo de ella, pero al final, por mucho que a veces intentemos ocultarlo, somos de donde venimos. Y viendo a mi madre, no me

resulta muy complicado hacerme a la idea de cómo debió ser mi abuela. Allí, a la sombra del paraíso, la Cuchichina se pasaba las noches poniendo a caer de un burro a su marido por haberla dejado tirada, como si le hubiera pasado a otra y no a ella.

—Madre, si volvieras a nacer, ¿te casarías otra vez con papá?

—Sí —respondía con rotundidad la Cuchichina—. Que se joda.

Mi abuelo se fue y lo dieron por muerto. Pero en aquella época y en aquellos lares ni seguro de vida ni pensión de viudedad, por supuesto.

La vida a partir de entonces se les hizo muy dura. Había días que salían a buscar caracoles o palmitos de la montaña, pero podían pasar otros sin tener nada que llevarse a la boca. Hasta los caracoles acabaron evolucionando; nada más ver a la Lola salir de casa, les crecían patas y corrían como lagartijas.

La Cuchichina vivía tan cerca de la playa que su patio era la orilla del mar, y la humedad, un miembro más de la familia al que había que poner otro plato de comer. Un familiar a quien no hacía falta prepararle la cama, ya que se encargaba de acostarse con todos al mismo tiempo.

—Mamá, hay un pulpo en mi cuarto.

—No me extraña, se está más fresquito aquí que en el agua.

Cuando tuvieron que legalizar esos terrenos, les hicieron pagar la friolera de veinte pesetas. Lo que en euros equivaldría a quince céntimos. Pero tenían entonces tan poco que aun así les costó Dios y ayuda conseguirlo. Mientras tanto, los que tenían dinero aprovechaban los precios tan bajos para apropiarse de hectáreas y hectáreas. Eran videntes y en su bola de cristal ya habían mirado que esas tierras junto al mar, en mitad de ninguna parte, iban a convertirse en oro en barras cincuenta años más tarde.

La Cuchichina instruyó a su familia en ayudar, no podía cargar con todo el peso ella sola. Cuidó a sus hijos según la ley de la siembra: si no la preparas, no puede estar lista para la cosecha. Ella ayudó sin medida y recibía lo mismo de los suyos.

Lola sacaba algunos durillos gracias a la cultura. Era la única de sus hermanos que sabía leer y escribir y una de las pocas del pueblo que sabía hacerlo. Y eso que escribía horroroso.

Cuando a mí, años más tarde, me dejaba algo escrito del tipo: «Paz, este fin de semana me voy al pueblo, te dejo apuntado todo lo que tienes que hacer», me entraban sudores fríos; no había manera de descifrar lo que había puesto en la nota. Yo no sabía si había que regar las plantas, apagar el butano, comprar para comer o terminarme lo que quedaba en el frigorífico… No te puedes imaginar lo que se complicaba para escribir la palabra «frigorífico». Yo lo miraba y pensaba si estaba practicando conmigo árabe o ruso. Tengo guardada una cajita con muchas de sus cartas. Si tú eres capaz de leer esa caja entera, te convalidan el B2 de cirílico.

Como los del pueblo estaban peor que ella, Lola se encargaba de escribir las cartas para todo aquel que tuviera que decirle algo a un familiar de fuera. A saber la de novios que no volvieron a buscar a sus pretendientas… Como les pusiera alguna dirección concreta, ya la habíamos liado. Lola iba para médico, la letra al menos la tenía.

Cobraba una peseta por escribir la carta. Y su clientela sobre todo eran los novios y maridos embarcados de las mujeres de la zona. Cuando venía alguien a contarle alguna pena o desgracia, mi madre la edulcoraba. O hacía como que escribía y no lo incluía. Para qué andar dando disgustos a los que estaban ya sufriendo en la distancia. La fantasía de Lola cogía vuelo en esas hojas, que para eso era una niña con ingenio. Cuántos volverían al pueblo imaginando encontrarse construidos palacios y alfombras rojas, para dar con las mismas casuchas con paredes de papel.

Qué más daba. Cualquier cosa mejor que pasar el invierno en medio del mar. Cuando volvían a casa, les parecía un palacio en comparación.

Entre una cosa y otra, la Cuchichina y sus hijos salieron adelante. Allí nadie se murió de hambre y, cuando no comían, usaban la boca para reírse a todas horas. Las mujeres del pueblo venían con su silla de enea a sentarse cada noche bajo el árbol del paraíso a escuchar las mismas historias contadas una y otra vez por la matriarca, burlándose de su picoleto borracho. No se guardaba nada, porque lo

que ocultas, te somete y lo que cuentas, te libera. Allí, en una esquina, jugaba Lola y aprendía el mismo desparpajo, la misma sorna y la misma mala leche que su madre. No necesitaban a nadie más.

Pero como el que se cae de la bici, que siempre se cae dos veces, al cabo de los años, el pasado llamó a la puerta.

Es de noche, todos arremolinados alrededor del brasero de picón y una toalla en el filo de la puerta para que no se cuele el levante. Suenan unos golpes en la puerta que parecen la llamada de un fantasma. Y tanto.

—¡Cuchichina! ¿No te alegras de verme?

Y Cuchichina cierra de nuevo de un portazo. Al sentarse en la camilla, los niños se miran mosqueados.

—¿Quién era, madre?

—Un fantasma, pero de verdad.

Suenan de nuevo golpes en la puerta.

—¡Aaaaaaaaah! —el coro de niños sale acojonado a esconderse bajo las camas. La Cuchichina se levanta de nuevo hecha una furia.

—¡El hijo de puta este, que viene con un abrigo lleno de piojos!

Abre la puerta, arrebatada, y se encuentra al picoleto dispuesto a bajarse los pantalones.

—Pero ¿qué ibas a hacer, cacho guarro?

—Que me estaba meando, cojones.

—¡Pues no tendrás mar ahí delante, que tienes que mear en la puerta de casa!

—Déjame entrar, Cuchichina, que hace mucho levante.

—Como si hace poniente. ¿Tú te crees que puedes venir aquí después de tantos años sin decir ni mijita?

—Es que se me lio la cosa.

—¡Que los niños se van todas las noches sin cenar a la cama, que ya no quedan ni caracoles en el campo para comerse!

—Pues hablando de eso…, te he traído perdices.

El picoleto levanta un manojo de aves muertas como si fueran un trofeo. Y a la Cuchichina se le cambia la cara.

¿Qué habrías hecho tú? Yo, desde luego, volver a cerrarle la puerta en las narices. Pero… eran otros tiempos.

—Mira, tú a un hombre no lo necesitas ni pa correrte —me decía Lola cuando me separé de mi primer marido y no hacía otra cosa que llorar—. Fíjate en lo que le pasó a tu abuela. Eso era de lo más común, hija. El viejo se fue y ¿nos morimos nosotros de hambre? Pues no, salimos adelante. No veas qué tipín se nos puso con tanta que pasamos. Pero salimos. Y si era común que el marido se fuera, más todavía era que con el tiempo volviera y las mujeres tragaran sin rechistar. Mi padre regresó, mamá se puso hecha una furia… y al final le abrió la puerta. Y luego hay quien dice que antes se vivía mejor. Lo que pasaba es que se les permitía de todo a los hombres. La guerra civil pasó por medio y ella no podía estar sin uno. Menudo miedo se pasaba. A su marido no le amaba, y aun así puso por delante que no sufriéramos nosotros. Pero ¿tú? Tú olvídate de ese hombre que te ha dejado. Quiérete a ti misma. Eso es lo que le faltaba a tu abuela, la Cuchichina, que nos daba amor a todos, pero ella no se quería tanto. Si no, se habría dicho: «¿Qué carajo hago yo soportando esto?». El puñal de tu enemigo lo afilas tú, tú decides si ese puñal te va a hacer daño. Una comienza a amarse a sí misma cuando un fantasma aparece después de tres años y lo mandas a tomar por saco. Eso es quererse una. Eso, y tocarse un poco el chocho para darse alegría, tú me entiendes.

3

CRISTALES SIN VENTANAS

Cuando uno entra en Zahara, se puede ver un gran letrero que dice: «Doña Lola». No es por mi madre, que bien podría ser, pero sí tiene relación con su historia.

Ese hotel pertenece a la familia de los Trujillo, quienes permitieron que mi madre se fuera a trabajar con ellos cuando contaba doce años. Apenas le pagaban, pero con tal de tener un plato de comida bastaba para que mereciera la pena. A ella desde luego, pero a los patrones mucho más, porque Lola trabajaba todo el día y la comida que le daban era más de rata que de Ratatouille. Los huevos eran un lujo. Pero mi madre, que a falta de convenio laboral lo que hacía era echarle morro, se metía en el corral, hacía un agujerito a la cáscara y sorbía los huevos. Y luego los dejaba colocaditos en su sitio otra vez.

Después, si sus jefes decían algo, ella les echaba la culpa a los roedores. Si hoy alguno del pueblo se siente ofendido por lo que Lola les hizo a sus antepasados, que no se preocupe… yo le compro dos cartones de huevos y en paz. Literalmente, lo comido por lo servido.

Una de las hijas de la familia Trujillo se quedó embarazada de un militar de la zona. Aquello era un escándalo. No la podían casar porque el hombre estaba ya comprometido. Para que el pueblo no hablara más de la cuenta, a esta muchacha la familia decidió quitarla de en medio y se la llevaron a Cádiz. Mira, otro ejemplo para nostálgicos de lo bien que se vivía antes: un prenda te deja preñada y quien se tiene que esconder eres tú.

Esta señorita no podía irse sola a la ciudad y decidió llevarse consigo a una sirvienta de su confianza. La elegida fue la pequeña Lola. A partir de ahí y para siempre se separó de su familia y comenzó su vida independiente. A labrar su propio destino, como había aprendido a hacer en el pueblo. Llegó a «la gran

ciudad», un laberinto para quien, hasta ahora, solo había tenido como límites la playa y el monte.

Cuando nació el bebé de la señorita, Lola lo cuidó como si fuese suyo. Aunque ya antes había cuidado de su hermano Lele, esto fue distinto. Mañana, tarde y noche le tocó cambiar pañales, dar papillas y pasear carritos. Ella sabía, mejor que su propia madre, cuándo tenía hambre y cuándo el culo escocido. Cuando lloraba por las noches quien se levantaba era ella y cuando había que jugar al escondite o conspirar para comprar chuches, allí estaba también. Si el niño tenía rabietas, unos cuantos chistes; si se aburría, unos buenos sustos; si se entristecía, una broma ingeniosa. Jugando como una niña, aprendió a ser madre. Y con el paso de los años, esa cría se convirtió en toda una joven de ciudad.

Se volvió amante de la calle y de los hombres. Como era la que salía a la compra, enredaba con el pescadero, con el tendero y con todo el que le gustara. Luego quedaba con ellos los días que libraba, que era uno solo a la semana. ¿Qué iba a hacer si no la chiquilla? Sola en Cádiz interna en una casa, separada de su familia, en una ciudad bastante moderna para la época. Tenía unas ganas locas de pasárselo bien. Y vaya si lo hacía…

A veces se le amontonaban. En su día libre tenía que cuadrar la agenda como una ministra. Para no quedarse plantada, quedaba con varios al mismo tiempo, asumiendo que la mayoría no se presentaría, y luego el asunto bordeaba la tragedia.

—Lola, ¿no vas a salir? —le preguntaba el domingo su señora.

—No puedo, señora… Me he asomado por la ventana y está el carnicero en la esquina, el pescadero al lado de la farola, y enfrente el tendero.

Y se quedaba en casa sin librar el día.

Antes de mi padre, hubo otro hombre. Ella jamás aceptaría ponerle al nivel de novio, porque nos repetía una y otra vez que no pasó nunca nada con él, ni tan siquiera un beso. Era un muchacho sencillo, atento, servicial, igual hasta era buena persona, o incluso guapo. Solo había un problemín y era que no tenía dientes.

Iban a tomarse un «topolino» a la heladería de Los Italianos, en la calle Ancha, y mi madre se quedaba mirando al muchacho tomarse la bola de nata. «Hay que ver cómo rechupetea este hombre. No sabe na…», reflexionaba para sí. Pero de ahí no pasó la cosa.

En aquella época, el título de «novio» te lo daban bien rápido, quisieras tú o no. Pero, claro, había que rezar para que no le gustaras al feo del barrio. Porque como el feo dijera que le gustabas, pasaba a tener el sobrenombre de «pretendiente». Y de pretendiente a novio hay una finísima línea, casi transparente, en la que una se veía envuelta sin poderse despegar el chicle del zapato. Entonces comenzaba el cachondeíto: «Por ahí viene tu novio», «¿Qué te ha regalado tu enamorado?», «Te pones colorada cuando aparece»… y acababas bailando agarrada con él en las fiestas patronales.

Lola se veía proyectada en el futuro siendo el hazmerreír de todo el Mentidero a causa de ese encantador muchacho desdentado y la perspectiva no le hacía ni pizca de gracia. «Y si se pone dentadura postiza, peor. Con la de adoquines sueltos que hay en la plaza de San Antonio, se tropieza y salen los dientes volando hasta la Alameda. Con todos los hombres que hay en este mundo, alguno encontraré que tenga las muelas en su sitio», se decía.

Picando de flor en flor, pero sin ser mosquita muerta, pasó estos años Lola hasta que un día la familia de los Trujillo decidió cortarle el grifo a su hija.

—Lola, lo siento, pero ya no te puedo pagar más, no tengo ni para mí. Vas a tener que buscarte otra casa.

Y eso hizo. No le costó mucho esfuerzo porque conocía a todo el mundo en La Viña. Y así llegó a la casa de don Carajito. Que, si una lo piensa bien, vaya mote con más mala leche. A saber quién del barrio le vería al hombre sus partes. Alguna que se quedó chafada al encontrarse una pichita vietnamita.

Don Carajito, junto con otros de Cádiz llamados los Ortega, eran popularmente conocidos como «la maldad en cuatro tomos». Eran los encargados de realizar los desahucios de la época. Eran de esa gente a la que les encanta joder indiscriminadamente apoyándose en cifras, balances y cuentas de explotación, dejando a las personas y sus sueños en un segundo plano. De esos que luego, si te los cruzas por la calle, no levantan la vista porque se saben responsables,

pero en casa, muy ufanos, hablan de responsabilidad y beneficios mientras se toman un güisqui on the rocks y ponen los pies en alto. Como están llenos de bilis, la cara se les pone verde y acaban encogidos de tanto mirar para abajo. Conocí yo a uno hace poco y era así tal cual; en su empresa le llaman el Enterrador. Imagínate a qué se dedica cuando lo llevan a un departamento que produce menos que los demás. Por suerte, Lola le cayó en gracia a don Carajito, pero tampoco podía una fiarse del todo. Más valía tener a uno de los cuatro tomos contento, no te fuera a caer encima la colección completa.

Fue en esa época cuando comenzó a ver a un muchacho que se paseaba por la zona. Este sí tenía molares, premolares y caninos. También una napia como proa del Titanic, pero eso no está tan mal visto. Era cristalero, y nadie podría haberle dado un oficio que le definiera mejor, porque era transparente y luminoso. Su cara reflejaba el estado de su alma, no tenía doblez ninguna: era tranquilo, firme y cálido. Todo lo que necesitas de un buen vidrio.

De nombre, Luis, y de bolsillo, vacío. A decir verdad, tampoco él había tenido una vida fácil. Fue hijo de madre soltera. La Sole había venido de Madrid a Cádiz con una barriga a cuestas. Nunca se supo quién era el padre, pero, una vez más, la castigada fue ella, obligada a abandonar la casa familiar y largarse al lugar más alejado posible. Más allá de Cádiz solo queda el mar, así que allí se quedó. Como no tenía de qué vivir, ejerció la profesión más antigua y más triste, aunque la llamen la vida alegre. Su nombre de guerra, la Madri. El pequeño Luis iba para Expósito de apellido, que era el que se ponía a los que no tenían padre —ni siquiera en esos casos se usaba el apellido de la madre; ni para eso valíamos —, pero apareció un camionero que se arreboló con la Madri de mala manera. Mejor dicho, de muy buena manera, porque no la dejaba ni a sol ni a sombra y hasta le dio el apellido a su hijo. Desde entonces, Luis fue Luis Padilla.

Lola y Luis el cristalero se hicieron novios, y esta vez a ella no le importaron las etiquetas que les pusieran los demás. Salieron juntos durante casi una década, sin poder independizarse de verdad a causa de lo poco que ganaban. Y, sin embargo, cuando se casaron, lo hicieron de manera rápida, demasiado rápida. De eso nos enteramos mucho más tarde. Un día mi hermano Manolo, el mayor, rescatando de un baúl viejo el antiguo libro de familia, leyó que mis padres se casaron en el 59. La fecha no era rara, lo raro era el mes. Solo dos meses antes del día en que nació él.

Yo fui a pinchar a la Lola con el asunto y ella negaba la mayor.

—Nonono. Yo no me acosté con tu padre nunca antes del matrimonio.

—Mamá, que tú te casaste embarazada…

—Sí, pero acostarme, no me acosté: yo lo hice en una escalera.

La verdad es que apuraron más de la cuenta. Querían haberse casado en cuanto Lola notó que andaba preñada, pero Luis tuvo un accidente con la moto y estuvo con la pierna escayolada muchos meses. La cosa se fue alargando, y el niño dentro creciendo. Un día, don Carajito la vio, con Manolito ya casi asomando para pedir tabaco y aquel le dijo que no podía seguir así. Que tenía que casarse. Y la palabra de un señor de bien más valía cumplirla. La alternativa era quedarse en la calle, no fuera a ser que hubiera especulaciones sobre la relación entre la criada y el patrón. Por muy pequeño que fuera su carajito.

Como lo de desahuciar era algo que se le daba muy bien, cuando su amo dijo: «Creo que vas a tener que casarte», Lola captó la indirecta a la primera. Y espabiló todo lo que pudo.

Estuvieron a puntito de celebrar el feliz acontecimiento en la habitación del hospital de residencia, porque el pobre Luis no se podía mover y Lola, casi que tampoco. Escacharrados como iban, ayudados por sus familiares, llegaron hasta la iglesia de Santo Tomás y allí santificaron aquello. Casi hicieron un dos por uno de boda más bautizo, pero Lola aguantó sin romper aguas. Y del tirón, de nuevo para la habitación del hospital. Qué mágica noche de bodas. En un hotel de cinco estrellas, con champán en botella de suero.

No es que mi madre se hubiera aburrido hasta entonces, pero en ese momento cambió su vida otra vez y para siempre. Había estado sola desde que era niña, viendo a su familia, con suerte, un día al año. Había aprendido a ser independiente, a solucionar problemas sin que nadie le sacara las castañas. Se había empoderado sin saberlo, por necesidad. Pero ese día en Santo Tomás dejó de estar sola y ya no lo estuvo más nunca.

En la época, tener treinta años y no haber sido madre aún se traducía en otra etiqueta: te habías quedado para vestir santos. Sin embargo, aunque Lola tardara mucho en tener su primer hijo, fue empezar y le cogió el gustirrinín. Tras nacer el primero vino otro, y otro y otro… y así hasta siete. Durante los veinticinco años siguientes, la gente del Mentidero siempre recordaba a Lola embarazada. Embarazada y de cachondeo.

En uno de los primeros viajes que hicieron Lola y Luis a Zahara de los Atunes, ella le sugirió que debía estirarse con su suegra, ya que iba a ser la primera vez.

—Ya que tú eres cristalero, ¿por qué no le llevas unos cristales para las ventanas? A ti te sale barato y no veas lo bien que le va a venir a ella en esa casa tan antigua que tiene.

—Pero y ¿de qué estamos hablando? ¿Cuántas ventanas hay?

—Uy, por lo menos tres o cuatro. Uno por cada lado de la casa.

—¿Y de qué tamaño?

Lola, así a ojo, estiró los brazos. Luis la miraba calculando. Según la veía guiñar el ojo, ella ampliaba el tamaño alejando las manos.

—No sé… Lo mejor sería llevar unos cristales grandes y cortarlos allí.

—Eso, eso, burro grande ande o no ande.

Luis se fue a acostar y valoró los pros y contras de la propuesta. Zahara estaba en el quinto infierno y llevar los cristales iba a ser un drama turco. Pero agasajar a la suegra no era asunto para tomar a la ligera. Decían que la Cuchichina era una matriarca de sable y penacho. Al borrachín de su marido lo tenía andando en fila india. Él, que auguraba para sí un destino similar con su propia esposa, no estaba por la labor de tener, además, a la suegra también con el silbato en su chepa. Removiéndose en la cama sin poder dormir, decidió que no había alternativa: tener a la Cuchichina de su lado era una obligación consumada. Costara lo que costara.

Como no tenían coche, Luis cargó los cristales, envueltos en mantas con elaborada dedicación, en el autobús desde Cádiz hasta Barbate, donde acababa la línea. Bajaron cristalero, Lola, bebé y cristales para subir al carromato que llevaba a Zahara de los Atunes. Con la gente que había a la espera, allí no entraban los cristales, así que Luis alquiló un borrico para cargarlos y tiró de él caminando por la playa… once kilómetros.

Era día de levante, por lo que burro y cristalero se comieron la mitad de la arena

que había en la provincia. Atravesó la zona militar, temiendo que algún gracioso les fuera a lanzar un torpedo y le chafaran el regalo a la suegra. Acongojado, tiraba de las bridas mirando los puestos de vigía en lo alto del cerro. Digamos que el pollino tampoco se mostró colaborador y había que pararse cuando lo decidía el señorito.

—No, si encima hacemos diana fácil, aquí plantados en tol medio. Como los soldaditos tengan hoy día de prácticas, vas a ver cómo corres, burro de los cojones.

Al final de la jornada, deshidratado, tostado por el sol y revoleado por la levantera, vio aparecer las casas del pueblo. Lola le había avisado de que la primera que vería sería la suya, en este extremo de la villa. Allí le estaría esperando toda la familia con los brazos abiertos.

Sonreía ya moviendo los brazos para ver si le veían desde lejos cuando, al distinguir la primera casa, se le heló la sonrisa y se le paralizó el brazo en alto. Debajo del árbol del paraíso había, en efecto, una pequeña casa, tan pequeña que era casi una chabola, con su techo de uralita… y sin ventanas.

Lola y la Cuchichina, que eran prácticamente iguales, le esperaban revolcadas en el suelo de la risa. A Luis la broma le pareció que tenía la gracia donde las avispas, pero antes de que él o el borrico se liaran a coces, madre e hija se apresuraron a darle bien de comer y beber para que aguantara con estoicismo el cachondeo del que iba a ser víctima el resto de la noche, con las amigas, en el corro que se formaba en la casapuerta.

Dicho lo cual, los cristales se quedaron en una esquina y poco a poco, según fueron ampliando y arreglando la casa, se les acabó dando uso. Luis aprendió que en el lote del matrimonio venía no una, sino dos elementas de cuidado. Así que hizo lo que mejor sabía: tomárselo con calma y reírse con las dos. Detrás de una mujer con tanta fuerza, hay que saber ser grande para poder estar en la sombra. Que por mucho que una corra, las sombras son más alargadas y llegan siempre más lejos que tú. El cachondeo de Lola era su mayor virtud, y su mayor coraza. Y Luis, qué remedio, aprendió a vivir con ello.

4

QUÉ DEDO ME CORTO

-Niña, tú eres radioactiva.

Yo creo que mi madre quería decir hiperactiva, pero la entendíamos igual. Nunca fue muy cuidadosa pronunciando palabros. En cualquier caso, yo le daba motivos, porque era un terremoto de escala 7,5. De chica, yo pensaba que mi nombre era Cállate. Patilarga, con churretes en la boca, gafas de culo de vaso, debía ser un cuadro, pero de Picasso. No paraba quieta. Bueno, ni entonces ni ahora. El día siempre se me queda corto: cuando no estoy trabajando, voy al gimnasio, a clases de salsa, me apunto a un curso online o saco a pasear las gallinas del huerto. Lo que sea con tal de vivir la vida hasta la última gota. Pero es lo que veía siempre hacer a la Lola. Ella se levantaba a las cinco o las seis, limpiaba, dejaba la comida hecha, nos llevaba al colegio, se iba a trabajar, por la tarde hacía arreglos de ropa y chapuzas en casa. Porque Lola sabía hacer de todo. Cambiar enchufes, hacer cemento, poner ladrillos, lo que hiciera falta, siempre trabajando y sin quejarse nunca de nada.

—No puedo parar, si no a esta gente no le doy de comer.

No es que quiera yo hacer aquí un elogio del sacrificio femenino. Ya te he dicho que el sacrificio no compensa como objetivo de vida. En eso, Lola no era como la Cuchichina, que dedicó su vida a los demás y luego se quedó sola. Lola no se baldaba porque fuera su deber como miembra del sexo débil; lo hacía porque, con todos contentos en casa, todos nos divertíamos juntos. Siempre procuró que los problemas de los hijos estuvieran al mismo nivel que los de los adultos y que a casa vinieran nuestros amigos como si fueran familia.

—Aquí tienen la puerta abierta. Los amigos de mis hijos son mis amigos.

Eso lo llevó a rajatabla. Y, en consecuencia, el 22 de la calle Soledad era la casa

de tócame Roque.

Además, allí no era ella la única que curraba. Todos los hermanos hemos crecido peleándonos por quién es Pepe Gotera y quién es Otilio. Los siete tenemos un máster en electricidad, fontanería y albañilería cum laude.

Cuando vivía en Barcelona, compré una casa adosada en una urbanización. Era muy mona, pero un poco alejada, así que decidí ponerme un portero automático con cámara de vídeo. Y digo bien, en primera persona: ponérmelo yo misma. En mi día libre llevé la caja de herramientas a la entrada y me puse a sacar cables del hueco de la puerta. Tira del cable rojo, corta el cable azul… como en las películas, donde consiguen apagar una bomba justo en el último segundo. Pues yo hice lo mismo. Pum. Apagué el barrio entero de un plumazo. Se fue la corriente hasta el final de la calle. Pero yo fui más rápida que la luz. En cuestión de segundos recogí todas las herramientas, el videoportero de los cojones y escondí los cables pelados que sobresalían del hueco de la puerta. Cuando la vecina de al lado asomó la cabeza por la valla que dividía los jardines, yo ya estaba regando con natural desapego.

—Oye, Paz. ¿A ti no se te ha ido la luz?

—Pues no sé, estoy aquí con las plantas y no me he enterado…

—Llamaré al administrador. Esta urbanización, siempre igual.

—Si es que construyen con materiales muy malos.

—Les voy a decir que vengan enseguida. Así no podemos estar.

—Y que paguen ellos, que es culpa suya.

Una cosa no aprendí yo de Lola: a saber cuáles son mis límites. Eso me ha hecho soñar con la Luna y reventar tendidos eléctricos. Pero no pasa nada, Lola nos enseñó algo aún más valioso: a mentir como bellacos.

Lola, si hubiera nacido hoy, se quemaría las pestañas a tutoriales de YouTube. No dejaría de aprender. A mí, desde luego, solo hay que tocarme una vez las palmas.

—Esta lavadora es la mejor, señora. Cuando venga el hombre a ponérsela, que

tenga cuidado con…

—¿Por qué tiene que venir un hombre a instalarme nada?

—A ver, alguien tendrá que hacerlo…

—Aquí tienes a ese alguien delante. Dime lo que me tengas que decir, que la voy a instalar yo.

—¿Usted? Je, je.

Esto me pasó en una tienda de electrodomésticos hace poco. «Je, je», dijo. No puedo con esa risita de superioridad.

—¿Sabes lo que te digo? Voy a aprender a instalarla y tú vas a ser el primero en enterarte. Así nos saludamos otra vez.

Y lo hice. Vaya si lo hice. Esta vez no reventé la red eléctrica de mi pueblo ni provoqué ninguna inundación que arrasara la comunidad autónoma. Instalé la lavadora, lo grabé y lo subí a las redes nombrando al picha floja que me la vendió. Seguro que todavía tiene su Instagram petado.

En fin, todo esto venía a que soy radiactiva desde chica. Me mandaba mi madre a comprar el pan para comer y yo tan feliz; así salía a la calle. Me encontraba con uno y con otro, charlábamos o nos íbamos a ver a un tercero. Total, que llegaba de vuelta a las ocho y sin pan. Lola se ponía como un becerro.

—Al final he tenido que bajar yo a por el pan y encima la comida se ha quedado en el puchero. Pues te lo tomas de merienda.

A ver, que no digo yo que una berza no sea más saludable que el pan con Nocilla, pero gusto no daba. La merienda es la merienda. Pero, qué coño, las horas de disfrute en la calle bien valían un castigo repugnante de cuando en cuando.

Tenía yo siete años cuando mi casa salió ardiendo. Los muebles, la ropa, la comida, todo lo que teníamos se lo comieron las llamas. Lola estaba preparando el almuerzo cuando empezó a oler a chamusquina desde las habitaciones. Nos

sacó de allí lo primero y después intentó salvar el monedero y una chaqueta de espigas. Que la desgracia le había cogido con la bata de guatiné y una tiene que estar presentable hasta en la peor de las ocasiones. Las llamaradas salían por la ventana. Los bomberos llegaron a tiempo y al menos la vivienda siguió en pie, aunque el techo de una de las habitaciones se cayó entero.

En los días siguientes el barrio se volcó en ayudar a mi madre: los vecinos nos llevaron a cada uno a dormir a una casa, nos trajeron comida y ropa, tanta que llenó una habitación entera. Yo estaba encantada, era la primera vez que estrenaba vestidos; hasta entonces siempre había heredado todo de mis hermanas. El único problema es que no teníamos armarios para meter todo aquello.

Durante mucho tiempo las amigas de Lola, cuando me veían a mi aire, le decían:

—Mujer, ¿no la vas a castigar nunca?

—¿Cómo la voy a castigar si la tengo viva?

Podía haber sido una tragedia mucho mayor, así que no, nunca me dijo nada. Ni yo tampoco. Guardamos el secreto las dos y se dio por válido el argumento de mi padre de que la causa había sido un cortocircuito.

Hasta que un día Lola recibió una llamada. Era mi profesora del colegio.

—Dolores, quería preguntarle si es cierto una cosa que me ha contado la niña.

En el fondo, yo estaba cargada de remordimiento y casi era peor que mi madre no me estuviera culpando. Así que fui a la profesora y confesé de una vez por todas que yo había sido la causante del incendio. Me había llevado las cerillas de la cocina a mi cuarto porque había aprendido a encenderlas y quería demostrarme a mí misma que podía hacerlo sola. Me escondí debajo de la cama y me puse a encender una tras otra. La funda que forraba el colchón prendió por abajo y de ahí la colcha, el papel de las paredes, las cortinas… y todo lo demás.

Lola lo sabía y nunca le dijo nada a Luis ni a nadie. Ni a mí. Ella intuía que no me hacía falta. Yo sabía que había hecho algo mal y cada vez que oía eso de «¿no la vas a castigar?», tenía miedo de que estuvieran hablando del incendio. Entender que nos podíamos haber muerto de aquella era algo más abstracto para mí; un niño no piensa en la muerte como algo que le pueda pasar a él. Pero me

cagué, claro que me cagué. Asumí mis culpas, no le eché el marrón a nadie. En ese perdón implícito que me dio Lola estaba mi liberación. No iba a aprender nada de un castigo, al confesar ya había aceptado yo la culpa. Me liberó porque dejé de tener remordimientos. Y, además, tenía siete años, Lola no quería que yo cargara con una culpa toda mi vida, o que lo asumiera como una adulta. Lola y yo sabíamos que nunca más iba a hacer algo semejante.

Jamás tuvo de qué preocuparse. Desde entonces, todo lo que he destrozado en mi vida ha sido fuera de casa.

Bastante entretenimiento tenía Lola en el día a día. Con siete hijos, siempre pasaba algo; uno tenía un accidente con la moto, a otra le había dejado el novio, un tercero había suspendido. O todo a la vez, como me pasaba a mí. Después de Manolo, el que llegó antes de tiempo, vinieron Lola, Ana, Sole, Luis y yo. Y todos más dislocados que un trompo. Y yo no sería la última. Cuando, años más tarde, salieron aquellas noticias terribles de monjas que robaban niños para dárselos a señores ricos sin hijos, ella decía que ojalá se hubieran llevado a alguno de los suyos. Si hubiera vuelto a empezar, habría preferido tener menos, pero eso ya no tenía remedio.

—¿Qué dedo de la mano me corto que no me duela?

Mi casa era un cajón de sastre, ideal para jugar. No había rincón que no explorara. Y eso que contenía sus peligros. Mi padre tenía trozos de cristales por todas partes.

—Nunca se sabe cuándo habrá que hacer una chapucilla.

Con esa expectativa difusa, los cristales se amontonaban encima de los muebles, debajo de las camas o metidos en bolsas de basura apoyados en las paredes.

—Papá, me he vuelto a cortar tocando un filo. Esta casa es un campo de minas.

—Eso es lo que tiene la vida. Si uno quiere ser cristalero, se tiene que arriesgar a cortarse de vez en cuando.

En una de mis exploraciones por la casa, saltando de cama en cama, noté un rebote extraño en la de mi hermano Luis. Teníamos somieres de muelles que se

hundían por el desgaste. Y también por jugar a la cama elástica, todo hay que decirlo. Anda que no he salido volando yo veces y dando con las gafas en el suelo. Con las gafas y con los piños.

—Niña, ¿no te puedes romper algo que no cueste dinero?

El asunto es que la cama de mi hermano sonaba diferente. Aquello no te eyectaba como a un hombre bala, te quedabas en el sitio, con un toc toc toc como tieso. Retiré la colcha y las sábanas para investigar. Bajo el colchón y sobre el somier había una tabla de madera. Se ve que querría mantener la espalda recta. En ese momento escuché la voz de mi hermano, que acababa de llegar a casa. Como no le gustaba que enredara en su cuarto, me deslicé como una lagartija debajo de la cama. Se ve que no había aprendido que bajo la cama siempre está el peligro. Vi sus pies entrar en la habitación y sentarse encima de mí, sobre el colchón, para quitarse las zapatillas. El somier se hundió hasta casi tocarme las narices. Lo cual tampoco era muy difícil; desde chica yo he tenido un mascarón de proa que podía hasta cargar con un ancla. En aquel momento descubrí el secreto de mi hermano Luis. Entre la tabla y el somier tenía escondida una buena colección de revistas porno. El método era infalible: si una levantaba el colchón para cambiar las sábanas, vería la tabla y no las revistas. Admiré su ingenio y me lamenté de que no se me hubiera ocurrido a mí. También es verdad que no tenía revistas guarras ni ninguna otra cosa que esconder. Qué simple era yo y qué misterioso mi hermano.

Mientras se cambiaba las zapatillas y tiraba las usadas bajo la cama, a mi lado, poniéndome en peligro de muerte por asfixia, yo admiraba también el tamaño de aquellas ubres hinchadas de las portadas, rebotando ante mis ojos según Luis se levantaba y volvía a sentar. Por fin, mi hermano salió de nuevo —este era otro que le gustaba la calle más que a un pedal una bicicleta— y pude emerger de debajo de la cama.

—¡Mamá, mamá! ¡Mira lo que tiene aquí el Luis!

—Anda niña, claro que lo sé. Déjalo, que con eso se hace tu hermano las pajas.

De golpe se me cayó la admiración por el hermano mayor; la matriarca lo sabía todo. Aviso para navegantes: si yo quería esconder algo en el futuro, iba a necesitar más magia que Tamariz. Cuando, años más tarde, mi hermana Sole se casó con un mago, pensé «qué querrá esconder esta, que no lo vea mamá». No

había nada que se escapara de su visión de rayos X.

En aquel momento, todo sea dicho, no sé si me sorprendió más su superpoder o la naturalidad con la que hablaba de la masturbación. Por joder, a mí me habría encantado que sacara las revistas del escondite y verle la cara al Luis cuando volviera de farra. En lugar de eso, las dejó en su sitio para que siguiera con el disfrute.

—El que no desfoga a solas, desfoga pronto y mal.

Aunque en el momento no entendí el aforismo, tomé buena nota. Se me debió quedar en el subconsciente o algo así, porque cuando me llegó la edad, bien que hice caso.

Aunque a Luis no le dijo nada de las revistas, sí le mortificaba de cuando en cuando delante de todos nosotros.

—Luiti, come más, hijo, que con los meneos que le estás dando a la manivela te vas a quedar escurrío como una pasa.

Y me miraba a mí de reojo. Me encantaba compartir un secreto con ella.

—No sé cómo puedes dormir con esa tabla tan dura —continuaba yo—. Te vas a quedar más tieso que una escoba. Anda, papá, quítasela.

Y mi hermano se ponía blanco escuchando aquello.

—De eso nada. El colchón duro es lo mejor para la espalda.

—Y para la picha.

Y él se iba mosqueado sin acabar de cenar. Lola indagaba mucho con él y con todos. Cuando volvía por las noches después de salir con las amistades, quería saber cómo le había ido. El preservativo era entonces un artículo de lujo, y así le fue a ella, que se dejó llevar por Alí Babá y acabó casi con cuarenta ladrones.

5

UNA MANO PELUDA

Hay una palabra que utilizamos mucho en Cádiz: jartible. Oficialmente es un sinónimo de pesado, insistente. Pero… no es cien por cien eso. Si vienes una temporada por aquí, podrás diferenciar a un pesao de un jartible. La línea es muy fina, pero a su vez no tienen nada que ver.

Si hay alguien que puede definir el jartible en su mayor exactitud es mi hermano Luis, al que apodábamos el Trompeta. El sobrenombre ya orienta, aunque, bueno, ahora está mucho mejor de lo suyo. Para ser más concreto, el sujeto en cuestión sería mi hermano Luis cuando era joven. Que jartible más jartible. Pero insisto, no pesao. A un pesao no se le soporta. A un jartible puedes amarlo, incluso ser el amor de tu vida. Si el Trompeta sacaba a alguien de sus casillas siendo jartible era sobre todo a mi madre. Mucha gente dice que mi hermano Luis es la representación masculina de Lola. Yo me negaba a admitirlo, pero desde que mi madre se fue, mi visión ha cambiado. Lo veo entrar por la puerta y es como si ella le acompañara, pero por dentro. Sus gestos, su picardía… lo jartible que era… Porque Lola se quejaba de mi hermano Luis, pero es que ella no se quedaba atrás. Era la jartible superiora. Los dos juntos eran un espectáculo de variedades. Solo había que sentarse con unas palomitas para verlos.

No te puedes imaginar cuando a Luis le dio por aprender a tocar la guitarra. Hijo de puta, qué mal tocaba. Tortura china. Habría hecho hablar hasta a Vladímir Putin en una sala de interrogatorios.

Pero es que el muchacho a veces venía de fiesta a las tres o cuatro de la mañana, se sentaba a los pies de MI cama, cogía la guitarra y se ponía a tocarme canciones. Bueno, tocar por decir algo, porque aquello sonaba que parecía que estaban lijando un aluminio oxidado. Hace poco le pregunté que por qué hacía eso. Tenía esa espinita clavada, porque han pasado los años y yo no entendía en qué cabeza entraba. Al menos, que hubiera repartido el peso del infortunio

graznándole a cualquiera de los otros cinco. A decir verdad, despertaba a todo cristo, pero tenerlo cantando a tus pies era un plus de violencia sonora que deja huella por los años. Aún hoy me despierto sudando en mitad de la noche y farfullando: «¡No, Luis, no, por tus muertos!».

—Pues porque era un jartible —me argumentaba él con peso filosófico—. Si mamá decía que tenía que estar en casa a las tres, estaba a las tres. Vale. Pero a las tres recogía mi cuerpo, las ganas de cachondeo no.

Y tras una de estas noches que llegó a las tantas y se puso a tocar la guitarra… Amanecimos al día siguiente con la trágica noticia de un guitarricidio.

El disgusto de mi hermano fue monumental. La versión oficial fue la de un inesperado accidente. Lola fue a coger una manta de encima del armario de mi hermano, la guitarra cayó al suelo…, y calló de una vez y para siempre. Con ella se silenció también la voz del Trompeta, para descanso de todos. Pero su silencio tenía otro motivo: él sabía que no había sido un accidente. Fue un acto terrorista, un ajusticiamiento, un golpe a la cultura y al amor por la música y, sobre todo, un golpe a su coronilla. Lola le había estampado la guitarra en la cabeza.

—Lola, mujer, en la cabeza no, que está estudiando —se lamentaba mi padre.

Lo harta que debía estar de los graznidos del mochuelo para actuar con una furia de esas características. La historia se repetía, porque a mi padre le había pasado lo mismo cuando era chaval. La abuela Sole le partió su guitarra en un arrebato del que nunca se repuso. Truncó un futuro dorado en el mundo de las artes y luego él nos pasó los genes a ver si alguno salíamos farandulero. Menos mal que este guitarrazo no me lo llevé yo.

El Trompeta, avergonzado, mantuvo la versión oficial, pero le quedó un resquemor contra su madre que le duró exactamente seis días, hasta que encontró por la calle una sierra mecánica y se entretuvo en una nueva vocación. Carpintero o asesino en serie, no recuerdo bien.

Nunca volvió a aparecer un instrumento en casa. Reconozco que aun habiendo sido aquel un acto unilateral, violento y falto de consenso por parte de la matriarca, fue enormemente tranquilizador para el resto de la familia.

Mi hermano el Trompeta se reformó con los años, pero ahora le ha salido una hija exactamente igual que él. Un jartible reconoce a otro y ha de aceptar su

destino. Puede ser cansino para los que lo sufren, pero mejor ser un jartible que un pesao. Al jartible se le puede amar con todo tu ser, como yo quiero a mi hermano.

Volvía yo a casa una mañana después de mi sesión de infierno en el colegio de monjas, cuando encontré la puerta de casa entornada. Qué raro.

—¿Mamá?

Silencio. Pero silencio del chungo, no del normal de cuando no hay nadie en casa y tú aprovechas para tirarte eructos porque nadie te va a reñir. No: silencio del de sentir una presencia. Silencio de muerte. Metí la cabeza en la cocina. Nada. En el salón, en el baño. Nada. Hasta profané el dormitorio de mis padres, donde casi nunca nos permitían entrar. Empecé a preocuparme un poco. Jamás estaba la casa vacía cuando volvíamos del cole. El olor a la comida de Lola siempre estaba presente, como ella, pero ahora no estaba. Oí el crujido de una puerta. Me acerqué a una habitación. Vacía. Entré en mi cuarto temblorosa. No estaba dispuesta a moverme de allí hasta que llegara alguien. Cerré la puerta tras de mí —algo que nunca hacía— y me quité zapatos y abrigo con nerviosismo, dispuesta a esconderme bajo las sábanas. Abrí el armario para guardar el abrigo cuando oí…

—Paaaaaaz…

Una voz cavernosa salía de lo oscuro del ropero mientras una mano se abalanzaba hacia mí. Salí corriendo y me estampé contra la puerta del cuarto. Maldición, ¿por qué la cerraría? Gafas al suelo. Cegata perdida, miré a mi espalda por si la presencia me perseguía. ¡Sí! Se acercaba hasta mí, borrosa por mi miopía, hasta que estuvo a un palmo de mi nariz —lo que era aún bastante distancia— y pude descubrir, cubierta por un siniestro trapo de cocina, a la jartible de mi madre que llegaba a asaetearme a cosquillas.

—¡Aaaah! ¡Mamá, otra vez, te mato!

Porque nos lo hacía constantemente. Le encantaba asustarnos.

—Si no te has escondido, tiempo has tenido.

Una de sus diversiones favoritas era moverte las cosas de sitio para hacerte creer que había fantasmas. Los traumas que mis hermanos y yo tenemos gracias a Lola serían la delicia de cualquier psicoanalista. Tú llegabas con tu mochila, la dejabas en el salón y ella, con mucho cuidado, te la movía a la cocina. Y cuando te quedabas un poco rayada, se sentaba contigo a contar historias inventadas de seres de otra dimensión que habitaban en casa. A veces, si sabía que mis hermanos o yo estábamos cerca, se quejaba en voz alta:

—Ay, Dios mío… si yo he dejado los tomates aquí en la cesta… ¿Quién me los ha movido a la habitación? Si es una broma, no tiene gracia, ¿eh?

Los tomates no se habían movido de ningún lado, pero con eso conseguía meternos el miedo en el cuerpo. Y cuando ya nos tenía en shock con las lágrimas saltadas y el cuerpo temblando, oíamos sus carcajadas a todo volumen.

—¡Mamá, se lo voy a decir a sor Florencia! Que nos educas metiéndonos sustos. A ver si te castiga a ti…

—Más vale que os meta yo sustos ahora y os vayáis preparando para cuando seáis mayorcitos. Anda que no os queda na. Así se os pasa el miedo a la vida.

Esta sor Florencia, a todo esto, era un bicho. Lola se llevaba fatal con ella.

—Paz Padilla, eres una payaso.

Aunque era verdad, Lola nunca me dijo algo así. Nunca me dijo que hacíamos el tonto. Le gustaba que disfrutáramos del ahora.

Una vez la monja me pegó con la regla en la mano y la traje colorada como un fogón de la vitro. No digo yo que no me lo estuviera buscando, pero ni a una niña tan cargante como yo le sirve de nada enseñarle a golpes. No hay más que verme: sigo siendo exactamente igual que entonces.

El amor es lo que te tiene que impulsar a seguir luchando. El castigo físico solo ayuda a descargar la frustración de quien lo inflige. La letra con sangre entra, para presumir hay que sufrir, ganarás el pan con el sudor de tu frente…, parece que toda recompensa tiene que ser tras torturas y sufrimiento. Si no nos duele, no somos merecedores de los triunfos. A Lola esto no le gustaba nada y no iba a

dejar las cosas así.

Me llevó de la mano —veía las estrellas porque me iba estrujando— y se plantó en el despacho de sor Floren a pedir explicaciones.

—Su niña se ha pasado toda la mañana tirando perdigones de papel con el tubo del bolígrafo. Ha fusilado a toda la clase sin excepción.

—Todas las niñas hacen el gamberro entre ellas.

—Digo que no ha habido excepción. A sor Camila le ha acertado en el ojo izquierdo. Todavía están en el ambulatorio intentando sacarle el proyectil.

—Pues si hay que castigarla, me lo dice usted a mí y yo ya veré qué hago con la niña. Pero ya puede dejar ciega a toda la congregación, que usted no vuelve a tocarla. ¿O es que vengo yo a darle un bofetón cuando se queda usted dormida en clase?

Sor Florencia nos miraba de hito en hito, balbuceando.

—¿Qui… quién dice que me duermo?

Yo intentaba mirar para otro lado. Sor Floren se dormía cada vez que recitábamos el catecismo en alto y nosotras aprovechábamos para cantarlo cambiando la letra por barbaridades de chochos y nabos.

—Y tú a ver si eres más espabilada —me decía Lola cuando volvíamos para casa —. Si vas a hacer una trastada, apunta para otro lado, coño. Esta Floren es una necia. La sabiduría no tiene escuela, Mari Paz, hay que vivirla. Y esta no sabe nada de la vida.

Para que exista la comedia, alguien tiene que sufrir. En el circo siempre hay un payaso que recibe todas las cachetadas. En mi casa, para nuestra fortuna, quien recibía habitualmente los tartazos cómicos era mi padre.

—Luis, tenemos que ir al cementerio a cambiar las lápidas de mi tía la de Medina.

Muchas de las lápidas de los cementerios estaban recubiertas de cristal. Cada cierto tiempo quebraban por los cambios de temperatura y entonces mi padre iba con unos cristales a arreglarlos. Como tenía que trabajar en la fábrica, quedaron al caer la tarde, a última hora, antes de que cerrara el cementerio.

—Luis, vete para allá a la derecha, que yo voy por esta otra calle a ver cómo está la del primo de los Carboneritas, no vaya a ser que haya quebrado también.

En cuanto Luis echó a andar, se fue detrás de él a paso lento. Mi padre encontró a la tía de Medina y se puso a medir el nicho cuando comenzó a oír unos susurros.

—Luiiiiiiis… Luiiiiisss…

Luis pegó un respingo que casi parte los cristales.

—¡Lola! ¿Dónde estás? ¡Vente para acá! —gritaba enfadado para ocultar su pánico.

—¡Luiiiiiis… voy a por tiiiiii!

—¡A tomar por culo!

Luis cogió los cristales y los tiró al suelo. Salió zumbando del cementerio y enseguida vio aparecer a Lola muerta, pero de la risa. Se le mudó el susto por cabreo, sobre todo consigo mismo. Como si no la conociera.

Pero las bromas de sustos y cementerios se le acabaron al poco tiempo.

Lola era muy escéptica y se reía de todo aquel que tenía fuertes creencias. En especial le hacía mucha gracia meterse con su amiga la Michelina, crédula como pocas, supersticiosa y anclada a sus costumbres.

La Michelina le pedía cosas a don Rosendo. Cuenta la leyenda que en el cementerio, en la primera fila del cuarto patio, hay enterrado un señor llamado así, a quien se le atribuye algún que otro milagro. Era habitual encontrar su lápida llena no solo de flores, también de artículos ortopédicos u objetos queridos por un enfermo con el fin de sanar a los dueños de los mismos.

Cuando Lola iba al cementerio con la Michelina, esta debía pasar por allí a dejarle alguna ofrenda, porque siempre le estaba pidiendo algo. Harto debía de estar el hombre en su nicho de que esta lo usara como si fuera una ventanilla del ayuntamiento, pero más harta debía de estar la Michelina de mi madre, que se pasaba la tarde riéndose de las creencias de su amiga.

Una noche de Todos los Santos, después del paseo para dejar flores y del consiguiente cachondeo sobre la tumba de don Rosendo, Lola se fue a la cama y empezó a tener una serie de sueños raros. Soñó que llamaban al timbre. La puerta de la casa de Soledad, 22 tenía una ventanita que hacía las veces de mirilla, pero dejando una gran apertura. En el sueño, ella bajaba las escaleras, abría esa ventanita en mitad de la noche y por ahí entraba una mano peluda y le daba un guantazo.

Al día siguiente, cuando Lola despertó, no supo diferenciar la realidad del sueño. Tenía marcas en la cara como si alguien le hubiera estampado un bofetón.

—Eso es que tienes cargo de conciencia —mi padre malmetió enseguida. Se le notaba un aire de revancha por todas las bromas que recibía.

—No… —susurró Lola con temor—. Esto ha sido don Rosendo.

Estuvo todo el día haciendo las labores del hogar, pero con un reconcome que no la dejaba tranquila. Tras muchas horas de darle vueltas, decidió salir de casa rumbo al cementerio.

Fue a la tumba de don Rosendo y allí hincó las rodillas.

—Yo te pido perdón, don Rosendo, con toda mi alma y todo mi corazón. Perdón por no haber creído en tu alma piadosa, perdón por haberme cachondeado de mi amiga. Yo te hago una ofrenda y lo que haga falta, pero por favor no me vuelvas a meter esa hostia.

Por supuesto, no creía demasiado en lo que estaba haciendo. Pero procuró que no se le notase, porque si había un mínimo de posibilidades de que fuera cierto, al menos se libraría de sueños con bofetadas.

Volvió a casa, se acostó. Tuvo un sueño plácido donde nadie llamó a la puerta de la calle. Y al día siguiente, amaneció con la noticia de que le había tocado la lotería.

Alegre como un lechón revolcándose en el barro, fue a recoger las ganancias. Lo fácil que había sido librarse de las conjuras del muerto. Tan contenta estaba que volvió a comprar lotería con la misma terminación. Cuál sería su sorpresa al comprobar al día siguiente que le había vuelto a tocar.

Aquello se estaba poniendo serio. Don Rosendo le estaba advirtiendo de que lo suyo era cierto. Con una mosca bien gorda detrás de la oreja, Lola fue de nuevo a la administración de lotería y de nuevo compró otro número con la misma terminación. Y al día siguiente, de forma afortunada y siniestra al mismo tiempo, de nuevo le tocó el premio.

Lola pasó una semana sin dormir del tembleque que le dio. Finalmente, decidió seguir siendo una incrédula como hasta entonces, porque total, el infierno ya lo tenía ganado pecando con su marido todas las noches. Pero por si acaso, con don Rosendo, se permitió una excepción. Tres premios de lotería bien valen creer en los muertos.

Si pudiera encontrar un objeto clave de nuestra infancia, buscaría el casete del chiste de la Mari Luz. Un objeto clave y con valor incalculable para mí y alguno de mis hermanos.

El premio de la lotería de don Rosendo fueron exactamente veinte mil pesetas que aprovechamos, entre otras cosas, para comprar un radiocasete último modelo. Para darle uso, nos hicimos también con un pack donde podíamos encontrar los principales éxitos de zarzuela, Manolo Escobar y Antonio Machín, la Santísima Trinidad del matriarcado de la época. Lo que elevaba la calidad del aparato era que, además de escuchar, se podía grabar. El futuro estaba en nuestras manos. Aprovechamos que mi abuela Sole tampoco escuchaba mucha zarzuela y grabamos encima de algunas cintas. Seguro que nosotros le íbamos a dar mejor uso.

Estábamos al quite, atentos como un francotirador, para pulsar el botón de grabar en el momento en el que ocurriera algo suficientemente interesante como para pasar a la historia.

Un día vino a casa nuestra vecina Mari Luz. Se pasaba las horas charlando con

mi madre de todo lo que ocurría en el patio. Era el Facebook del momento.

—Te voy a contar un chiste que me han contado.

Era la señal. Saltamos como guepardos a pulsar el REC para inmortalizar el momento.

RUIDO DE CRUJIDOS: Nosotros dándole al botón y enfocando el micrófono.

MARI LUZ: Dice del tío que está en la playa tomando el sol en pelotas, con sus dos huevos morenos y la porrita ahí colgando, y para que no le diera el sol, una gorra que le tapaba toda la cara.

LOLA: Chist, niños, quietos ya, escuchad…

MARI LUZ: Y ahora vienen dos tías por la orilla y le dice una a la otra: «Uuuy, y ese tío, mira mira, está ahí en pelotas». «Uy, yo no lo conozco». Y dice la otra: «Del pueblo tampoco es».

SILENCIO: Todo el mundo pensando.

LOLA (chillando): ¡Aaaaaaajajaja! ¡Del pueblo tampoco es! ¡Será golfa la hija de puta!

RISAS Y APLAUSOS: Se viene abajo la sala. Palmadas y risas al barullo.

Mientras La verbena de la paloma se pasaba el tiempo cogiendo polvo en la estantería, la cinta de Mari Luz la gastamos, como el amor, de tanto usarla. Daba igual cuantas veces oyéramos el chiste, que siempre que lo poníamos acabábamos llorando de la risa. Ya no solo por la ordinariez, sino por la risa de mi madre, tan contagiosa que era imposible aguantarse. Lo poníamos, lo escuchábamos, y vuelta a rebobinar. Y así hasta que nos dolía la barriga. La risa que se comparte genera oxitocina, la hormona de la felicidad. En esa casa nos metíamos unos chutes como para morir de sobredosis. Más que cómica, yo me he convertido luego en una camella: he provocado más enganche a la oxitocina que todos los narcos de Sinaloa a la cocaína.

6

SOLO ESTAMOS ENSAYANDO

La noche de Reyes siempre era el gran momento del año. Y yo he inculcado esa tradición a mi hija Anna. En mi familia, la batalla eterna entre Papá Noel y los Reyes Magos se saldaba con una clara victoria por parte de los tres muchachos de Oriente.

Admito que el argumento de recibir los regalos el día 24 por la noche es completamente ganador: los niños tendrían más días de vacaciones para jugar. Pero me la suda. La dictadura del folclore manda y hasta el día 6 por la mañana en mi casa no hay regalos. Y si no te gusta esto, te vas a Míchigan, pero a mi casa no.

En aquel entonces, mi madre nos cogía y nos ponía a todos en fila militar, ordenados por año de nacimiento y alturas, que parecíamos los hermanos Dalton. Nos sacaba al descansillo fuera de la casa y no nos dejaba entrar. Montaba una parafernalia enorme para las posibilidades que podía ofrecernos. Los mejores años había un regalo para cada uno, pero lo normal es que hubiera o bien uno para todos, o todos para ninguno. Pero incluso si algún año no había regalo nos hacía el mismo show: íbamos entrando y lo que había dentro podía ser un baile, o un espectáculo de variedades improvisado sobre la música de Marifé de Triana o de Manolo Escobar. Pero tanto los años más opulentos como los más duros, nunca perdió las ganas de cachondeo y de hacer de ese día, independientemente del dinero que hubiera, el mejor del año.

Según se acercaban las fechas, nosotros activábamos el radar. Comenzaba por una serie de preguntas, así como tontorronas, dejando caer globos sonda.

—Mira qué bien le sienta el traje de gitana a tu amiga Pili. Seguro que tú ibas a

estar guapísima…

Yo no iba a estar guapísima ni aunque me pusieran una bolsa de basura en la cabeza, pero ahí se encendía un piloto rojo. Aquella era pregunta de Reyes. Había que cuidar bien la respuesta, para que no hubiera malentendidos.

—Lo que le sienta bien a Pili son unos vaqueros Levi’s etiqueta roja que me encantan.

—Uy, nonono, a ti los vaqueros te van fatal, que te hacen muy patilarga.

Y con eso yo ya sabía que unos Levi’s no me iban a tocar y ella que el traje de faralaes me la traía floja. Entre este juego de sobreentendidos y malentendidos pasaban las primeras semanas. Luego venía el momento de las decisiones y para nosotros el del espionaje. Una noche estaban mis padres ya acostados y el Trompeta con nosotras, en la habitación de las niñas.

—Están hablando de los Reyes.

—Sabrás tú.

—Vas a ver como sí. Voy a escuchar.

—Como te pillen, te la cargas.

Luis se acercó despacito arrastrando los calcetines para no hacer ruido y pegó la oreja a la puerta de mis padres. Desde allí escuchó la voz clara de la Lola.

—Al Luiti le vamos a comprar un monopatín.

La cara de Luis cambió por completo. Se puso serio, pálido, flácido. Los músculos no le respondían. Ni siquiera volvió a nuestro cuarto. Se encerró en su habitación y se echó sobre la cama con la cara hundida entre los brazos. Al día siguiente, el Trompeta no hacía bromas ni nos hacía de rabiar. Para qué queríamos un hermano en esas condiciones. No paraba de llorar. Uno a uno, cada uno de nosotros, incluidos mis padres, nos acercábamos a intentar sonsacarle el motivo de su desgracia. Como éramos tantos, debió hartarse del paseíllo y después de varias horas de llanto, ya más morado que una uva moscatel, se rebeló contra lo inevitable.

—¡Que no quiero un monopatín! ¡Que yo quiero un Scalextric!

A Lola aquello le sentó a cuerno quemado y estando a dos días de Reyes tenía tan poco margen de maniobra, que ni monopatín ni Scalextric. No tuvo nada. Lo peor no fue eso; lo dramático fue la cara de mi hermano Luis cuando bajó la mañana de Reyes y vio en la plazoleta del Falla que el regalo de moda de esas Navidades eran… los monopatines. Todo el mundo patinando. Todos menos él, por carajote. Pero es que a quien le hacía más ilusión el regalo era a la Lola. Y hay una cosa que no se le puede hacer nunca a una Padilla: romperle la ilusión.

Aquella fue una excepción. Por regla general, daba igual lo que estuviera pasando, que alrededor de la familia solo hubiera desgracias, nunca perdíamos la ilusión por el día de Reyes. Yo sigo hoy igual de jartible. En agosto empiezo ya a agobiarme pensando en que no llego a tiempo. Lo que regalo al final es lo de menos, para mí lo importante es el show. Como hacía Lola.

Lo que había que hacer cuando te levantabas ese día no era ir al salón, porque allí no ibas a encontrar nada. Lo que hacíamos era ir a aporrear la habitación de mis padres, a avisarles de que ya nos habíamos levantado y entonces comenzaba el espectáculo. Entre risas y cosquillas para sacarles de la cama, acababas oyendo la frase mágica.

—Vete allí al salón, a ver qué te han traído los Reyes.

Volvíamos al lugar por donde ya habíamos pasado sin ver nada. Como si fuera cosa de un ilusionista, de pronto aparecía un regalo de la nada, ropa colgada de una cortina, objetos escondidos en una esquina… Y entonces había que ponerse en fila, sonaba la música y comenzaba el espectáculo.

La magia no paraba ahí. Un año le regalaron un billete de quinientas pesetas a mi hermana Sole, sujeto a una falda con una pinza. Sole se puso loca de contenta, imaginando la cantidad de cosas que se iba a comprar con el billetito azul.

—Tú déjamelo a mí —susurró Lola deslizando el billete al bolsillo de su bata de guatiné—, que yo te lo guardo, no lo vayas a perder.

Y magia potagia, Sole jamás volvió a ver ese billete.

Por su parte, cuando Lola se hizo mayor y nos tocaba a nosotros regalarle a ella, nunca se anduvo con medias tintas. Tenía bien claro lo que quería.

—¡Yo por Reyes quiero un binladen!

Desde que llegó el euro, vivía obsesionada con la idea de que existiera un billete de un valor tan alto como el de quinientos euros. Era tan raro encontrarte con uno, que en la calle se lo llamaba como al famoso y siniestro Osama bin Laden, por entonces el hombre más buscado del planeta. Aunque al amigo Osama lo trincaron y ejecutaron en 2011, hasta el último momento Lola siguió llamando al billete de quinientos con su nombre. Y siguió pidiéndolo siempre por Reyes: un binladen. No sabía na la vieja.

Aunque la infancia quedara atrás, las fiestas navideñas nunca perdieron la chispa. Años más tarde, cuando el Luiti se echó novia —Toñi, una chica de toda la vida de Zahara—, Lola no perdió tiempo en invitarla a la cena de Navidad. Allá que se vino la muchacha desde el pueblo, con su vestidito de fiesta, con un apuro que no le cabía en la cara de lo colorada que la llevaba. Se lo podía haber ahorrado, porque allí la gente le hizo poco caso. Tardó tres minutos en darse cuenta de que había entrado en un manicomio sin previo aviso y echó cuentas de las horas que faltaban para el autobús de vuelta, mientras maldecía el momento en que se había puesto ese vestido brillante en vez de un mono de obrero. Allí había siete chalados bailando disfrazados alrededor de la mesa, con cucuruchos en la cabeza y pitos de carnaval, sin dejar de tomar cerveza; y otros tantos novios y novias que no andaban a la zaga: un mago sacando palomas de una chistera, un chirigotero cantando cuplés de carnaval… Volaba el confeti y las migas de pan en guerras infantiles impensables en gente adulta, normal y corriente. Pero el sentido del ridículo es algo que lo siente quien mira y juzga, no quien lo disfruta y allí el ridículo no existía, así que ella se quitó las tonterías y se lio la manta a la cabeza. Según pasaban las horas, se veía a las parejas agotadas, sentadas en los márgenes del salón, mientras los incansables hermanos seguíamos bailando como trompos. Toñi echó de menos un colirio porque no podía ni pestañear viendo a esa partida de locos. Lola se acercaba y la tranquilizaba con unas palmaditas en el brazo.

—Esto no es nada, hija. Solo estamos ensayando.

—Pues cómo será el día que actúen de verdad.

7

TANTO FOLLAR ES VICIO

-Lola, ¿tú te has acostado con condón? —le preguntaban a mi madre.

—¿Que si yo he follado con don Quién?

Tardó mucho Lola en saber que había posibilidad de hacerlo sin riesgos. Una vez mi padre hizo un trapicheo con un marinero que venía en un barco de Francia y consiguió un preservativo de látex. Vieron el cielo abierto. Podrían practicar sexo sin ampliar la ratio de esa escuela de primaria que teníamos en casa. Pero cuando estrenaron aquello, la sensación fue tan rara para Lola que se separó en el momento.

—A mí no me vuelvas a meter eso tan frío. Que parece que me has metido un Calipo… Anda ya… Prefiero niños a que te pongas chubasquero.

A pesar de todo el trabajo que le daba al bajo vientre, Lola había ido al ginecólogo un total de seis veces en su vida. Una por niño. Claro, el médico, cuando la veía entrar por la puerta, ya sabía a qué venía.

—¿Otra vez, Lola?

Sin embargo, a los cincuenta y cinco acudió una vez más. Fue al médico de cabecera porque se le había cortado la regla y, a esa edad, todo apuntaba a que había llegado la menopausia.

Lola y Luis llegaron a la consulta con el papel para la receta médica.

—Mira lo que hago con este papel, Lola —dijo el doctor en cuanto le hizo un reconocimiento. Y acto seguido lo rompió en cachitos.

—Ay, ¿es que tenía que pedir otro formulario? Mira que te dije, Luis…

—Lola, yo te he visto pasar por aquí con seis barrigas y a ti lo que te pasa es que estás preñada de nuevo. Así que lo que te vas a tomar es el ácido fólico y ya sabes, nada de jamón serrano.

—En eso no hay problema —dijo Luis—. No vemos una pata jamón desde que cuidaba gorrinos de chico, y la llevaba puesta el bicho.

Lola se echó las manos a la cabeza desesperada.

—¡Don Carlos, por Dios! ¿Cómo voy a estar yo embarazada de nuevo?

Lola miró a su marido esperando una reacción parecida a la suya. Pero Luis estaba loco de contento. Al salir del ambulatorio, sin decir nada, tomó una decisión: esta vez iba a abortar. Estaba agotada, la vida se le hacía muy cuesta arriba y vivían con unas estrecheces imposibles de asumir. Pero abortar por la vía sanitaria legal no era posible. Como en la calle todo se sabe, indagó en el Mentidero y encontró el dato de un lugar clandestino. Llamó a una amiga de Zahara, Juana la Chata, para que la acompañara. No quería que nadie del barrio se enterara del chisme.

La tumbaron en una cama y le abrieron de piernas. El sitio era horrendo, con una higiene entre escasa e inexistente, humedad en las paredes y baldosas rotas. Le echaron agua caliente en las piernas y las dejaron solas un rato mientras preparaban el instrumental. Lola pensaba en las probabilidades de que aquello saliera mal.

—Chata, me estoy acordando de mis niños ahora.

—No pienses en nada, Lola, que esto va a ser un momentito y nos vamos para casa.

—Les tengo cariño a esa pandilla de cabrones.

—Sí que dan guerra, sí. Pero son buenos.

—Son unos hijos de puta. Yo los quiero mucho, pero ya no tengo fuerzas para otro. Tengo que dedicarle el tiempo a esta gente que ya está aquí.

—Claro, Lola. Tú haz lo que tengas que hacer.

—Es que ya no nos llega para dar de comer a otro…

—Que sí. Mira, ya oigo venir a la señora.

—¿Y tú sabes cómo te quitan esto? Porque aquí no veo nada de lo que hay en un quirófano…

Mientras hablaban, entró una mujer con un caldero humeante. Del agua hirviendo sacó unas agujas de croché.

—¿Ahora se va a poner a tricotar?

—Con esto vamos a arreglar este asunto —dijo la señora ondeando una aguja—. Te lo meto un segundito, rompemos el óvulo, raspamos lo que quede y nos vamos.

—¿Que para quitarme el niño me vas a meter por el chocho una aguja de croché?

—Eso es, mujer. Lo has entendido perfectamente.

—¿Y si no sale bien?

La mujer se quedó en silencio un momento.

—No suele haber problemas.

—¿No suele? Vamos, anda.

Lola y la Chata se miraron asustadas. Lola se bajó la falda y saltó de la cama.

—Nos vamos. Si este niño no quiere venir, que lo decida él. Yo no lo saco.

Si lo hubiera vivido hoy día y tuviera los mismos problemas económicos, no habría tenido tantas dudas. Juana la Chata me lo contó años más tarde.

—Le faltó el canto de un duro, Paz. Si aquel sitio asqueroso existía, es porque muchas mujeres lo necesitaban. Allí se la jugaban todas por arreglar problemas bien gordos. Sea legal o ilegal, las chicas van a seguir abortando, porque lo mal que lo pasa una, solo lo sabe una. Así que yo no entiendo que la gente se pelee que si aborto sí, aborto no. ¿Pero qué quieren? ¿Que las niñas vayan a esos sitios

a que les destrocen por dentro con una aguja de punto?

Además de todo aquello, Lola sentía vergüenza. No quería que nadie pensara que a su edad seguía manteniendo sexo con su marido. Como si una tuviera que embalsamarse a partir de los cincuenta. Aunque ya estábamos en democracia, todo su alrededor se había criado en un ambiente bastante opresivo. De puertas adentro, haz lo que quieras —y vaya si ella lo hacía—, pero afuera, compórtate. A Lola le pesaba ser la comidilla del barrio.

Y no solo del vecindario. Por quien más vergüenza sentía era por su hijo mayor. Por si la juzgaba ese niño adulto de veinticinco años.

Mi padre, en cambio, no veía los problemas. Lo que sucede, conviene. Y eso le hacía seguir adelante, deslomarse con sus cristales el día entero y cumplir sin pensar en más. Los niños no le resultaban una preocupación. Por regla general, se enteraba casi el último día.

—Luis, estoy de parto.

—Espérate para mañana mejor, que es muy tarde.

Pero esta vez era distinto. Lola lo llevaba mal. Pasaron los meses y nadie se enteró de que estaba embarazada. Intentaba ocultarlo con ropas anchas que disimulaban su barriga. La primera que se enteró en todo el Mentidero fue mi hermana Sole, cuando Lola entró muy rápida en su habitación:

—¡Sole! Vete corriendo a la fábrica y dile a tu padre que he roto aguas.

Mi hermana no entendió nada, se creía que estaba fregando el suelo. Sole, adolescente perdida, corrió a la fábrica sin asumir muy bien lo que significaba el mensaje que acababa de oír. Cruzó la nave a grito pelado:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Que mamá ha roto aguas!

Los compañeros no daban crédito porque nadie sabía absolutamente nada. Para Luis era un alivio, había mantenido el secreto a instancias de Lola, pero no entendía para qué: más tarde o más temprano iba a ser imposible ocultarlo. En casa tuvimos que hacernos a la idea en tiempo récord, yo la que más, que iba a ser la nueva princesa destronada del reino. Ya me había acostumbrado a ser la enana, la chiquitaja, el piojo. Ahora habría otro que heredaría todo el desprecio

de los mayores, incluido el mío. Era cojonudo. Por primera vez sería hermana mayor de alguien. Se iba a enterar este de lo que valía un peine. Le iba a putear con todas las armas que yo había sufrido durante diez años.

Desgraciadamente, en cuanto nació mi hermano Pedro, con esa sonrisa y ese cuerpito tan mullido, me entraron tantas ganas de llorar que no tuve más remedio que decidir quererle para siempre.

A Lola le daba mucho coraje que las vecinas estuvieran pendientes de su vida. No soportaba la envidia. Porque ella lo daba todo y le fastidiaba la gente ruin. En casa siempre había sitio para alguien del pueblo. Y como se enterara de que había algún conocido en el hospital, ya estaba preparándole de comer, aunque no fueran íntimos.

Tras el feliz acontecimiento, llegó lo que Lola tanto temía.

—¿Qué pasa, Lola? ¿Está noche va a venir otro niño?

Teníamos una vecina que era bastante entrometida y le buscaba las cosquillas con bromitas de ese tipo. No era para menos: viendo a los siete enanitos, qué vas a pensar de la Blancanieves. El arma de la envidia es criticar. Hasta que un día mi madre no aguantó más.

—Esta graciosa se va a hartar de reír con la noche que le voy a dar.

Esa noche nos tuvo despiertos hasta las tantas saltando todos sobre la cama. El ruido de aquel somier viejo podía despertar a las momias de Egipto. Para aderezar el ritmillo, se acercaba a la ventana y suspiraba a voz en grito:

—Aayyy…. Aaaay… Qué gorda, Luis…

—Mamá… nosotros no queremos saltar más…

—¡Qué saltéis, me cago en todo! —nos gritaba, intercalando con algún quejido orgásmico hacia la calle.

Al día siguiente fui con ella al mercado para ayudarla cargando con las patatas. Nos cruzamos con la vecina al volver entrando en el portal.

—Hola, Lola. Cuánto has madrugado, con la de ruido que hubo anoche.

La mujer estaba un poco incómoda, como sin saber si sacar de frente el tema. Lola puso sonrisa de Escarlata O'Hara tras darlo todo con Clark Gable.

—Ay, la mar de a gusto que me quedé.

La vecina se quedó callada viéndonos subir la escalera.

—Anda y que te den por culo, tía cotilla —iba susurrando entre dientes.

Yo no podía aguantar más. Según cerramos la puerta de casa, nos entró la risa floja y se me desparramaron las patatas. Me fui enseguida a pegar botes sobre la cama de mis padres.

—¡Cotilla! ¡Cotilla! ¡Aay! ¡Aaaay! —repetía imitando a mi madre.

Lola metió la cabeza por la puerta mientras recogía las patatas.

—Para ya, que tanto follar ya es vicio.

No todo era porno duro en aquella casa. Y Lola tampoco era de las que se aguantan dócilmente con la pata quebrada. Recuerdo de chica un día en el que llegué a casa notando que el ambiente estaba muy tenso. Miré a mi alrededor y todos tenían una cara como un cuadro del Greco. Empecé a asustarme.

—¿Mamá, ha pasado algo?

—Pregúntale a tu padre.

Fui corriendo a la cocina con las piernas temblando y encontré a mi padre bastante afectado.

—Papá… ¿Qué te ha pasado?

Mi padre se giró, se le saltaban las lágrimas. Me asusté más aún, pero solo por un segundo: es que estaba picando cebolla. No lloraba, lo que tenía era un cabreo de categoría.

—Tu madre, que me ha lanzado un ladrillo.

Yo no entendía nada. Mi madre, encendida como un petardo de feria, llegó corriendo desde el salón.

—¡Un ladrillo no! ¡Era un pollo!

—¡Sí, pero congelado!

Un buen pollazo le mandó. Habían comenzado a discutir sin llegar a ningún acuerdo, y mi padre podía llegar a ser desesperante en una pelotera, porque no entraba al trapo como un toro, que es lo que hacía Lola. Razonaba, hablaba con mesura, aunque se encabezonara igual. Y Lola no llevaba bien eso de que le llevaran la contraria. Y aquello de que su marido se le rebelara, menos aún. Por eso todo terminó con los pollos voladores.

Reconozco que no pude evitar que me viniera la risa floja. ¿Papá y mamá discutiendo como niños, y yo allí de mediadora, como si hubiéramos invertido los papeles? Carraspeé y me puse a dialogar conmigo misma imitando a mi padre con un agente de policía.

—Señor agente, mi mujer me ha lanzado un proyectil con plumas.

—¿Trae el arma consigo?

—Lo traigo en salsa, que ya tenía la olla al punto.

Cuantas más bocas llegaban, más dinero hacía falta en casa. Lola, al igual que mi padre, no dejó nunca de trabajar. Después de servir con los Trujillo y don Carajito, había estado en dos casas más. Y de ahí pasó a limpiar almacenes. A veces se llevaba a mi hermano Manolo, otras a mi hermana Loli… Le ayudaban como podían a mover cubos y fregonas, a pesar de que eran unos enanos. Pero así los cuidaba mientras intentaba terminar el trabajo lo antes posible. Y mis hermanos aprovechaban para robar todo lo que podían de cada sitio. De unos almacenes se trajeron tal cantidad de lápices que podíamos haber surtido a toda la provincia. Qué desaprovechados, carajo, que no sabemos pintar ninguno ni la o con un canuto.

En otra época, Lola entró a limpiar en la delegación gaditana de la empresa de helados Camy. Ahí sí que querían ir todos mis hermanos a ayudar. Menudas peleas, con arañazos y tirones de pelo. Porque allí mangábamos helados hasta que nos entraba el coma diabético. A diferencia de los lápices, el botín no te lo podías llevar a casa, al menos en estado sólido; había que consumirlos en el acto y guardarte en los bolsillos los envoltorios para no dejar pruebas del dolo. Luego, en el cuarto de los chicos, hacíamos concurso a ver quién había comido más y de paso le dábamos envidia cochina a quien no le había tocado ir. El premio era un cólico y vomitonas a las tres de la mañana de los entripados que nos metíamos. Pero todo por la nata. En nuestro día a día, el helado que consumíamos era agua con concentrado de naranja pasado por el congelador, con un palillo puesto en medio. En comparación, los Camy eran estrellas Michelin.

Cuando nació mi hermano Pedro, Lola entró en la Facultad de Medicina de Cádiz, pero a hacer carrera de limpiadora, no de cirujana.

Mientras se llevaba a los mayores a trabajar, poniendo en peligro su reputación con aquellas costumbres tan poco edificantes que tenían sus polluelos, tiraba de su suegra para los recién nacidos. Como la Cuchichina seguía viviendo en Zahara, la abuela Sole fue entonces nuestra segunda madre. En el momento en el que Lola paría, le soltaba el hijo a su suegra para que se lo criara. Al día siguiente, ya tenía que estar saliendo por la puerta para trabajar. Y cuando llegaba de noche, Lola le daba la leche al bebé, el poco rato que tenía para estar con él. Así las siete ocasiones.

Era maravilloso tener a alguien como mi abuela ayudándonos todo el día. Pero de vez en cuando se hacía cuesta arriba. Por su oficio pasado, no es que fuera muy escrupulosa. A veces, estaban por la noche Luis y Lola acostados y en posición atlética —siendo siete, a nadie sorprendo si digo que mis padres eran muy fogosos, estaban más calientes que un balonazo en una oreja—, y de pronto, pum. Puerta abierta de par en par.

—El Pedro está llorando. ¿Vas tú o voy yo?

—Ya voy yo, que se me ha cortado el café.

Mi padre era más comprensivo porque era su progenitora, pero también se calentaba cuando venía detrás de él.

—Oye, Luis, que he ido a abrir la puerta de la alacena y se ha caído uno de esos

cristales que tienes ahí amontonados. Qué manía tienes de guardarlo todo…

Mi madre farfullaba constantemente.

—La vieja está to el día igual, y vaya puntería que tiene, siempre que entra al cuarto me coge a punto de caramelo.

Nunca lo decía en alto del todo, porque era el precio a pagar por el cuidado de los niños. Pero la cara de vinagre se le quedaba todo el día siguiente y nosotros, al verla, adivinábamos lo que había pasado.

—Anoche la abuela, que le ha cortado el café.

Yo miraba el café, miraba las tijeras y no entendía cómo conseguía esa cosa mágica que tanto enfadaba a mi madre.

El pique entre las dos era más que evidente. Estaban todo el día discutiendo y nosotros asistíamos como espectadores de un partido de pimpón.

Una de las grandes peleas fue por mi culpa, y eso que tenía yo solo dos añitos. A pesar de mi fama, no hice nada malo, lo juro. Me dormí en la cama con mi abuela y cuando al día siguiente quisieron bañarme, vieron que tenía una hebra de hilo que me asomaba por la espalda.

—¿Esto es una niña o un cojín? Se le está escapando el relleno…

Tiraron del hilo y pegué un chillido de dolor. Aquel hilo salía de mi interior y no había manera de sacarlo. Yo lloraba con los tirones como si me estuvieran arrancando el bazo, así que inmediatamente me llevaron para la casa de socorro. Craso error. Allí había un practicante, pero con poca práctica. Le dio por abrirme un poquito con un bisturí, y luego otro poco, y un poco más, a ver de dónde venía el hilo. Resulta que yo tenía clavada en la espalda una aguja de coser. Pero muy profunda. El practicante se mareó nada más verlo, no sé si por la carnicería o por lo fea que me ponía yo al chillar. Sin chillar también estaba fea, pero esto era un agravante. Como el practicante quedó invalidado para la extracción de la aguja, Lola y Luis me llevaron con la herida abierta a la residencia. Si ya tenía yo mal aspecto, a esas alturas estaba como un muñeco vudú.

Me hicieron una radiografía y resulta que la aguja estaba oxidada. Me había pasado como mínimo tres días con ese hierro ahí clavado. Tras una intensa y angustiosa operación de treinta segundos de duración, lograron quitarme la aguja y sobreviví hasta el día de hoy, no sin algún que otro daño neuronal, como siempre acusaba mi hermano Luis:

—Desde que te clavaste esa aguja te has quedado tonta perdida.

Yo me tomaba muy en serio esa afirmación y cuando liaba alguna trastada siempre le echaba la culpa a la aguja oxidada. A mi madre no le hacía ni pizca de gracia que pusiera esa excusa, porque le traía a la cabeza el disgusto que pasó aquella mañana y la gran discusión posterior con mi abuela. Al parecer, la Madri se había quedado dormida cosiendo en la misma cama que compartía conmigo. Como yo no me quedaba quieta ni durmiendo, acabé como un pincho moruno mientras ella roncaba. Sabiendo cómo me las gastaba, había sido una imprudencia andar con objetos punzantes tan cerca de mí.

Los verdaderos problemas, de todas formas, aparecieron cuando a mi abuela le detectaron cáncer de útero. Viendo que la vida ya se le esfumaba, le dio por beber y se dejó ir. Si la convivencia ya no era buena, el alcohol trajo a Lola los peores recuerdos de su infancia en Zahara, cuando su padre ya no acertaba ni a cazar perdices. La abuela Sole se pasaba el tiempo dándole al frasco, así que ya no ayudaba con los niños pequeños, sino que era ella a quien había que vigilar. Otra más en el ejército que teníamos en casa.

Años más tarde, Lola le confesó a mi hermano Manolo que no se había portado nada bien en aquel momento con su suegra. Es verdad que meter a dos matriarcas bajo el mismo techo siempre es motivo de conflicto, y cada una estaba peleando por su espacio.

—Pero tu abuela no se merecía que yo la riñera como si fuera otra niña. Ya lo había pasado ella bastante mal en la vida, sacrificándolo todo por criar a tu padre, para que viniera yo a joder la marrana cuando se hizo mayor. Hay que tratar bien a la gente, hijo, para que el amor te vuelva. Yo ahora que soy vieja, entiendo lo que sufría la abuela Sole entonces. Lo malo en la vejez es que no hay tiempo ya de hacer lo que no pudiste hacer antes. Cuando necesitas de los demás, estás más floja y es triste que no te den lo que tú has dado. Y ella no vivió la vida que habría querido vivir.

Lola iba a última hora de la mañana a la plaza, cuando ya era tarde para el resto de las amas de casa, que ya tendrían el puchero a medio hacer. A esa hora todo lo que no podían vender se lo dejaban a un precio menor. No era fácil dar de comer a siete, ni para nosotros comernos fruta picada y tomates chafados. Pero en una familia numerosa todos aprendemos a trincar rápido. En cuanto la fuente de comida tocaba el mantel, ojo de aguilucho y mano de carterista. El hermano chico y mi hermana Ana, que era la hippie, siempre salían perdiendo.

Nos ponía a todos en el cuarto chico, con la mesa presionándonos contra la pared y allí nos dejaba en una bacanal sin orden ni concierto. Presumía de no habernos enseñado a comer a ninguno y que, aun así, habíamos aprendido a ser finos y correctos. Los mayores daban de comer a los pequeños y los del medio aprovechaban la oportunidad para zampar el doble.

Para gestionar la merienda y asegurarse de que todos comíamos lo mismo, Lola nos ponía en fila como en un pelotón de reconocimiento. Si estábamos siete, todo en orden. Lo de recordar nuestros nombres gozaba de peores resultados, sobre todo si estábamos los siete salvajes armando barullo. Si te llamaba por un número o con el genérico «Eeeh… ¡tú!», es que estaba comenzando a perder el control.

En cualquier caso, lo de darnos comida lo combinaba sabiamente con la agenda de eventos. Si nos invitaban a una comunión, nos dejaba el día anterior sin cenar, para que fuéramos al convite con más hambre y eso que se ahorraba. Mi madre tenía un lema:

—Tú trinca. Todo lo que te den, tú trinca.

Yo, que a pesar de lo que podría imaginarse he acabado siendo una dama de refinados modales, aprendí de esta enseñanza a no despreciar un regalo. Que nunca se sabe cuándo va a hacer falta. Así tengo yo la cochera llena de escombros.

En una visita a Zahara, Lola se llevó a algunos de mis hermanos a ver a mi tío Pepe. A las dos horas los vimos volver a lo lejos. Pero venían con un niño que no distinguíamos, traía una hechura muy rara corriendo. Ni mi hermano Manolo ni

yo logramos identificarle. Hacía cosas muy raras con las piernas.

Mi tío Pepe le había regalado a Lola unas botas ortopédicas de un cojo y allí mismo se las encalomó a mi hermano Pedro porque eran de su talla. Pedro no necesitaba ningún tipo de ortopedia, pero bajo la máxima de trincar sin dejar rehenes, allá que se las llevaron.

Tenían una estructura de hierro que subía por las piermas, haciendo al muchacho andar como un robocop. Mi padre le quitó los hierros que estaban anclados al zapato y eso sí, las botitas eran justo de su número. Pero, aun así, habían sido usadas durante muchos años por un cojo. El zapato tenía unas zonas gastadas y otras impolutas. Por mucho que mi hermano Pedro quisiera andar bien, aquello era misión imposible. Era para admirar lo contrahecho que caminaba. A propósito no te sale. Y lo peor es que Lola era la primera que se moría de risa al verlo y se cachondeaba una y mil veces del enano. Con acciones como esta quiero creer que nos estaba enseñando a manejar nuestro propio criterio, porque si le hubiéramos seguido la corriente a mi madre, nuestro hermano habría acabado tullido antes del final del verano. Prefiero esto a pensar que estaba loca perdida. El caso es que escondimos las botas debajo de una cama en Zahara y volvimos a Cádiz haciéndonos los suecos.

Acertara o no con algunas elecciones, lo cierto es que Lola manejaba las cuentas de casa con precisión de cirujano. Y eso que de matemáticas andaba lo justo. Hacía las sumas fatal, pero daba igual porque tenía una memoria de tísico y se acordaba de todo sin necesitar apuntarlo. Nunca malgastaba ni lo más mínimo.

—Mamá, necesito cuadernos para clase.

—¿Cuántos, hija?

—Cuatro. Mates, Lengua, Historia y Reli.

—Pues toma, te compras dos.

—Pero que son cuatro.

—Mira, por delante haces Mates y si le das la vuelta, por el otro lado haces Lengua. Así con todos y cargas con la mitad en la mochila.

Ese argumento era demoledor, aunque mi mente infantil sospechaba que me estaba haciendo una jugada de trilero. En realidad, no podía darme más que eso, y quien da lo que tiene no está obligado a más. Yo nunca se lo tomé en cuenta. Si mi mente, además de infantil, fuera ordenada, esta solución habría funcionado. Sin embargo, acabé mezclando por el mismo lado las Mates, la Reli, la Lengua y la Historia, y tenía a Colón recitando la tabla de multiplicar en verso a los indios de América. Pero de mi propio desmadre tampoco iba yo a echarle a Lola las culpas.

8

BAJO EL ÁRBOL DEL PARAÍSO

Cuando a uno de mi tierra le dices que eres paisano, la conversación es la siguiente:

—Pero ¿de Cádiz o de Cádiz-Cádiz?

—De Cádiz-Cádiz-Cádiz.

—Ah, gadita de los güenos, ahí, ¡ahí!

Lo que traducido viene a ser si eres de la bahía o de la capital, o más aún: si has nacido de Puerta Tierra para dentro, en la Viña o el Mentidero, los barrios viejos que son los que dan pedigrí.

Pues nosotros somos de Cádiz-Cádiz-Cádiz. Aquel era nuestro campo de operaciones. Pero, aun así, cada fin de semana tirábamos para Zahara de los Atunes. Algo que enfadaba mucho a mi padre. Una de las razones era que Lola siempre iba tan cargada que podría dar trabajo a dos empresas de mudanzas.

—¡Esta mujer se piensa que llevo un camión! —gritaba una y otra vez.

Es que la imagen era un cuadro. Nuestro Seat 124 ranchera bastante pequeño, con mi padre y mi madre delante y detrás los siete niños, comida para todo el fin de semana y alguno de los amigos de mis hermanos que siempre andaban invitando.

—Encima que no cabemos… ¡Eso! ¡Seguid invitando a más gente! —volvía a farfullar mi padre.

Además de la decena de personas que íbamos en ese coche, el vehículo iba hasta arriba cargado de bolsas de pan duro que Lola llevaba semanas gestionando

entre el vecindario con el fin de alimentar a las gallinas de Zahara. Recuerdo el olor de esos sacos como si los tuviera encima ahora mismo. Aun así, mejor el olor del pan seco que el del ser humano, con tanto adolescente allí dentro hormonando a tiempo completo.

Lola cambiaba a veces el pan por carbón y le llevaba unos sacos a mi abuela para el brasero. Entonces cambiábamos el olor del pan duro por el tizne renegrido y llegábamos a Zahara como palotes de regaliz. Por la razón que fuera, si había espacio libre en el coche, mi madre sentía la pulsión de llenarlo y mi padre, la de ir protestando. Siempre.

Cada viaje era una odisea. Desde Cádiz a Zahara se tardaba entonces más o menos dos horas y media. Pero nosotros salíamos a las ocho de la mañana y llegábamos a las cinco de la tarde.

Por cada pueblo que pasábamos, mi padre se paraba a recargar fuerzas, tomándose una copita. Hacíamos parada en San Fernando, Chiclana, El Colorado… Y en cada etapa, los niños desperdigados. Que salir, salíamos del coche rápido, y más siendo tantos. Pero para volver a meternos se escenificaba la guerra de Troya. Tú intenta meter siete anguilas dentro de una lata de sardinas: entre que se te escurren y que no caben, lo único que quieres es tirarlas por la ventana.

Yo sospechaba que Lola lo hacía a propósito porque le encantaba sacar de quicio a mi padre. Lo hacía con todo al que quería, pero con mi padre en especial. Luego los hijos íbamos heredando esas malas costumbres y algunos hemos acabado igual de cargantes haciendo bromitas pesadas a los que nos rodean. Lo digo en descargo de mi responsabilidad y para que mis víctimas comprendan que no es que yo quiera, es que me han dibujado así.

En todo este tiempo, la Cuchichina continuó viviendo en Zahara. Mis tíos se fueron, dos de ellos a Madrid y uno a Tarragona. La abuela se quedó sola y tampoco necesitaba a nadie. Total, nosotros íbamos para allá un fin de semana sí y otro también. Nos encantaba su actitud de mamá gallina. Cada cosa que decía te tenías que partir. Así salimos, claro. Pero es que era peor que nosotros.

Cuando acababan los largos fines de semana en Zahara, Lola comenzaba a menear el avispero para volvernos a Cádiz. Llegando ese momento, la abuela

Ana nos escondía. Pero no nos escondía en plan bromita, detrás de una cortina… No, no. Nos escondía a conciencia para retrasar la despedida lo máximo posible. Antes de que entrara mi madre del patio, ella ya había tocado a rebato y nos apretujaba en armarios, trasteros, almacenes de butano, leñeras y cualquier otro lugar incompatible con la vida, pero útil para el escondite. Lola se enfadaba porque el remate del domingo noche en Cádiz se alargaría con duchas y tortillas hasta después de las doce. Y, sobre todo, se enfadaba por tener que lidiar con su madre más que con sus hijos.

—Para educarles ya están sus padres —se justificaba la Cuchichina mientras nos daba caramelos de Viuda de Solano fuera de hora.

A lo largo de los años, la casa de Zahara fue creciendo como y por donde se podía, un día un baño, otro una cocina, robándole un cacho al patio y otro a la calle sin asfaltar. Hoy tiene una distribución digamos que un poco complicada. Para ir al baño hay que pasar por una habitación y al salón por la cocina, lo cual hace que a cualquier hora de la noche un simple apretón acabe siendo un problema. O lo que no es un apretón, como cierta noche que mi hermano Luis llegó a casa con la fiesta todavía metida en el cuerpo.

Son las fiestas del pueblo, se ha tomado más cerveza de la que le cabía y llega bastante tarde. Actúa como si controlara el asunto, pero es una vana ilusión. Eso sí, se acuesta con cierta dignidad. Al poco se levanta. La horizontalidad no está jugando un papel adecuado en esta situación, así que es mejor levantarse y desalojar. Pero la dignidad se le ha quedado en la cama y ahora se tambalea dando chocones contra sillas y marcos de las puertas. Despierta a mi madre. Esta se encuentra al zombi deambulando con rumbo poco definido. Ya digo que la distribución de la casa es un lío, pero digamos que no es la razón por la que el Trompeta acaba en la cocina. Mi madre le sigue. La sorpresa viene cuando se acerca al pilón y mea allí mismo. Se da media vuelta, sale, Lola se aparta para que no la embista, se vuelve a su cuarto y se acuesta. Mi madre se queda planchada mirándole ir como si fuera un semáforo en naranja, sin dejar de parpadear. No se lo puede creer.

Cuando Luis se levanta al día siguiente, con la dignidad definitivamente perdida, Lola le saluda mirándole las partes.

—Chica porrita, ¿no?

—¿Qué, mamá? —intenta defenderse el Trompeta, sin saber muy bien de qué.

—Que es una pena, hijo, que te hayas hecho mayor y descubra que la tienes muy chica.

—Yo qué voy a tener la… ¿Y tú cuándo me la has visto?

—Anoche, cuando saliste a mear en la cocina.

—¿Qué estás hablando, mamá?

—Ya se lo avisaré yo a la chica esa con la que te estás viendo, por si se arrepiente.

Luis, una vez más, sufre por la tortura de su madre.

—Ya decía yo que encontraba el váter muy alto…

—¿No quieres cachondeo? Pues tú haz lo que quieras por ahí, pero procura que los demás no nos enteremos, o atente a las consecuencias. ¿Cómo dices que se llama tu novia?

Luego a ella, cuando se la encuentra, le va con el cuento contrario.

—Hooola, Toñi —le dice muy melosa—. Estarás contenta, ¿no? Vaya peaso tiene tu novio.

Toñi, jovencita, mira al suelo por si hay un boquete para esconderse dentro.

—Que se la he visto en la cocina esta noche y con ese tranco te quedas tú bien a gusto, hija. Estarás contenta. Esos son los gérmenes de su padre.

Dejo al arbitrio del consumidor elegir cuál de las dos versiones resultaba más acorde con la realidad. A pesar de que no procede ofrecer aquí una evaluación empírica y objetiva sobre su consistencia y volumen, solo apuntar el dato de que, hasta el día de hoy, la Toñi no ha presentado queja ni devolución del producto. Al menos por esos motivos.

En Zahara fui muy feliz. Nada más pisar la calle comenzaba la arena de playa. Allí vivía como una salvaje de la mañana a la noche. No sabía lo que era ir calzada, pero sí lo que era perder la piel de los pies tres o cuatro veces al año. Estaba todo el día sucia, llena de mierda de arriba abajo. Y lo mejor de todo es que daba igual. Total, si teníamos ahí el agua del mar, así nos limpiábamos. El salitre para mí es el sinónimo de la felicidad.

Ya que era un sitio perdido en ninguna parte, decidieron pasar por allí los tubos de un gasoducto que trae desde Argelia gas natural. Tuberías de acero de un diámetro mayor que nosotros recubiertas de hormigón y soterradas un metro en la arena. Durante la construcción, nos metíamos por esos huecos y decenas de laberintos donde poder jugar y jugar hasta que se iba el sol. Yo no sé cómo no nos daba miedo. Pasábamos tanto tiempo en el agua que volvíamos tiritando al final de la tarde y nos dormíamos cenando, antes de acabarnos la leche.

Un día casi me ahogo en aquellas construcciones. Éramos aproximadamente diez niños allí jugando y nos metimos en el agua con camiseta. En la orilla hay varios bancos de arena, con remolinos que te chupan para adentro, como cuando comes un caracol sorbiendo el hueco de la concha. Pues vuestra boca es el mar y yo el caracolillo cocido. La camiseta me pesaba mucho y no tenía fuerzas para salir. Fue tal el empuje del mar sorbiéndome hacia dentro que yo me despedí de todo el mundo. Tenía tan clara que mi muerte estaba presente que no hice nada por salir. Me crucé de bracitos, y adiós. Me despedí de mi madre, de mi padre, de mi abuela, de mis hermanos… y sentí como si me atravesara una luz.

Pero no debía ser mi momento, porque de la misma forma que el mar me succionó, el mar me devolvió a la superficie, y el oleaje me expulsó hasta la orilla. Siento decepcionar a mi audiencia, pero como Experiencia Cercana a la Muerte dejó bastante que desear. No vi la luz al final del túnel. Lo más cercano fueron los tubos de uno veinte de acero y carbono del gasoducto. Eso sí, desde entonces yo no me meto en la playa más allá de los muslos. No te ahogues enfrente de mí, que no seré yo quien vaya al rescate.

—¡No bañarse en el agua, joé! ¡Que se ajogan los del pueblo! —decía siempre mi abuela la Cuchichina.

Esa era su vara de medir para determinar si algo era peligroso: si ocurre a los del pueblo, ocurre de verdad. Lo que dicen las noticias, ñe. Pero si sucede en el pueblo, sucede. A nosotros nos veía blandengues, veníamos de la capital menos

preparados para la dura vida costera. Si se ahogan los de aquí, qué no os pasará a los de Cádiz.

Los primeros días de playa nos pegábamos unos quemones en la espalda que parecíamos un helado de fresa y nata, rojo por un lado y blanquito por el otro. Entonces nos embadurnaban con vinagre, que curaba las quemaduras pero te dejaba una peste a papas aliñás que conjurábamos acto seguido metiéndonos en el agua de nuevo. Y otra vez a quemarnos. Hasta que un año nos fijamos en las extranjeras que comenzaron a llenar las playas en verano y cómo se untaban con sus cremas solares poniéndose tostaditas sin achicharrarse. Aquello nos pareció de lo más exótico, así que nos dedicamos en cuerpo y alma a mangarles la mayor variedad posible de ungüentos. Luego nos echábamos todas las cremas de golpe. Parecíamos la bechamel de las croquetas. Y después, en cuanto nos empujábamos dos veces sobre la arena, ya teníamos el rebozado completo.

Al llegar la tarde, lavarse era otra aventura. Cuando yo era chica aún no había agua corriente en la vivienda de la Cuchichina y teníamos que subir a la montaña, cerca de la casa de María Maro, una amiga del pueblo que vivía allí sola con su niño, a llenar garrafas en un manantial para poder tener agua potable.

La que nunca se bañaba en la playa era Lola. Ya mayor la llevamos con el tacataca hasta la orilla a mojarse. Ponía la mano en forma de cuenquito para echarse agüita en sus partes bajas. Se tumbaba en la orilla, dejando que las olas le mojaran las piernas, y movía la cabeza sin creérselo.

—Parece mentira que nunca me haya bañado. ¡Y solo porque estaba mal visto! Solo se bañaban las guiris, que nos parecían unas guarras. Qué les importaría a las rubias lo que pensáramos de ellas. Se lo pasaban en grande mojándose el chumino y mientras nosotras pensando en el qué dirán y sudando la gota gorda… Una mujer en el agua era una falta de respeto. ¿Una falta de respeto a qué, carajo? Si la playa lleva ahí más tiempo que las leyes… Hale, vosotras ya os podéis ir, que yo me quedo aquí en el agua. —Y se echaba agua en sus partes —. Toma, hijo, ya que no comes, bebe…

Pero esto fue mucho más tarde. De chica, yo siempre veía a mi madre en el mismo lugar: haciendo comida para cientos de amigos, sentada con la abuela y las mujeres del pueblo, y chillando de risa diciendo burradas.

Según pasaban los años, nosotros seguíamos siendo los mismos, dispuestos a comernos la playa y bebernos el mar, pero en Zahara las cosas iban poco a poco cambiando. Chiringuitos, bares, hoteles y muchos turistas fueron transformando la fisonomía del pueblo. La casa bajo el árbol del paraíso seguía siendo la misma, pero el mundo ya era distinto.

En el terreno de al lado, nuestro vecino, el Galbana, montó una discoteca que se pasaba la noche entera retumbando con los éxitos del momento. Nosotros no teníamos dinero para entrar ni falta que nos hacía. Nos bastaba con colocar unos farolillos en las ramas del árbol y pegarnos al muro del patio. Y como si estuviéramos dentro del local, pasábamos las horas oyendo qué dolor, qué dolor, una mujer en el armario, para hacer bien el amor hay que venir al sur y todo el resto del catálogo de Raffaella Carrà.

Por la mañana, cuando la Cuchichina se levantaba, preguntaba extrañada:

—¿Qué era eso de una mujer metida en un ropero?

Una de esas noches, entre tantas contorsiones y bailes espasmódicos al compás de la música disco, tropecé y me caí en una chumbera que por no sé qué extraña razón mi abuela mantenía en el patio como elemento de tortura. Me hundí con todo mi peso entre ese saco de espinas y no había manera de sacarme de allí sin desollarme de arriba abajo. Entre mis hermanos y amigos operaron con precisión de cirujano para extraerme de las garras del cactus, sobre todo para no pincharse ellos. Se ve que lo mío ya no tenía remedio. En los días siguientes, por mucho que entre todos nos dedicamos a extraer las púas de mi cuerpo como si fuéramos gorilas espulgando, siempre quedaba algún pincho remoto que aparecía en cada vuelta que daba por la noche en la cama. Entonces me acordaba de la Carrà y de todos sus muertos.

—¡Qué dolor! ¡Qué dolor!

Aquellos no fueron los únicos cambios en esa época. La abuela se iba haciendo mayor y perdiendo facultades. Seguía siendo una gamberra y una cachonda, pero cada vez tenía unos achaques distintos. Se le estropeó la barriga y tuvo que llevar un tratamiento severo. En una ocasión, se equivocó con los polvos que

había de tomar y se metió para el cuerpo un sobre de matarratas. De milagro llegaron a tiempo para lavarle el estómago. Pero fue una señal de alarma que Lola se tomó en serio. Le insistió para que se fuera a Cádiz con nosotros, pero no había manera. Su sitio estaba allí, sola y entera, bajo el árbol del paraíso.

A la vuelta de la plaza del mercado, Lola se encontró un día con la Cuchichina en la puerta de nuestra casa. Se había cogido el autobús de línea desde el pueblo. Ya era raro, porque ella nunca venía.

—No ando muy católica. Quiero estar aquí con ustedes a ver si me pongo mejorcita.

Pero no se puso mejor. Ese día la agasajamos y la hicimos reír, por una vez éramos nosotros los anfitriones y ella la que se dejaba hacer. Cambiamos las camas y la acostamos como una reina en un lugar preferente.

Ya no se despertó.

La Cuchichina había vivido de todo. Una infancia robada, una juventud nómada pariendo niños de pueblo en pueblo, un marido borracho, la pobreza extrema y la riqueza de la amistad, una vida dura y una madurez serena. Aprendió por fuerza a valerse sola, sin tener a nadie que le dijera que era una heroína, sin saber que era una maestra, que aprendimos de ella a ser mujeres fuertes y a reírnos del sufrimiento. Lola jamás se quejó nunca de nada porque nunca vio a su madre quejarse, solo reír y bailar con las desgracias. La Cuchichina jamás tuvo altura de miras, su vida era pequeña pero enorme a la vez, y a los demás nos dio las alas para volar y desear comernos el mundo.

Yo amortajé a mi abuela. Tenía diecisiete años, estaba estudiando para auxiliar de enfermería y saliendo a la vida adulta sin pensar en la muerte. Y de repente tuve la oportunidad de hacer prácticas en mi propia casa. Esa mañana había venido el médico forense a certificar la defunción. Cuando todo estuvo firmado, junto con mi hermana Ana la lavamos y la vestimos, le pusimos algodón en la boca y en los oídos y la colocamos muy elegante y muy tiesita sobre la cama en la que había dormido por última vez.

La velamos en casa ese día. Pasó por allí todo el Mentidero, mayores y chicos, bebieron fino y nosotros cerveza. Sentimos el cariño de los amigos y la pena del

paso del tiempo que no tenía más remedio que acabar de fugarse. A la mañana siguiente, nos fuimos a Zahara y le dimos el último adiós delante del mar.

Y ahí, poco a poco, dejé de ser niña y empecé a volar sola.

9

VOLVERÁ A TI

Mi vida dio un vuelco cuando menos lo esperaba y sin haberlo deseado. Quizá es mejor decir sin saber que lo deseaba, pero esas cosas las descubres al final del camino y no al comenzarlo. Cádiz era mi lugar: ni grande ni pequeño, divertido y conocido. Estudiaba para trabajar pronto e independizarme con mi novio. Llevaba desde los catorce años con Antonio Juan, un amigo de mi hermano el Trompeta, un chico serio, responsable y estudioso. Me pasaba las tardes en su cuarto viendo cómo se tragaba los tomos de Derecho Romano mientras le daba vueltas a su cinta de éxitos de música suave para concentrarse. A decir verdad, yo deseaba tirar de la cinta de casete y estrangularme con ella antes que escuchar una vez más a Kenny G destrozándome el oído con su saxofón. Solo pensaba en que Antonio acabara de chapar, e irme a la calle a bailar la lambada.

Era una vida fácil y ahora la echo de menos, pensando en lo sabia que es esa existencia sencilla que nos sirve para apreciar a la gente que tenemos al lado. Estar con Antonio era muy fácil, porque yo me dejaba llevar, él me cuidaba y soportaba con calma que yo estuviera tan loca perdida.

Por casualidad, por curiosidad, por un reto, por hacer algo distinto o porque algo estaba bullendo dentro de mí, me colé en una selección para un programa de televisión. Todo lo loca que yo estaba, la poca vergüenza y los miles de chistes guarros que recopilaba en mi memoria, de pronto servían para algo. Para la mayor parte de la gente, eso que nos distingue de los demás, el pequeño talento individual que todos tenemos, esa chispa por la que se nos recuerda, no se toma en cuenta de nosotros. Lo único que importa son nuestros diplomas, los trabajos que conseguimos, lo que nos hace uniformes, iguales e indistinguibles. Números que obtienen resultados.

El día que me ofrecieron ir a Madrid y participar en aquel programa de humor entendí que me querían por ser solamente yo misma. El pelotazo de autoestima

que me chutaron fue mucho mayor que el sueldo que me daban que, a decir verdad, tampoco estaba nada mal, al menos comparado con lo que ganaba en el hospital. Si aquella gente no me hubiera llamado, ¿habría tenido la fuerza suficiente para decirme a mí misma lo valiosa que era? Yo creo que, en aquel momento, no.

Tuve la suerte de que vino alguien a revelarme que eso que yo tenía dentro era un diamante en bruto. Hoy ya no hace falta que me lo diga nadie. He aprendido a decírmelo sola, a repetirme que no necesito a nadie para saber lo que valgo. La Cuchichina no lo hizo, se lanzó de cabeza a resolver los problemas sin pensar en sí misma. Sin embargo, Lola sí era consciente de que había que atreverse, había que evitar el miedo al día a día, había que vivir hasta el último instante, valorarse a una misma. Yo no me había dado cuenta de que eso es lo que ella me estaba diciendo con cada susto que me daba escondida en el armario y con cada show estrambótico en la noche de Reyes.

¡No tengas miedo!

Y, sin embargo, yo, ante aquella oportunidad, estaba cagada perdida.

En el hospital donde empecé a trabajar me había tocado en la unidad de parapléjicos. Había un paciente que no podía mover ni un dedito, su dolencia era irreversible y cuando iba a ponerle el termómetro, me miraba con una cara de odio que me hacía temblar. O al menos yo interpretaba que era odio. Qué pasaría por su mente. Quizá me reprochaba que yo pudiera no solo moverme, sino permitirme hacer bromas, reírme, ser feliz. A lo mejor él, simplemente, no podía poner otro gesto. Me atormentaba eso, vivir siendo un vegetal, o estar en coma y no poder salir de ese encierro. Uno de esos días me fumé un porro y se me juntó ese batiburrillo en la cabeza y me dio un viaje espantoso, una especie de estrés extracorpóreo. Por lo visto a los bomberos les pasa, en situaciones de tensión máxima, que se ven a sí mismos fuera de su cuerpo ante los peligros que están a punto de sucederles. Yo me metí en un bucle de ansiedad, obsesionada con que me había muerto, estaba paralizada…, no se me pasó durmiendo y a la mañana siguiente seguía teniendo esa sensación de miedo.

—Mamá, me fumé un canuto anoche, es una bobada, pero no estoy bien. Tengo angustia.

—¿Seguro que no te tomaste otra cosa?

Confiaba en los que me lo habían pasado, así que no tenía dudas. No sé qué clic sucedió en mi cerebro, que a partir de entonces entraba en crisis ante las multitudes o al enfrentarme a lo desconocido.

Y por aquella época surgió la oportunidad de convertirme en artista, o al menos de probarlo. Inmediatamente me invadió otra vez esa angustia: salir de mi barrio, de mi ciudad, de mi gente, para hacer algo que ni yo misma consideraba valioso. Estaba decidida a decir que no.

—Paz, tú tienes que irte. Pruébalo y si no, te vuelves y comienzas de nuevo. Si nosotros no nos vamos a escapar a ningún sitio. Cádiz va a seguir siempre aquí. Pero ese tren que te está pasando, a lo mejor ya no lo vuelves a ver.

Lola me empujó a superar ese miedo. No quería sentirme una tonta, contando chistes malos rodeada de artistas que llevaban toda la vida en el escenario. ¿Quién era yo para ponerme a su altura?

Cuando hice mis primeros bolos, era como enfrentarme a la muerte. Pero los asuntos importantes siempre son incómodos y hay que afrontarlos. No hay montañas planas. Tuve que ponerme frente a un público grande que solo me miraba a mí. Me repetía mil veces la voz de mi madre susurrando despacio, saliendo del armario con un trapo en la cabeza y dándome un susto que se acababa convirtiendo en cosquillas.

—¡No tengas miedo!

Cuando estaba allí arriba, encima de las tablas, había otra cosa que recordaba de ella. Su tempo. Lola no lo había aprendido en ningún sitio, o a lo sumo escuchando a la Cuchichina; pero su ritmo, su forma de meter los silencios, las repeticiones de algún elemento para hacer el efecto cómico…, era una humorista perfecta, inigualable. Así que yo trataba de imitar sus recursos haciendo las mismas pausas, las mismas sorpresas… el efecto era inmediato, el público se tronchaba y mi miedo se desvanecía.

Y solo podía pensar: «te quiero, Lola».

Antonio no aceptaba que trabajara en la tele. Yo le reprochaba que era un niño educado en devolver lo que le habían dado sus padres. Cuando terminó la carrera, estudió una oposición y aprobó a la primera, entrando a trabajar en la Junta de Andalucía. Ese era un momento para pensar en su futuro, pero él se sentía en deuda con sus padres y les compró un coche. En esa época yo lo que deseaba era que comprara un piso para nosotros. Nos habíamos hecho grandes, yo había dejado de ser una niña a su lado y solo pensaba en salir de mi casa. Entonces pasó aquel tren del artisteo y una vez que me decidí, ya no quise perder la oportunidad. Al principio Antonio no me dijo nada, me dejó cuerda para que saliera y lo probara. Pero no lo soportaba. Así que, al cabo del tiempo, me puso un ultimátum.

—O la tele o yo.

Para entonces ya había recibido tal chute de energía en mi nueva vida que era una mujer totalmente distinta. Yo no había tenido hasta entonces expectativas ni sueños y, de repente, me habían enseñado que podía aspirar a ser quien quisiera, a ser libre y ser fuerte.

—La tele.

Lo dije con dolor, pero no sospechaba que fuera a ser tan inflexible. Y lo dejamos.

Lloré durante meses, pero me consolé conociendo un mundo nuevo que se convirtió de pronto en mi casa: los focos, el maquillaje, las prisas, los guiones, la fama, la noche…

Una mañana recibí una llamada de Antonio. Había pasado bastante tiempo sin verle y me sorprendió escuchar su voz. Me dijo que se arrepentía de haber sido tan duro conmigo. Había reflexionado y aceptaba mi decisión. No me iba a cuestionar más. Pero yo ya había acabado de llorar. Serenamente le dije que quizá es que yo no era la persona adecuada para él, que tenía que buscar a alguien que se adaptara a su modo de vivir. Lo aceptó, nos dijimos adiós y colgamos. Yo miré hacia delante y cambié por completo mi vida.

Cuando una entra en el mundo del espectáculo, se hace imprescindible tener un representante que busque trabajo y organice los contratos, los bolos, todo lo que iba surgiendo de una manera tan loca y frenética. Como yo estaba todo el día pegada a Chiquito de la Calzada, que en ese momento se estaba convirtiendo en el cómico más famoso de España, fue lo más natural que acabara llevando mis cosas el mismo agente que él, un hombre joven y amable de nombre Albert.

Lo que fue aún más frenética y loca fue nuestra relación. A los pocos meses de haber terminado mi noviazgo con Antonio, ya estaba completamente volcada en una nueva pasión.

Uno de los mejores momentos de mi vida fue la primera vez que tuve una gira de bolos. Metidos en el coche, él y yo nos recorrimos España entera un verano, al ritmo de Kiko Veneno. Sonaba el Te echo de menos, bajaba la ventanilla y éramos libres. Llegábamos a cualquier pueblo y por cutre que fuera el escenario, la verbena, el sonido o el sitio donde cambiarse de ropa, nosotros sacábamos aquello adelante. Yo aprendía a confiar en mí misma al tiempo que me sentía protegida por alguien que solo se levantaba, trabajaba y dormía para mí. O al menos eso pensaba.

A los tres meses de iniciar nuestra relación, me quedé embarazada.

No recuerdo que Lola se asustara mucho de cómo me estaban yendo las cosas.

—Hay que vivir, déjala que viva. Está en su momento.

Si yo la iba a necesitar, ya estaría ella pendiente para venir a ayudarme. Pero opté por correr en dirección contraria. Me había ido a Madrid, que estaba bien lejos. Pero cuando nació mi bebé, decidimos irnos a vivir aún más allá. En Barcelona vivía la familia de Albert, tendríamos cerca a su madre y nos ayudaría con la niña.

Cogimos los trastos y le dimos la espalda a mi vida.

Lo que no supe entonces y tardé veinte años en descubrir fue que había un ancla en mi alma que estaba largando cadena para hundirse en el fondo del mar.

Aquel día que Antonio me llamó para decirme que me aceptaba tal y como era, que no iba a cuestionar mi nueva vida y que nos diéramos otra oportunidad, él estaba a quinientos metros de mí. Había venido a Madrid, me estaba llamando desde la estación de Atocha y si yo hubiera dicho que sí, habría subido la calle y en menos de un cuarto de hora me habría dado un beso y todo habría vuelto a ser como antes. Pero le dije que no. Le colgué. Él no dijo dónde estaba, y se lo calló durante los veinte años siguientes. Se sentó en la estación y se echó a llorar mientras esperaba el tren de vuelta.

Pasó un señor y se acercó a preguntarle.

—Es que me doy cuenta de que acabo de perder a la mujer de mi vida.

El hombre sonrió mientras apretaba con cariño su hombro.

—Pues si es la mujer de tu vida, no te preocupes. Volverá a ti.

10

LA VOLTERETA

Mientras tanto, Lola seguía allí, en el sur, tirando de su vida adelante. Todo era igual, salvo que una de sus chiquillas ahora salía todos los días en la tele. Eso no le cambiaba a ella, pero a su alrededor vaya si cambiaron las cosas. Todo el mundo le comentaba que me había visto tal o cual día, indagaban cuándo iba a aparecer yo por el barrio o le preguntaban cuánto dinero ganaba.

—Pero vamos a ver, ¿tengo yo pinta de ser su administradora, carajo?

Cada vez que yo anunciaba que bajaba para verla, Lola me tenía la agenda organizada. Lo anunciaba a los cuatro vientos, y decenas de personas, tanto en Cádiz como en Zahara, se turnaban para visitarnos y saludarme. Vaya cosa más rara. Hasta antes de ayer era la jartible de Mari Paz que no se callaba ni debajo del agua. Ahora era el papa, bendiciendo urbi et orbi.

—Joé, mamá, que yo he venido a descansar. Me voy a pasar el fin de semana con el besamanos.

—Mira, mira, Paz, tú no te olvides de dónde vienes. Sencillez y humildad. Esa gente ha esperado mucho para darte un abrazo.

En Zahara, metía a todo el vecindario en el patio y nos pasábamos la tarde de cachondeo. A lo mejor a mí me veían de otro modo, pero yo seguía viendo allí a los mismos, a toda esa gente que siempre había querido. Así que al final me alegraba que montara aquellos saraos.

Entre aquel mogollón estaba, como siempre, Juana la Chata, la mejor amiga de Lola. Se conocían desde chiquitinas y habían estado juntas en las duras y en las maduras. En el caso de Juana, habían tocado las duras muy a menudo, en una época en la que ser gitana era siempre motivo de discriminación. Mi mejor

amiga del colegio también era gitana, y el resto de las compañeras se burlaban de ella.

—Esas otras no son tus amigas, si van haciendo burlas. Lo que importa es lo que se lleva dentro. No te fijes en los vestidos o en el pellejo. Si estás podrida por dentro, estás podrida.

Ella lo sabía bien, porque tuvo que pasarse media vida defendiendo a la Chata, aunque bastante carácter tenía ella como para necesitar mucha ayuda.

Otra del pueblo que venía a verme al patio era María Maro. Aunque no tenía tanta relación con Lola, les unía mucho sufrimiento del pasado, de aquella época oscura en la que ambas pasaron tantas penalidades.

María Maro vivía en una chabola al igual que Lola. El techo era de uralita, que aún parece que puedo olerlo, cuando pienso en esas tardes donde el calor le daba tan directo que ardía como los empastes de un dragón. Bajo las capas de uralita reforzaba aquello con cartón y piedra.

Los hogares en Zahara fueron creciendo a medida que lo hacía la sociedad. Poco a poco, aunque vivían con cuatro perras, mi madre y sus hermanos fueron añadiendo habitaciones de piedra. Habitualmente los dormitorios se compartían con las gallinas y demás animales, y así entraban todos en calor.

Entre la chabola de María Maro y la de la Cuchichina había una gran diferencia: la nuestra estaba en la playa y la de aquella mujer en mitad de la montaña. Aquel lugar era algo siniestro. Lola me contó que fue uno de tantos que eligió Franco para quitarse de en medio a los que no le hacían caso.

En la época de la guerra, Lola y sus hermanos pasaban momentos de absoluto terror cada vez que los nacionales se llevaban a la gente allá, detrás de la montaña y allí mismo los fusilaban. Desde allí se oía el eco de los disparos mientras abajo ellos se tapaban los oídos temblando. Desde entonces, Lola siempre detestó la figura de Franco.

María Maro vivía sola con su hijo. Un día se acercó un hombre a su casa en mitad de la montaña con cuatro o cinco niños. Le pidió si se podía quedar con alguno de los que llevaba.

—Pero es que yo no tengo nada para darle de comer —le decía la pobre María Maro con más pena que hambre. Y eso que hambre tenía un rato.

—Por favor, señora… que se me van a morir. Salve a uno, aunque sea… —María Maro se resistía, pero transigió quedarse con uno de ellos para que le ayudara en el campo. Y el padre insistía:

—Quédese también con la niña —tendría unos dos o tres añitos solo—. Por favor, no separe usted a los hermanos…

Para María Maro aquello era insostenible, no podía casi mantenerse a sí misma. Así, ante la insistencia del hombre, le pidió que se llevara a ambos críos.

El sentimiento de culpa por rechazar a aquellos niños la acompañó hasta su último día. Cuando ya era muy mayor, en el patio de casa, yo me sentaba con ella. Con su pañuelo negro y su pelo blanco como la leche, no podía dejar de pensar si hubiera acogido aunque fuera solo a la niñita. En aquel momento, con tanta hambre que pasaban todos, lo más seguro es que no hubiera sobrevivido.

El chico de María Maro se tuvo que ir a Alemania y nunca volvió. Yo iba a la cabaña y me enseñaba las fotos de su hijo como quien te enseña el mayor tesoro de su vida. Siempre muy dulce y cariñosa. Esas fotografías eran para ella la prueba de que el amor existe más allá de los kilómetros. Sabía que probablemente no iba a verle más, pero le motivaban a levantarse cada día.

La única persona que tenía era a Lola, que la visitaba los fines de semana. El resto del tiempo estaba sola. Y sola murió María Maro en su cabaña.

Llamaron a Lola del hospital para darle la noticia. Sabiendo que ninguna otra persona más lo haría, inmediatamente dejó todo para ir a velarla. Fue al hospital, preguntó en la puerta por María Maro y se pasó toda la noche en el mortuorio, solita con la caja y la muerta. No podía dejarla allí. La pobre había pasado la mayor parte de su vida sin nadie y esa noche no se merecía eso.

Estando allí, se fija en la buena calidad del ataúd donde descansaban los restos de su amiga.

—Joé, si María Maro no tenía casi ni para comer… ¿De dónde habrá sacado el dinero para este pedazo de caja?

Así va pasando las horas aburrida, desde las diez hasta las ocho de la mañana. Sentada, rezando, entre triste viendo que no recibía ni una visita y extrañada por los lujos excéntricos de no tener para vivir, pero sí para un ataúd de tal calibre. Para estirar las piernas, de cuando en cuando se levanta y se acerca a la caja cerrada susurrando:

—Hay que ver, María Maro, con la hambre que tú has pasado… Con la chabola donde has dormido toda tu vida y el pedazo de apartamento que has cogido para morirte. Esto es calidad superior, María Maro. ¿A ver si es que tenías un dinero guardadito debajo de la cama?

Cuando ya por fin se hace de día y Lola se despereza con la espalda hecha un ocho, empiezan a entrar y salir algunos operarios de la funeraria. Se ve que el momento de incinerarla está cerca.

—Mire usted, a mí me gustaría despedirme de ella. ¿Me podría abrir la caja para verla un momentito?

El operario obedece y la deja sola. Cuando ve a María Maro, vuelve a sorprenderse.

—Joé con María Maro… Qué guapa te has puesto. Con un camisón como de puntilla… Quién te ha visto y quién te ve. Tú, que llevaste el mismo traje negro día sí y día también. ¿Dónde tenías estas picardías guardadas? Y mira qué bien peinadita y gordita… Estás mejor de muerta que de viva, jodía por culo…

—Me la tengo que llevar, señora —dice el operario de vuelta.

—Ya para incinerar, ¿no?

—Es que están los hijos abajo esperándola.

—¿Que ha venido su hijo de Alemania a despedirse? ¿Y ha venido más gente?

—Sí, abajo está toda la familia de Pilar, que se la van a llevar al pueblo.

—¿Pi… Pilar?

Lola había estado toda la noche velando a una señora que no era. La pobre María Maro estaba en la sala de al lado en una cajita de pino que era lo mínimo que se

despacha, con cuatro puntillas clavadas. Menos que eso, es un túper.

Y ahí es cuando la pobre Lola se derrumba y se harta de llorar.

—Joé, María Maro, no me lo tengas en cuenta, que te juro que estaba aquí en el cuarto de al lado. No me vayas a venir ahora a aparecerte con cadenas diciendo que no te he velado.

Con esto de las apariciones de los muertos más valía ser previsora. Aparte de algún episodio anterior, en la casa de Zahara seguíamos notando alguna que otra presencia. Ya nos avisaba la Cuchichina cuando éramos pequeños:

—Pórtate bien que si no, cuando me muera, vengo y te tiro de los pelos.

Nosotros nos reíamos, pero con esa especie de risa nerviosa con la que los niños testan si la cosa va en serio o les están tomando, nunca mejor dicho, el pelo. Como la abuela era una cachonda, optábamos por no hacer caso y seguir a lo nuestro, es decir, a superar con creces al caballo de Atila.

Una vez se murió, decidimos afrontar algunos arreglos en la casa, tirar trastos viejos de la abuela y pintar las paredes. A ello se dedicó mi hermana Sole, que siempre ha sido muy echada p'alante cuando se trata de tocar la corneta.

—Con lo que era la abuela con sus cosas, anda que no iba a protestar si nos viera.

Armada con botes y pinceles, Sole se lanzó a sacar muebles, colchón y ropa del cuarto, y colocó el ropero en medio para poder trabajar en las paredes. Muy profesional, se ató un pañuelo en la cabeza para evitar mancharse con las salpicaduras.

Nosotros estábamos en el patio predispuestos al duro trabajo, pero nos estaba interrumpiendo un pack de seis latas de cerveza que insistían, fresquitas ellas, en ser consumidas a la sombra del paraíso. Contábamos con impaciencia los minutos que faltaban para ponernos a la tarea mientras picábamos, sin ningún placer, unas papas fritas y unas tristes aceitunas que no iban a quedarse allí a riesgo de estropearse, cuando, de repente, oímos unas voces aterrorizadas desde el interior.

—¡Aaaah! ¡Aaaaaayyy! ¡La Cuchichina me tira de los pelos!

Cerveza, papas y aceitunas volaron por los aires, y alarmados acudimos al interior al rescate de la Sole.

—¡La Cuchichina me tira de los pelos!

No había ninguna duda de que la abuela se resistía a que desalojáramos sus pertenencias de la casa. A pesar de nuestra incredulidad, había venido del más allá a cumplir con su promesa.

Tardamos un buen rato en liberar a Sole de los tirones. Al maniobrar con el ropero para pintar otra pared, se había enganchado el pañuelo y un mechón de pelo en una alcayata de la pared. Sin darse cuenta, se separó y el tirón fue tan doloroso como los mordiscos de un muerto viviente. Con cada manoteo que daba, el mechón se enredaba más. No cabía ninguna duda de que la mano de la abuela estaba detrás de todo aquello.

—¡Que no tiramos nada, te lo juro, suéltame el pelo!

Conjuramos la maldición a la sombra del paraíso, ofreciendo al espíritu sagrado el siguiente pack de cervezas, mientras Sole se desenredaba los mechones. Ya tuvimos buen cuidado de mantener en la casa la imagen del santo en la hornacina y algunos de sus enseres, y tiramos el resto en un momento en que a su alma, en el más allá, la cogimos despistada.

A propósito de las voces misteriosas, tuvo Lola otra experiencia, pero con plumas.

Al Trompeta le dio por regalarle un loro. No sé de dónde salió, pero es que Luis es especialista en atraer hacia sí objetos inútiles allá donde va.

—Ya le daremos uso.

Es lo mismo que decía mi padre con los cristales, pero tratándose de Luis, aumentado por doscientos mil. Aunque en su caso, el «dar uso» siempre significa gastarle una broma a alguien. Un día se hizo un agujerito en una chaqueta y pasó por allí el extremo de un carrete de hilo. Se guardó el carrete en

el bolsillo interior y salió a la calle. Siempre había alguien que de forma discreta tiraba del hilo para quitárselo, cuando de repente el hilo salía y salía y aquello no acababa, para sonrojo del amigo.

—¡Quillo, que me vas a deshacer la chaqueta entera!

El colega se moría del apuro hasta que Luis le enseñaba el carrete meado de la risa.

Para putear a una compañera del trabajo, utilizó otro escombro de los que guardaba, un tubo de plástico gordo de los que se usan para meter cables de luz. Resulta que la compañera le echaba una jeta del quince en invierno y para un calefactor que había en la oficina, se lo ponía siempre a sus pies, impidiendo que el resto pudiera calentarse un poquito. Cualquiera le decía nada a la mujer, que tenía un carácter más seco que una mojama de atún. Luis, una mañana antes de que nadie llegara, pasó el tubo de plástico bajo las mesas y lo llevó hasta el aseo. El otro extremo lo escondió bajo el escritorio de la compañera egoísta. Cuando esta llegó y se encendió el calefactor, tan a gusto, Luis se levantó y entró en el baño. Allí dentro se encendió un cigarrito y sopló dentro del tubo echando el humo. La compañera, con el calorcito a tope entre los deditos de los pies, empezó a recibir humo debajo de su mesa.

—¡Ay, ay! ¡Que me quemo el chocho!

Pegó un respingo pensando que se le estaba incendiando la mesa de lo fuerte que tenía el aparato. El resto de la oficina se caía al suelo de risa. Así al menos entraron todos en calor.

Esto lo cuento para que entendamos todos por qué Luis apareció con un loro en Zahara una tarde de verano: porque ya le daremos uso. Pero el loro en realidad era un malaje. No te podías acercar ni un milímetro, que ya estaba amagando con pegarte un picotazo. Se hizo dueño del salón y por mucho que una quisiera entrar por allí a echarse una siesta, si el bicho no estaba por la labor, no tenías más remedio que irte o empezaba a graznar como si le estuvieras retorciendo el pescuezo. Ojalá lo hubiéramos hecho a tiempo.

A Lola le gustaba ponerlo cerca de la hornacina del santo que daba a la calle, así le entraba el airecito y se entretenía mirando a la gente. Lo que no hacía el loro era hablar. Eso de que aprenden a imitarte la voz no iba con aquel demonio verde. Mira que estábamos allí diciéndole chorradas media mañana, que nada, el

bicho solo sabía gañir para que le dejaras tranquilo.

Un día, un vecino se acercó hasta Lola, sentada en el banco de la casapuerta.

—Qué tal Lola, cómo andas.

—Aquí, con la casa llena, que estos no dejan de invitar a colegas y entre eso y los nietos…

—Precisamente de eso quería hablarte, Lola. Porque tienes que decirles a los niños que sean un poco más educados. No se puede ir por ahí insultando a la gente.

—¿Cómo? ¿Pero qué te han dicho las criaturas? —Lola, colorada, no sabía dónde meterse.

—Viene uno aquí por la calle y los jodíos muchachos venga a gritar tonterías desde la casa. A ver, que a mí no me importa, pero está feo que unos chavales tan chicos estén soltando cosas así por la boca…

Esa tarde, Lola tocó a rebato entre la prole.

—Decidme, quién es el que está haciendo el gamberro aquí insultando a la gente que pasa por la calle.

Hijos y nietos se quedaron helados. Estaban dispuestos a confesar otros delitos, pero este no les sonaba de nada.

—A ver, que menuda vergüenza he pasado con el hijoputa del vecino, ya estáis confesando ahora mismo.

La tensión se mascaba en el ambiente cuando, desde el fondo del salón, se oyó decir:

—¡Hijoputa! ¡Hijoputa!

Todos miramos hacia allá por si Lola se había duplicado, porque sonaba exactamente con su mismo tonillo.

—¡Hijoputa!

El loro repetía moviendo las patitas, satisfecho y juguetón. Todos giraron la cabeza de nuevo a mirar a Lola, que cambió la tez del rojo al blanco en un milisegundo.

El banco en la puerta de la casa de Zahara era como una entrada de cine. Una se sentaba sin más y se echaban las horas viendo cruzar a la gente. Medio pueblo pasaba por allí, además de los turistas, porque era el camino natural hacia esa zona de playa. Lola saludaba a todo el mundo, al que le caía bien y al que le caía mal.

—Adiós, adiós, mira qué mono el bañador ese que llevas…

Siempre una palabra amable para todos. Pero si era de los que le caían mal, cuando pasaba de largo añadía para sí:

—Anda que no eres feo, hijoputa.

Y se reía ella sola.

Sola no, porque desde la hornacina del santo, oyéndolo todo, estaba el loro aprendiendo a decir la palabra que más se repetía a lo largo del día. Y luego cuando estaba solo y veía pasar al vecino en cuestión le dejaba claro lo que Lola pensaba de él.

—¡Hijoputa!

De cuando en cuando Lola dejaba a su marido Luis en casa y se venía con nosotros a Zahara. Como el Trompeta tenía a su pareja trabajando allí, nos hacía de taxista asiduamente. Así fuimos una mañana con él Lola, Anna, que tenía apenas un año, y yo.

Lola andaba rara. Llevaba una temporada silenciosa o a cambio, malhumorada, y ninguna de las dos eran actitudes propias de ella. La empujamos un poco a ir al pueblo para que se animara. Íbamos por la autovía, parloteando de tonterías cuando, de repente, sentí que la radio dejó de sonar. Realmente no lo hizo en ningún momento, pero el estruendo fue tan grande que así lo percibí.

El coche se salió de la carretera y dimos varias vueltas de campana.

Tras unos segundos del shock inicial donde no era muy consciente de lo que había ocurrido, salí como pude por mi puerta. Fui primero a comprobar que Anna estaba bien, luego a Lola, que parpadeaba un poco desorientada y, por último, a mi hermano.

Luiti se acercó corriendo hasta mi madre, mientras yo me quedé con Anna y temblando llamé por teléfono a una ambulancia. El Trompeta movió a mi madre para que dejara de estar desorientada. Se espabiló enseguida.

—Luis, hijo… hay que ver dónde has aparcado, carajo.

Alivio. Nos tuvimos que reír. Sobre todo, por ver que estaba más o menos bien, al menos de la cabeza.

—¿Y vosotros cómo estáis? ¿No os habéis roto nada? Porque yo creo que no me puedo mover. Lo peor es que me habéis llenado los zapatos de barro. Ya te vale, Luiti.

Tenía la clavícula rota, pero daba igual. Aquello fue un no parar hasta que llegó la ambulancia. Cualquiera diría que éramos nosotros los que nos habíamos partido un hueso. La sensación de estar agradecido a la vida se nos hizo muy intensa. Todo lo callada que había estado hasta entonces y se le soltó la lengua después de un accidente que podría haber sido mortal, y, además, para soltar chistes. El Trompeta y yo nos miramos riendo, agradecidos de tener una madre así.

Nos quedamos un poco chocados después de aquello. A Lola se le salió el hueso y tuvo que operarse. Yo tuve que intervenirme de un pecho y Anna les tuvo miedo a los cacharritos de la feria durante años. En un tiempo no quise conducir y menos de noche, y para no quedarme anclada en mis miedos, me forcé a hacerlo día tras día para que mi cerebro se olvidara de aquel trauma. Pero lo peor es que nuestro objetivo del viaje, que Lola se animara, se quedó en nada. Ella siguió mustia hasta que llegó una carta del seguro.

Nos daba una indemnización de un millón seiscientas mil pesetas. Mi hermano fue a celebrar la noticia con Lola y empezó a hacer planes para gastarlo.

—Os podéis hacer un viajecito papá y tú, que siempre estáis aquí sin moveros. Y hay que cambiar esa nevera. Y ¿sabes qué he pensado? Yo creo que en el patio de Zahara hay que poner un techado y una barbacoa…

Lola escuchaba en silencio, y cuando el Trompeta se dio cuenta, se calló de repente.

—¿Qué pasa, ma?

Lola le confesó entonces que había ido a juicio por impagos y que estaban a punto de desahuciarles. El casero le había puesto una denuncia porque llevaban mucho tiempo sin pagar el alquiler. Mi padre llevaba enfermo años y no había vuelto a trabajar. Estaban viviendo con lo justo y ninguno nos habíamos enterado porque ella no se permitió ni una palabra ni una queja, para no preocuparnos. Hasta que la situación se había hecho insostenible.

Era una cifra elevada, pero bastante asumible. A mí me estaba yendo bien en mi trabajo de artista. No habría tenido dificultad en asumir el coste. Pero no, prefirió mantenerlo en secreto.

Tras toda una vida con la seguridad de un hogar, perdía su cobijo, la necesidad más básica. Se había metido en un callejón sin salida, porque sola no tenía forma de afrontar esa situación. Por primera vez en su vida no encontraba solución a un problema que se echaba a la espalda. Sentía frustración viendo que lo que había construido a lo largo de los años no había salido como esperaba y ya era demasiado mayor para volver a la casilla de salida. Según pasaba el tiempo y la bola se hacía más grande, sintió vergüenza de contarlo porque no quería que sus hijos nos enfadáramos y la riñéramos, invirtiendo los roles de la familia. Ni siquiera su marido, que vivía bajo el mismo techo, se había enterado de todo lo que estaba sucediendo.

Lola pasó muchas noches sin dormir, cavilando cómo resolver la encrucijada. Cuando la llevamos a Zahara, pensó que allí podía estar la solución. Quizá vender… Pero como nunca pasa lo que imaginamos ni lo contrario, sino algo paralelo que nos viene a sorprender, sí, fue Zahara quien le trajo la solución —o más bien la carretera de acceso—, pero de una forma completamente inesperada.

El desahucio estaba programado para pocos días después de nuestro accidente. Así que la indemnización llegó como una afortunada cagada de pájaro: caída del cielo. El dinero alcanzaba justo para pagar la multa. Ella pensó en su amiga la Michelina.

—A lo mejor tengo que ir a ponerle unas flores a la tumba de don Rosendo.

Desde luego, era una ocasión que ni pintada para darle un aura mística al asunto y verlo como una conexión cósmica de acontecimientos, un renacimiento, una salida del túnel que demuestra que las casualidades no existen… Pero cuando vio el dinero, Lola se fue para mi hermano y le dijo:

—Luiti, cuando quieras damos otra voltereta.

Al final recibió un poquito más. Pagó el desahucio, la cocina nueva de la casa de Zahara y el sombrajo del patio. Cuando tenga yo que hacer reforma, a mí que me centrifuguen, vaya.

Cuando ya pasó todo, comenzó a pensar con más serenidad en el asunto. Cuando cualquiera de nosotros teníamos problemas económicos, se encogía de hombros y sonreía.

—Si nosotros nunca hemos tenido dinero, ¿qué más da si ahora lo pierdes todo? El dinero son cosas y las cosas no tienen vida. Hay que aprender a vivir con menos equipaje. Preocúpate de los vivos. Hemos sido felices en esta casa sin tener un duro. No vamos a ser ahora infelices por no tenerlo. Tú disfruta y echa un polvito a mi salud, que yo ya no puedo menear la cadera.

11

LA CALLE SOLEDAD

Mi hermano Manolo no es de los que llaman a menudo. En eso está chapado a la antigua, y nunca agarra el teléfono a no ser por necesidad. Por eso, cuando oí su voz sabía que lo que vendría después iba a ser importante.

—Niña, escucha. Que papá se ha muerto.

Mi padre tenía una enfermedad respiratoria que lo fue matando de a poquito. Se lo detectaron por un accidente absurdo que él mismo provocó. Andaba sacando la gasolina al coche con una manguera. Tenía que aspirar un poco para forzar que el líquido pasara al bidón a través de la goma. Sopló para adentro y acabó tragando unos gases que lo llevaron al hospital. Lo ingresaron y al hacerle una revisión completa le detectaron una enfermedad pulmonar obstructiva crónica (EPOC). Una dolencia irreversible, con una esperanza de vida de no más de dos años. Mi padre duró catorce, más los que llevara enfermo antes de que lo descubrieran. Un hueso duro de roer.

Cada dos horas tenía que hacer unos ejercicios consistentes en soplar despacio para calmarse y que no le diera un ataque. Eso sí, para los que tienen problemas respiratorios, hay importantes contraindicaciones. Tener a una persona al lado que te saca de tus casillas, como Lola, es una de ellas. Con mi madre al lado, mi padre había practicado la meditación durante años sin saber siquiera lo que era. Pero a partir de ese momento, Luis y Lola se enfrentaron a un reto agotador. Cada día, cada dos horas, estuvieran como estuvieran, dejarlo todo y soplar. Asegurarse de que los niveles estaban bien y, sobre todo, de que seguía vivo. Cada noche igual, despertar y soplar. Cada dos horas. Un año y otro.

Lola pasó todo ese tiempo protegiéndole, como siempre sin protestar, riendo cada día. Renunció a todo lo que hacía en su vida por cuidarle. Cuando le daba una de sus crisis, tenían que ingresarlo. Y entonces los hijos nos íbamos

turnando para que soplara en los tiempos marcados y estábamos pendientes de la oximetría, para comprobar el nivel de oxígeno en la sangre.

En una ocasión estaba ingresado y le tocó al Trompeta cuidar de él. En el turno de las cinco de la mañana se levanta para hacerle soplar. Mi padre sopla levemente, vuelve a soplar y poco a poco comienza a echar la cabeza hacia atrás, desmayándose. Cae en la almohada. A mi hermano Luis le da un vuelco al corazón y comienza a gritar:

—¡Papa! ¡Papá! ¡Despierta!

Luis se abalanza hacia el timbre para llamar a la enfermera y en ese momento mi padre le para con la mano, riéndose a carcajadas.

—¡Joé, papá! ¡Carajo con las bromas tuyas!

Todo se pega menos la hermosura. Que me lo digan a mí, que lo he intentado poniéndome al lado de gente guapa toda mi vida con ínfimos resultados. A mi padre parece que se le pegaron las ganas de cachondeo tras media vida durmiendo al lado de Lola. Pero un día cerró los ojos y por más que quisiéramos que fuera broma, en esa ocasión no pudimos reírnos ninguno.

Y ahí Lola, de una vez, descansó.

Ella había pasado años de acompañamiento incondicional, sin juzgar, dedicando el tiempo que fuera necesario. Sin sentir lástima, sino compasión.

La lástima tiene un punto de pasividad. Te hace sentir mal por el otro, como diciendo, «qué mal lo que le ha pasado a este, pero menos mal que no soy yo». La lástima siempre se mira desde un balcón. ¿Sabéis esos balcones que se alquilan en las procesiones de Semana Santa? Tú estás allí tomando vino manzanilla y pinchitos hasta hartarte y allá abajo, el paso con un señor lleno de sangre y torturado en plan gore. Porque probad a mirar las procesiones alguna vez como si vinierais de Marte. Si tú eres un marciano con tus antenas, bajas a la Tierra y ves las procesiones… te vuelves a Marte echando leches: «Si a este que vino del cielo como yo le han hecho estas perrerías, qué no me harán a mí…».

Pues la lástima es aquello. Estar viendo el sufrimiento ajeno desde el balcón mientras tú te tomas un fino. En cambio, la compasión implica acción. Está movida por el amor al otro.

La lástima elude un pensamiento que deberíamos tener presente: a nosotros también nos va a pasar. De la batalla de morirse no se libra ni uno. Pero tener miedo de que lo malo le ocurra a uno, tampoco arregla nada. Lo único activo es la compasión. Que queramos ayudar por amor. Eso nos hace aprender, nos hace prepararnos.

Cuando acompañamos al que está en proceso de irse, yo he aprendido que hay solo una fórmula: dejar de pensar en uno mismo. Aquí no se necesitan héroes. No venimos a salvar a nadie.

¿No habéis notado que a veces lo único que quieren es hablar de cosas intrascendentes? Repetir las anécdotas simples que han vivido durante el día, reírse con alguna bobada, comentar el traje de Leonor en la jura de la Constitución… Solo eso. Para ellos, que nosotros estemos ahí ya es mucho. A veces es muy duro porque no todos tienen buen trato o la enfermedad les cambia el carácter. Pero qué remedio… Aunque si acompañamos con miedo, si acompañamos con pena, si acompañamos con lástima, todo se lo transmitimos. Entonces se sienten responsables por ser una carga.

Lola transmitía compasión. Estaba al lado de su hombre, le hacía saber que entendía su sufrimiento, que se compenetraba con él y que deseaba aliviarle, que caminarían juntos y diciéndose «te quiero». Fueron catorce años, que no todo el mundo aguantaría, pero mi padre se lo merecía. La ley de la siembra otra vez. Todos queríamos devolverle lo que nos había dado.

Aunque yo vivía en Barcelona, en aquel momento me encontraba en Madrid rodando una serie. Era la primera vez que trabajaba como actriz y el reto era complicadísimo para mí. Hasta entonces, yo era solo una cómica, una «chistera». Bastante jeta le había echado a la vida incluso para eso, porque yo no venía del mundo del espectáculo. Ahora el escalón que tenía que subir era bastante más difícil: aprender un papel, transformarme cada mañana en otra distinta a mí y dejarla en el perchero otra vez por la tarde. Me daba un respeto enorme; aún hoy me lo da, y tardé muchos años en considerarme a mí misma actriz, con todas las letras.

Pero había algo aún más duro de encajar: estar al frente del proyecto. Tener la responsabilidad de cargar con el éxito o el fracaso, y junto a ello con la vida y el

trabajo de todos los que me rodeaban. Solo tuve una manera de afrontarlo: hacer como Lola. Trabajar, trabajar y trabajar. Aprender de lo que no sabía lo más rápido posible, estudiar mucho por las noches y ante la cámara, poner la guinda con ese pequeño talento que se supone que tenía. No podía saber si aquello iba a funcionar, pero, al menos, mantenía la conciencia tranquila.

Me pasaba la semana sola. La niña permanecía en Barcelona y Albert iba y venía. Aquello me era muy difícil, les echaba muchísimo de menos. Mi niña lo era todo para mí y verla solo los fines de semana hacía de los días de diario una condena.

Cuando Manolo me llamó para darme la noticia de la muerte de mi padre, enseguida fui a comunicarlo a la producción de la serie. El productor me dio las condolencias y entendió que tenía que abandonar el rodaje al día siguiente para ir a enterrarle.

—Pero pasado mañana tienes que estar aquí. Si no, tú pagarás los costes de suspender el rodaje.

Me lo dijo sin despeinarse.

Lo asumí sin decir nada, cogí el tren y bajé a Cádiz a reencontrarme con mi familia.

Mi casa era una pirámide. Mi padre cayó de lo alto y había que reestructurar todo. Ese rol, con el tiempo, lo cogió mi hermano Manolo, pero hasta que eso pasó todos estuvimos zozobrando en medio de la marea.

En el tren se me apelotonaron decenas de recuerdos con él. Como aquellas veces que me llevaba a pescar a la bahía, enseñándome a tener paciencia, a mirar el agua, a sentir la tensión del sedal. Al silencio. O cuando me enseñó a bailar. Me subía a sus pies, me sujetaba la mano y la espalda y bailábamos el chotis o el vals. Desde entonces yo sé bailar lento, con la espalda recta y mucho estilo. Recordé la ilusión que le hizo que yo me hiciera artista. Que llevara adelante mis ilusiones y mis sueños. Y también cuando tuve a mi hija, su tercera nieta. Todo aquello me vino a la mente a la vez, y no supe cómo darle orden, porque ni siquiera me había parado a pensar que habría un día en que él se marcharía para siempre. No lo podía creer y, desde luego, no era capaz de aceptarlo.

Aquella mañana, Lola estaba completamente perdida. Había que hablarle y llamar su atención para que reaccionara. Su cabeza iba a mil revoluciones, intentando asimilar lo que estaba pasando. Había estado al lado de mi padre desde que era una adolescente. ¿Cómo es una vida en la que no existe Luis?

Insistimos mi hermana y yo repetidas veces para que se metiera en la ducha y se preparara para el entierro. Le llevé la ropa al baño mientras terminaba y junto a la ropa interior, como la cosa más natural del mundo, le dejé un salvaslip.

—Niña, ¿eso qué es?

—Un salvaslip, mamá. Como si no lo hubieras visto nunca. Tú, póntelo.

Llegamos al velatorio y todo era, como es natural, bastante denso. Todos estábamos muy tristes por la muerte de mi padre. La gente que venía hablaba bajito y se oían sorbidos de mocos y remover de pañuelos de cuando en cuando.

Lola, en aquel lugar, tenía todos los ingredientes que necesitaba para sentirse en su salsa y hacer lo que había hecho siempre. Miró a su alrededor; había mucha gente a la que quería muchísimo. Al ser la viuda, todas las miradas estaban puestas en ella. A la tercera que vino a preguntarle cómo estaba, no pudo evitarlo.

—Ya estoy bien. Me han puesto un salvavidas en el chocho…

En medio del ambiente pesaroso se oyó una carcajada. La risa se contagió a toda la sala, que primero se resistió por lo solemne del evento, pero que poco a poco fue estallando en risas de esas que petardean de tanto aguantar en la boca cerrada. Allí acabamos todos a carcajada limpia. Lola nos miraba maliciosa y juguetona, aunque era la persona con mayor tristeza de los que estábamos allí.

Volvíamos una y otra vez, con mi padre al lado de cuerpo presente, y le preguntábamos:

—Lola…, ¿para qué sirve eso que tienes puesto?

—Yo qué sé…, por si viene una marea y me tengo que ir nadando.

Era el momento perfecto para que sacara sus armas de seducción. La comedia es sanadora y aparcó su propia tristeza para que todos estuviéramos mejor. Nos dio

una muestra de amor, de las más grandes que yo haya visto.

Yo miraba con el rabillo del ojo el ataúd, donde el pobre Luis se removía como pensando: «Hija, Lola, ni un día como hoy vas a parar». Desde luego, el matrimonio de Lola se sostenía teniendo al lado a una persona con muchísima paciencia. Eso debía pensar todo el Mentidero, porque cuando hoy día me cruzo con la gente más mayor del barrio, me repiten siempre lo mismo:

—Hay que ver lo graciosa que era tu madre… y qué bueno era tu padre.

Bueno, no. Santo.

Volví a Madrid esa noche, pero en realidad no volví. Mi alma se había quedado en el sur y fui como un muerto viviente al rodaje al día siguiente. Me dejaba llevar de un lado para otro, pero apenas podía reaccionar.

Rodamos una escena en el decorado, donde actuaba yo sola a la luz de unas velas. En un descanso entre tomas me quedé parada, estática ante las llamitas. De repente, una cayó y prendió las telas. Poco a poco todo se puso a arder. Yo no me moví del sitio. Solo acerté a decir para mí:

—Está ardiendo.

Tardó un rato en llegar alguien del equipo y darse cuenta de que aquello estaba convirtiéndose en un peligro para todos a gran velocidad. Evacuaron a todo el personal y alguien se fijó en que, mientras tanto, yo permanecía allí sin moverme. Vinieron a por mí y me sacaron como si fuera un mueble más del decorado. Al final al productor se le fastidió el día de rodaje y no por mi culpa. El karma le dio su merecido y yo me volví a mi apartamento a llorar.

Albert me dejó sola en Madrid y se fue a casa a Barcelona.

—Cuanto antes tienes que volver a tu vida normal, como si no pasara nada.

No debería haber hecho eso. Yo necesitaba tiempo para que el dolor y la tristeza se pasaran. Me dejó perdida y me hizo mucho daño.

Cuando me vi sola sin mi hija, sin Albert, sin mi padre, sufrí todo el choque de

lo inesperado. Esa muerte fue la que más me impactó en mi vida, más que las que vinieron después. No contaba con ella, y eso que mi padre pasó muchos años enfermo. Pero eso mismo me había hecho sentir que duraría para siempre. Nunca es suficiente para estar con tus seres queridos, ni diez ni veinte años. No estaba preparada. Lo sufrí sola, mientras tenía que hacer reír en el rodaje, como Lola en el velatorio. Pero yo no tenía su fuerza. No había aprendido aún a burlarme del sufrimiento.

Pero el agua que se estanca se pudre. El tiempo no cura, cura lo que hacemos con ese tiempo, y como había aprendido, no paré. Y así dejé pasar el dolor de la muerte, y con ello el duelo posterior. Acabé aceptando la pérdida y el dolor se transformó en recuerdos. No tenía que olvidar, tenía que recordar, y todo lo que recordaba de mi padre era bueno.

Mientras, en la calle Soledad, 22, la casa se iba quedando vacía. Solo mi hermano Pedro, aún adolescente, permanecía allí. Los demás habíamos volado a vivir nuestras vidas. Lola había perdido a su compañero y aquello se le hizo muy extraño. Él había llegado en el momento idóneo, se volcó con ella y ella se encaprichó. No tenían nada, salvo la sonrisa. Se fueron leales, no escondieron quiénes eran por dentro y tuvieron mucha suerte con lo que encontraron. Y así caminaron durante casi cincuenta años.

Las desgracias, en compañía, son menos. A veces pienso en la desgracia como algo cuantificable, como si tuviera peso. Pongamos por caso, una desgracia que pese doscientos kilos. Para una persona sola es muchísimo. Cuando estás acompañado por alguien, ya no son doscientos, son solo cien. Si sois cuatro, la desgracia solo pesa cincuenta. En el caso de Lola, con sus siete hijos y sus cuatro nietos, la muerte de mi padre le pesó…, en fin, divide tú mismo, que la metáfora se me nubla con las matemáticas. En resumen, que la parte proporcional que le tocaba podía cargarla con una sola mano.

Se le hicieron cada vez más importantes las escapadas a Zahara, donde recibía un gran chute de vida, de ganas de cachondeo. Allí buscaba estar rodeada de gente de nuevo. Porque sin los suyos, hasta el mejor lugar del mundo puede ser un infierno. En compañía, el puchero está mucho mejor.

Sin embargo, en el día a día, en la ciudad, Lola comenzó a vivir, más que nunca,

en la calle Soledad.

12

COMER Y CARIÑO

-Tiempo va a tener de sufrir y ser mujer.

Eso dijo Lola cuando salí de casa rumbo a mi nueva vida. Y acertó. No era tan difícil. Todos venimos aquí a sufrir y la vida consiste en que sea lo menos posible. Suena apocalíptico soltado así, sin anestesia. Pero yo miro atrás y veo que mi vida ha estado en cambio permanente, y cada vez he sufrido hasta adaptarme. Sufrí cuando me cambiaron de clase en el colegio, rodeada de pijas mojigatas; sufrí cuando me fui a Madrid o cuando me fui a Barcelona; sufrí con las muertes y con el parto. Vamos, igual que cualquiera. Este camino consiste en que el sufrimiento no te ahogue, que encuentres maneras para conjurarlo. A otros les irá bien con otros ingredientes, pero a mí lo que me ha funcionado es la risa y el amor. Y cuando no los he tenido, me he encontrado completamente perdida.

Albert me dejó a la niña cuando tenía cinco años y ya no volvió.

Me dijo que se había «desenamorado». Que se va, que lo deja todo. No solo a mí, a nosotras, sino que deja el trabajo, la casa, el país…, todo. Necesitaba hacerlo, cambiar de vida.

Mis hermanos han estado siempre con su primer amor, el que encontraron en la juventud, como le sucedió a Lola. Cuando apareció Albert, también creí que iba a ser para toda la vida. Me volqué con todos los cachitos de mi cuerpo y de mi alma. Así que cuando dijo que se iba, se me desmigajaron todos como un castillo de arena.

No me lo esperaba y, al igual que me pasó con la muerte de mi padre, esta desaparición me dejó un vacío enorme que no supe gestionar. Lloraba y lloraba a todas horas, durante semanas que fueron meses. Lola viajó a Barcelona a darme un poco de alegría, pero cuando llegaba la noche, yo volvía al llanto. Desde la

otra punta de la casa me escuchaba y de cuando en cuando, suavemente, susurraba:

—Ya está, Paz, no llores más.

Pero yo tenía que llorarlo todo. Opté por darle puñetazos a los cojines de la cama hasta caer agotada y con eso dormíamos por fin todas.

Usé esa técnica con mi hija en ocasiones. Cuando estaba rabiosa y lanzaba sus frustraciones o enfados contra mí, le decía que golpeara los cojines. Lo probó, pero esta muchacha es más lista que yo; para qué iba ella a gastar esfuerzo con un almohadón. Prefería desenrabietarse. No sé si luego se desahogaría dándole dos sopapos a los causantes de sus rabietas; si fue así, a mí no me llegó ningún parte de lesiones.

Lola tuvo buen ojo. Solo hizo lo posible por hacerse ver, porque yo entendiera que ella estaba allí para lo que necesitara. Si sentía que estorbaba, se volvía para su casa. Cada poco me llamaba. Yo no me daba mucha cuenta entonces, era una niña a la que todo le había ido bien y de repente se le rompían los juguetes. Me doy cuenta ahora. He tenido que pasar unos cuantos años y otras tantas pérdidas para aprender a aceptar los cambios con menos pasiones. Si me hubiera fijado mejor en Lola, me habría ahorrado aprender a palos. Llorar, ahora lloro igual que antes. Al fin y al cabo, la tristeza hay que sacársela de encima y las lágrimas son el desagüe del dolor. Pero después de llorar, pienso en lo que haría Lola: hacer una broma soez y reírse con la gente que más quiere.

«Huele a madre».

Me activo siempre como una gacela cuando alguien, o una ropa, un perfume o un guiso huelen a Lola. Como los olores disparan tanto los recuerdos, enseguida me reconforta y me siento protegida.

De chica me daba tantos besos y tantos achuchones que se me quedaba pegado su olor y conmigo permanecía durante mucho rato después. Era como si llevara conmigo al angelito de la guarda, y eso me hacía ir despreocupada el resto del día. Craso error, porque siendo yo miope como Rompetechos y más burra que un arado, la protección me duraba lo que una pastilla a la puerta de una discoteca. Siempre volvía con heridas y moretones.

Pero no nos desviemos. Lola me daba miles de besos y eso lo recuerdo con mucho amor. Bueno, a veces cuando me agarraba también me tiraba unos bocados que me dejaba tiesa. Con la excusa de los mimos, empezaba a mordisquearme y aparte del olor, me dejaba las marcas de los dientes por todo el cuerpo. Menos mal que yo nunca he tenido mucha chicha que llevarse a la boca y para andar royendo hueso, me acababa soltando.

—Anda, vete, ni que fuera yo un perrillo.

Separada de Albert, con mi casa en Barcelona y mi trabajo en Madrid, me encontraba perdida y triste. Entonces pensaba en el olor de Lola, pero como no la tenía cerca, la cambié por mi hija. Cada fin de semana, de vuelta a casa, me guardaba ropita de Anna y el domingo por la noche, al llegar a Madrid, la ponía en la almohada y me dormía aliviada junto a ella.

Crie a Anna sola. Había que darle sobredosis de amor porque no tenía a su padre para darle su parte. De chica, era una niña seria, permanentemente con el ceño fruncido.

En uno de sus cumpleaños, Albert le mandó un regalo desde Honduras. Estaba allí de cooperante, y le añadía una carta en la que se excusaba por no poder venir a verla esos días porque estaba ayudando a otros niños que lo necesitaban más. Anna no dijo nada en el momento, pero acabó yéndose a la cama y se echó a llorar como una loca.

—¡Yo también le necesito! ¿Y a mí quién me ayuda?

No sabía qué decirle. Por no malmeter contra él, no iba a darle la razón a ella, pero tampoco quería andar justificándole. Lola se levantó del sillón y se sentó a su lado en la cama.

—Vamos a ver, ¿tú has visto la calle? Estamos en carnaval. Es tu cumple y tienes otros regalos y tu disfraz. Aprovecha hoy, porque mañana se acaba. Tú no tienes la culpa de que tu padre no haya venido. Él se lo va a perder. Tú no lo hagas. Han sacado una chirigota tus tíos que te vas a mear…

Aquí y ahora. La madre que la parió. Qué claro lo tenía y yo qué pocos recursos. Yo pensando en qué le iba a pasar de mayor, si iba a tener un trauma y le fuera a ir mal con las relaciones, que tuviera miedo a que la abandonasen. Venga a darle vueltas al futuro, cuando tenía que estar mirando al ahora. Las dejé a las dos

riendo, mientras pensaba en que debía seguir estudiando el máster de maternidad. Así no iba a sacar adelante todos los créditos.

En esos cinco años en Barcelona yo había montado con Albert una empresa, una agencia de representación que no solo llevaba mis asuntos, sino los de otros artistas. Había comprado una casa, me había instalado en la ciudad, había aprendido un idioma… pero ahora continuar allí comenzaba a perder su sentido. La mayor parte del trabajo me salía en Madrid y pasaba más tiempo en el AVE o en el puente aéreo que en mi cama, a la que, por otra parte, ya no le daba un uso tan rumboso como antes. Llevaba sobre mi espalda unas complicaciones absurdas, aparte de los doscientos kilos de tristeza. Cada vez que me quedaba sin trabajo, la sensación de inseguridad podía conmigo.

—Si te tienes que volver aquí a casa conmigo, te vuelves, pero ponle to tu coño a la vida. Deja de dudar con lo de Barcelona. Si no estás preparada para irte de allí, no te vayas aún. Cuando ya no tengas miedo de lanzarte, entonces vete. Pero no te quedes sin intentarlo.

Aprovechando que me salió un trabajo en otra serie, me lancé a trasladarme definitivamente a Madrid. Otra vez sola, pero no me iba a quedar así. Aprendí de Lola a no tener miedo de conocer a gente nueva. Y tenía por dónde empezar: me planté en la puerta del colegio nuevo de mi hija y me eché al cuello de las madres de sus compañeros. Comencé a pedir teléfonos a todo el mundo y les di la brasa hasta que no tuvieron más remedio que aceptarme. No voy a negar que fui encantadora, generosa y acogedora, como se espera de una mujer de mundo como yo; a la vez que sencilla y cercana, que es lo que a la gente le encanta descubrir en los famosos. Evité, eso sí, mi lado barriobajero, malhablado y embustero, aprendido tras una infancia cuasi delincuencial en el Mentidero, que es lo que en realidad me caracteriza más en mi día a día. Eso lo dejaba para los vecinos de la urbanización, a quienes robé con nocturnidad y alevosía matas de sus plantas para ir adornando mi jardín. A la pandilla de madres del colegio no era cuestión de asustarlas a primera vista. Ya tendrían tiempo de conocerme y poner a buen recaudo sus pertenencias.

Aun así, algo debían tener ellas también de barriobajeras, porque no se asustaron con mi verdadero yo y veinte años después seguimos siendo amigas. Creo que a estas alturas ya podré confesarles los hurtos a los que las he sometido.

—Los niños no necesitan na: solo comer y cariño.

Ese es el consejo que me dio Lola cuando Anna empezó a crecer y yo a obsesionarme con su educación. Nada de normas ni de castigos. Ella se pasó toda nuestra infancia trabajando para nosotros, así que no se anduvo preocupando por ponernos diez mandamientos para obedecer. Simplemente actuó como un modelo de vida que nosotros replicamos cuando nos hicimos mayores. Y digo de mayores porque de pequeños éramos el diablo con siete pistolas. Así que bastante confianza tenía en que íbamos a enderezarnos con el tiempo.

Pero esto es fácil de decir cuando ya ha pasado el tsunami. Mientras una está en el medio de la tempestad, criando a una niña sola, la cosa no se ve tan idílica. A una no la preparan para ser madre en la escuela, y aunque hubiera sido así, no es que aprovechara yo mucho mi paso por el colegio de monjas, así que tampoco habría aprobado ese examen.

Yo, como Lola, también pasaba el día trabajando para mi hija y luego no sabía si tenía que compensarla con más atenciones o estaba pasándome de mimos. Tenía que morderme la lengua más de una vez para no entrometerme demasiado o para no echarle una bronca de más, y siguiendo el consejo de mi madre, la atiborraba a comer en esos casos. Sé que eso no era exactamente lo que me estaba queriendo decir con el consejo de antes, pero por algún lado tenía yo que sacar mi frustración.

—Anda, cómete esto, que me tienes harta.

—Mamá, es que un potaje de merienda…

Definitivamente, ser madre —y ser hija también, supongo— es un camino lleno de errores. Mira que nos pasamos la adolescencia juzgando cómo deberían comportarse los mayores con nosotros y luego, cuando cambiamos de bando, no hacemos más que chocar con nuestros hijos una y otra vez.

Yo he intentado discutir lo menos posible con Anna, y mucho menos por la noche. La autoridad no se consigue gritando, sino hablando, con respeto. Solo he sido estricta en las cosas básicas: los estudios, las horas de llegada… En lo demás, he tratado de no poner normas, como Lola. Y he esperado a que el

tiempo dictara su veredicto.

Ahora que ya es mayor, le he preguntado a Anna si corrobora mis palabras. Ha sido escueta.

—Ja.

Yo lo interpreto como un sí.

13

ENTRE RISAS Y LLANTOS

«Fiestas típicas gaditanas». Así se llamó el Carnaval de Cádiz durante treinta años. No se podía ni decir el nombre en voz alta. Prohibido reírse. Como dijeron los nacionales en 1937, se vivían «momentos que aconsejan un retraimiento en la exteriorización de las alegrías internas, que se compaginan mal con la vida de sacrificios que debemos llevar». Así prohibieron el carnaval durante la guerra. Cuando esta terminó, lo siguieron prohibiendo diez años más. Y en el 47, muy simpáticos ellos, se inventaron el concurso de chirigotas del Teatro Falla. Eso sí, pasando las letras por la censura y poniéndole ese nombrecito ñoño: «Fiestas típicas gaditanas».

Qué tendré yo en la cabeza que me viene siempre el mismo pensamiento, pero te lo repito: no sé cómo sigue habiendo gente que le parezca que antes vivíamos mejor.

Hasta el año 77 no se permitía celebrar el carnaval por la calle, ni montar otras chirigotas que las «oficiales», las que concursaban en el Falla. Pero, sobre todo esos últimos años, la gente rescató la esencia del carnaval: la calle, con sus cuplés llenos de ironía y bastinazos, de crítica a la autoridad, de reírse de uno mismo y de todos los demás. Para eso se creó el carnaval, para tener una semana de libertad antes de recogerse en Cuaresma. Ponerse el disfraz, pintarse coloretes y meter el dedo en el ojo a los poderosos. A estas otras chirigotas, las callejeras, se las llamó «ilegales».

Y cuando se levantó la prohibición con la llegada de la democracia, las «ilegales» se convirtieron en la esencia del Carnaval de Cádiz. Hoy es una locura pasear por el centro de la ciudad en esos días. En cada esquina hay una agrupación cantando su repertorio. Cada año surgen chavales nuevos, y los clásicos, los que han triunfado por aclamación popular año tras año —porque no hay otro premio en la calle que el silencio cuando se escucha y el boca a oreja

que les encumbra— recorren los auditorios más codiciados de la ciudad: las escaleras de San Felipe Neri, la calle Sagasta o la plaza de Macías Rete.

Tan crucial es el carnaval para entender Cádiz que hasta hemos tenido a un chirigotero de alcalde ocho años, el Kichi, que hizo lo que pudo con ese puchero de locos que somos y que en su último año tuvo que escuchar a otras agrupaciones criticar su gestión. Su respuesta no pudo ser más carnavalera:

—Cuando el poeta habla, el alcalde cierra la boca.

Nada define más al gaditano que la ironía de la chirigota, el doble sentido, las palabras soeces y la buena afinación. No hay un lugar con más música y talento por kilómetro cuadrado que un fin de semana de febrero en el Mentidero. Y siendo nosotros de ese barrio, ¿cómo no íbamos a vivirlo con toda nuestra energía?

Mi familia está repleta de chirigoteros: dos hermanos, un cuñado, dos sobrinos y hasta la novia de uno de estos, que tiene el orgullo de haber llevado a una agrupación exclusivamente femenina a la final del Falla por primera vez en sus ochenta años de historia, lo cual es otro debate de esos que nos tenemos que hacer mirar.

Todo esto lo digo porque yo soy artista, porque me tocó la china, pero arte, lo que se dice arte, le sobra a toda mi familia. No podía ser de otro modo, si habíamos crecido bajo la dictadura, pero la dictadura del cachondeo, a la que Lola nos tenía sometidos y de la que éramos víctimas los que la rodeábamos, para bien o para mal.

Mi hermano Manolo comenzó a trabajar muy joven. Se tenía que poner muy elegante, con su americana de comercial para conseguir anunciantes en una revista. En medio de una reunión, metió la mano en el bolsillo y sacó una cucaracha. Pero una cucaracha enorme, que había aprendido ya hasta a hablar tres idiomas. La mirabas de frente y le había salido hasta pelusa en el bigote. Manolo pegó un respingo que tiró el asiento y se puso a gritar del susto.

Todavía pálido y tembloroso, volvió a casa a la hora de la comida.

—Hola, niño. ¿Qué? ¿No llevabas una sorpresa en el bolsillo?

A Manolo le volvieron los colores a la cara en cuestión de segundos.

—No me jodas, no me jodas…

—Te veo tan solo irte por las mañanas, que he pensado que te vendría bien algo de compañía.

—¿Compañía? Si quiero compañía me compro un loro. ¡Qué vergüenza delante de mi jefe! ¡Lo que me has hecho pasar!

—¿Quién no ha visto una cucarachita de vez en cuando?

—¡Pero si me echó cojones como buscando pelea! Hasta dientes tenía. ¡Ahora van a pensar que tenemos cucarachas en casa!

—Las teníamos, las teníamos. Ahora las tienen ellos.

Cuanto más rabiosa la víctima, mejor se lo pasaba Lola. Había un zapatero en el barrio que era tartajoso. Un hombre muy majo, pero un tanto nervioso.

—Juan, ahí te dejo unos zapatos de la señorita que me ha dicho que le arregles el tacón derecho.

—Va, va, va, vale… Desp, desp, desp… le echo un vistazo.

—No, hombre, Juan… ahora. Que hay prisa.

El zapatero abrió la caja y salieron disparadas media docena de cucarachas. El hombre abrió la boca, pero no le salía nada. Lola se reía con toda su mala baba.

—Juan, hombre, que te ahogas…

El zapatero intentaba insultarla, pero no era capaz. Lola traía otra caja con los zapatos, esta vez sí, y los abrió ella misma porque el otro no se fiaba. Solo era capaz de arrancar con una sílaba.

—Hi… hi… ¡Hi…!

—Sí, sí… Hija de puta, ¿verdad?

Había convivido tanto con bichos en la chabola de Zahara que cogía las cucarachas con las manos y le daban absolutamente igual.

La broma de la cucaracha es algo que sus hijos hemos heredado. Es una broma seña de los Padilla. Aunque nos hemos reformado. Me gusta llevar cucarachas en el bolso para dárselas a mis amigos, pero de plástico. Mi hermano Luis también lo hace. Tiene una caja con una araña en casa y cada vez que viene algún amigo nuevo, le hace siempre la misma broma. Deja la caja justo al lado de donde se va a sentar. Él ofrece una lata de cerveza y se va a la cocina. Qué tendremos las personas, somos como los chimpancés, no hay nada como ponernos algo cerrado al lado que la curiosidad nos mata. El Trompeta deja pasar un rato en la cocina, habla desde allí, el colega se aburre en el salón, mira la caja, mira al pasillo, no hay nadie, habrá que echar un ojo aquí… Mi hermano desde la cocina oye gritar a su amigo y vuelve al salón con la frase más que ensayada:

—¿Para qué abres la caja, carajo?

—¿Y tú? ¿Para qué tienes una araña metida ahí dentro?

Luiti mete la mano dentro de la caja con decisión para espanto del colega. Rebusca sin miedo en el interior y saca la araña… de goma.

Aunque suene contradictorio, si en algún momento mis hermanos o yo te hemos hecho la broma de la cucaracha o de la araña de plástico, es porque nos importas. Solo con aquellos que queremos invertimos tiempo en gestionar la broma. Preocúpate más si estás a mi alrededor y nunca te he gastado una broma. La risa y el amor.

De cuando en cuando había que devolverle a Lola todo lo que nos daba. No me refiero al amor, sino a la brasa con las bromas. Mi madre tenía una falencia que intentábamos corregirle, pero con éxito muy limitado. Ella sabía coger el teléfono perfectamente. Pero colgar… no era su fuerte.

Cuando alguien llamaba, contestaba muy educada guardando las formas, pero tras despedirse se venía arriba pensando que ya no la oían.

—¡Hija de puta! ¿Qué hace llamando a esta hora?

Esto nos daba variados problemas diplomáticos. En una ocasión hablé con ella en directo en un programa en el que trabajaba y montó un show extraordinario. Al día siguiente, el CEO de la cadena, Paolo Vasile, me llamó para interesarse por ella. Quería conocerla a toda costa, le había parecido lo que era, alguien con mucha frescura y naturalidad. Yo avisé a Lola para decírselo y para que estuviera preparada y mentalizada, no fuera a ser que dijera alguna barbaridad fuera de tiempo.

—Compórtate, mamá, que este hombre es el que quita y pone en esta casa, no vaya a ser que por un bastinazo tuyo me corte la cabeza.

Así subí al despacho del jefe, y desde allí la llamé para que se saludaran. El hombre fue encantador, educadísimo y seductor con Lola, como solo sabe serlo un italiano. Ella contuvo a los caballos y no dijo nada inconveniente. Así hasta que se despidieron, deseándose buena salud.

—Bueno, mamá, beso…

—¿Lo he hecho bien, hija? ¿No te van a despedir?

Ni tiempo me dio a quitar el altavoz. Eso de que te trague la tierra es una opción que en estos casos no se valora lo suficiente.

Teniendo ella esa mala costumbre tan arraigada, había que aprovecharlo de alguna manera. Me vino la inspiración una tarde que vino a decirme:

—Paz, ponme una tele de esas pasma, que tienen más canales.

Quería que le pusiéramos la televisión por satélite. Yo le propuse a mi amigo David que la llamara.

—¿Dolores Díaz García?

—Sí, señor. ¿Quién pregunta por mí?

—Mire usted, tenemos una orden de su hija…

—¿Cuál hija?

—Paz Padilla Díaz.

—Ah sí, mi hija.

—Es que su hija quiere que a usted le pongamos una antena para ver la televisión…

—¡Ah sí, sí! ¡Yo se lo he dicho! ¡Quiero un pasma!

—Perfecto, Dolores. Pues vamos a ponernos a ello. Pero primero tiene que responderme algunas preguntas. ¿Le pillo haciendo algo?

—Nada, nada. Yo estoy aquí pa ti.

—Perfecto. ¿Qué canales quiere ver?

—¿Yo? Yo quiero verlos todos. ¿Cuáles hay?

—Pues hay películas…

—¡Ah! Yo quiero ver películas en blanco y negro…

—¿Y de dibujitos?

Lola para en seco.

—¿Dibujitos? ¿Para qué quiero yo ver dibujitos?

—Vale, vale… ¿Y películas X?

—¿Películas X qué es, carajo?

—Pues, señora…, películas subidas de tono.

—¡¿GUARRERÍAS FOLLANDO?! ¡A mí tampoco me pongas eso! Yo lo que quiero son películas. Películas antiguas, películas modernas…

—Pero, señora… no deje pasar la oportunidad. ¿De verdad no va a querer que le pongamos ningún canal pornográfico?

—¡Que yo no quiero ver nada de eso! ¡Que yo estoy viuda!

—Bueno, vale. Pues apunto aquí que solo películas de dibujos. ¿Y qué día

podemos ir a instalarlo?

—Cuando usted quiera, yo voy a estar aquí todo el día.

—Vale, pues mañana a las tres de la tarde.

—Ay, a las tres…, ¿no puede usted venir en otro momento? Es que a esa hora estoy ocupada. Vamos, que estoy esnucada en el sofá…

—Bueno, vale, pues entonces voy para allá a las siete de la mañana.

—¿¡A las siete de la mañana, carajo!?

—Bueno, señora, pues quedamos en eso, vamos mañana a las seis.

Nosotros estábamos al otro lado, tirados por el suelo, con dolor de barriga.

—Bueno, vale…, pero esto lo paga mi hija, ¿verdad?

—Por supuesto, mujer. Hasta mañana.

Y ahí viene la falencia. Antes de colgar, la oímos al aire:

—Hijo de puta, me quiere poner a mí a ver dibujitos…, ¡su puta madre! ¡Y ahora para que me ponga una película que se vea un nabo de esos… que yo no he visto nunca! ¡La de tiempo que yo no veo un nabo!

Nosotros nos mordíamos los puños para que no oyera las carcajadas por el teléfono. Y seguía…

—Ahí dos tíos follando… Sí, venga, pa que me ponga yo mala… Con la edad que tengo y el corazón…

Entre risas y llantos, pasó el tiempo y yo construí mi hogar en mi nueva casa y con nuevas amigas. Anna crecía y un día Albert vino a pedirme perdón. Yo no tenía nada que perdonarle, mi dolor había pasado. Me costó aceptar que ya no le importaba, cuando a mí seguía importándome tanto. Pero no puede una obligar a nadie a que la amen, eso es voluntario. Mi cabeza tenía que decirle a mi corazón que no le amara, pero el corazón hace lo que le da la gana, al menos durante un

tiempo. Al final hay que destronar al rey. Sin odiarle, sin tirarnos arena a los ojos.

Para cuando vino, yo no tenía ninguna cuenta pendiente que reprocharle. Él era un alma libre y aquel fue el destino que había querido para su vida. Pero quizá sí le debía algo a Anna. En esos años yo solo había sufrido por ella. Pero Anna se había hecho fuerte y aprendió también a vivir sin él. Quizá Albert no pensó en que tenía que darle afecto a su hija, o que, con estar ahí, aunque fuera a distancia, era suficiente. Aunque se sintió culpable, tampoco hizo nada por arreglarlo con el tiempo. Hoy ya importa poco. Anna es grande y me enseña a mí más que yo a ella.

Y yo estaba preparada para el siguiente salto en mi vida.

14

EL ÓRGANO

-Yo quiero a mis nueras por igual, porque no quiero a ninguna.

Esa broma la decía a menudo Lola, pero no lo pensaba en serio. Bueno, quizá lo pensaba un poquito con los novios que traje a casa durante una época. Sí, lo reconozco, no estaban a la altura. Alguno de ellos literalmente. A ver, es que yo soy patilarga, la verdad sea dicha, y hay hombres bajos. Taponcetes. Achaparrados. Y a mí me tocó alguno, qué le vamos a hacer, pero no le juzgo por eso, que está feo fijarse en el físico. Ya le juzgué por otras cosas… y gané.

Lola los veía venir de lejos, y, aunque hablaba con mis hermanos o mis amigos, a mí nunca me reprochó nada. Se preocupaba porque fuera feliz y quería estar segura de que no se me nublaba la vista otra vez. En general, nunca se metía en las parejas de ninguno de nosotros. Solo se ofrecía para estar ahí y ayudar si algo iba mal. Si estábamos bien, sabía que no íbamos a necesitarla.

Si yo comenzaba a estar incómoda con alguna de mis parejas, enseguida se le activaba el radar.

—Este no es tu hombre, tú tienes que seguir.

Si el comentario entraba bien, ya se venía arriba opinando.

—Tú necesitas a uno con un cargo. A mí no me traigas un electricista.

—Mamá, a ver si te crees que con esta lengua de carretero que yo tengo, va a venir a pedirme la mano un diplomático.

Volví a contactar con Antonio después de veinte años separados. Los primeros

tiempos yo había intentado mantener un poco de normalidad, pecando de inocente. Cada vez que nos veíamos era evidente que yo había volado y él se había quedado en tierra.

Al poco de nacer Anna, se la enseñé en una visita a Cádiz. También le llamé cuando me enteré de que se casaba. No era consciente de lo que esos acercamientos suponían para él, o no quería serlo. Yo buscaba ser amable, comportarme como una adulta, pero en realidad las emociones seguían ahí y para Antonio fue muy duro verme y escucharme.

No sabía que el día que le llamé para felicitarle por su boda, estaba a pocos minutos de salir para la iglesia. Vestido de novio, acompañado de un amigo, se derrumbó. Le hizo darse cuenta, desde el primer día de su matrimonio, que se estaba equivocando. Pero no me lo dijo entonces y yo, por candidez, le hice mucho daño.

Nunca supe, durante todos esos años, que mantuvo una relación estrecha con Lola. Siempre que pasaba por la calle Soledad subía a saludarla. Como tenía amistad con mis hermanos, estaba al tanto de lo que pasaba en la familia, y enseguida hablaba con Lola para ayudar en lo que fuera. Ella siempre me lo ocultó, no me decía que mantenía ese vínculo con él, pero no dejaba de repetirme lo bueno que era Antonio.

Nuestra relación se había roto, pero no el resto de los lazos que tenía con la familia y los amigos, donde también estaban mis hermanos. Siempre estuvo por ahí rondando y yo no me di cuenta. Hasta que un día, ambos de nuevo libres, sin parejas ni compromisos, nos volvimos a encontrar. Nuevamente el radar de Lola se activó en milisegundos.

—¿Tú dónde has estado esta noche?

—Por ahí en la calle, con las amistades.

—Ya, carajo. No te vas a estar hasta las tres de la mañana tú sola dando vueltas por la Alameda. ¿Con quién has quedado?

—Con gente…

Aunque había aprendido a mentir con bastante soltura, pues había tenido una excelente maestra, aquella vez no fui capaz de sostenerme con entereza y tuve

que confesar.

—Está bien, pero no juegues con él. No le hagas daño.

—Mamá, joé, preocúpate por mí, que soy tu hija, no te preocupes tanto por él.

—No me preocupo por ti, que tú estás muy bien. A él no le hagas daño, porque este es tu hombre.

El señor aquel de la estación, veinte años atrás, tenía razón cuando consoló a Antonio. Volví. Yo era el amor de su vida y él era el mío. No me preocupé de reprocharme el tiempo perdido, sino que aproveché cada minuto de los que viví a su lado a partir de entonces. Y Lola, por fin, pudo descansar también. Ya no se tenía que preocupar más de mis locuras porque sabía que estaba en buenas manos. Y como me había avisado, se preocupó más de él que de mí. A todas horas le tenía colmado de atenciones, le llamaba a él en vez de a mí, le preparaba sus pucheros… No querría decir que me estaba dando envidia, pero sí, lo digo: aquello era favoritismo sin ningún pudor, le ponía la alfombra roja, mientras a mí solo me quería para que le comprara el pasma. Ten una madre para esto.

—¿Cómo te va con Antonio en la cama? ¿Te va bien? —me preguntaba sin tapujos.

Para mi madre, el humor y el sexo iban de la mano. Nos hemos reído mucho con el sexo en casa, y eso servía para restarle importancia. Nos ayudó a entender que era algo con lo que disfrutar, ya fuera practicándolo o haciendo chistes sobre ello. Más que un tabú, era motivo de cachondeo.

A la mañana siguiente de mi boda con Antonio, antes siquiera de los buenos días, vino Lola a informarse de lo importante.

—¿Y cómo lo hace? ¿Te ha gustado? ¿Cómo tiene la picha?

No voy a desarrollar el diálogo siguiente, ya dejo a mi elegante audiencia que elabore ella los detalles. Solo te resumo en un titular las tres respuestas: satisfactorio.

A mi mánager Arturo, que se casó con un chino, también fue a preguntarle sin

ningún pudor.

—¿Cómo tiene la colita?

Por suerte estoy rodeada de personas con sentido del humor, aunque estos asaltos a la intimidad no están hechos para cualquiera. Arturo, un gentleman que es incomprensible que no haya nacido en Gloucester, le contestaba prudentemente.

—Lola, ¿cómo te voy a contar eso?

—Es que quiero saber si las de los chinos son más estrechitas, si son blancas…

Hasta a la mujer que le puse para que le ayudara en la casa tenía que interrogarla para que le contara todas sus intimidades. Luego me llamaba escandalizada.

—¿Tú te puedes creer que Mari tiene dos hijos y nunca ha tenido un órgano?

—¿Cómo un órgano, mamá?

—¡Nunca ha disfrutado un órgano!

Y mientras Mari limpiaba, Lola se ponía sentada a su lado.

—Mari…, ¿de verdad que tú nunca has tenido un órgano?

—Que no, Lola.

—¡Entonces tú eres virgen! Porque si tú no has disfrutado… Tú estás como si no te hubieran follado todavía.

La pobre Mari se diluía entre los azulejos como podía, pero estoy segura de que pellizcos como estos debieron hacerla reaccionar. Sin duda, no estaba bien que llevara años de matrimonio y no hubiera sentido placer jamás. Me habría gustado espiarla por un agujero, yendo a hablar con su marido alguna noche.

—Juan Andrés, hazme un órgano.

Sí, Lola tenía una boca más sucia que el palo de un gallinero, pero sus palabras no estaban vacías, y aunque había quien se reía pensando «mira la vieja, las burradas que suelta», la comedia no es nada más que un espejo donde nos

reflejamos tal como somos. Y si no nos gustamos, más vale que busquemos nosotros también un órgano.

15

VOLAR Y DAR CON LA VARA

Ser artista y madre me ha llevado un esfuerzo agotador. No es que lo mío haya sido peor que lo de otras. Cuando echo la vista atrás, al pensar en Lola, me avergüenzo de quejarme. Su esfuerzo fue siete veces el mío y, al llegar a la madurez, aun estuvo a punto de quedarse en la calle sin un duro. Esa es la vida de millones de mujeres, así que yo doy gracias por lo vivido, por muchos sudores que me haya costado.

Cuando empecé a trabajar, hacía muchos bolos en fin de semana, como una feriante de pueblo en pueblo, con otros cómicos, contando chistes en escenarios renqueantes con público verbenero esponjado en calimocho como bizcochos de soletilla. Yo era la única mujer, y todo el mundo me miraba de arriba abajo cuando pedía un lugar privado para cambiarme, como pensando «para lo que hay que ver…». Había que echarle ovarios para plantar cara.

—Pues lo poco que hay, no lo vas a ver tú.

En esas actuaciones, los artistas iban y venían, según el momento de popularidad que íbamos teniendo. Era extenuante, no parábamos de viajar y actuar, viajar y actuar, pero los compañeros siempre decían que había que aprovechar, «que esto es pan para hoy y hambre para mañana». De un día para otro, tu popularidad bajaba en el Wall Street de la comedia y siempre temías que dejaran de llamarte. Cuanto más llenaras la bolsa mientras tanto, más tendrías ahorrado para cuando desaparecieras del mapa.

Lola debió meternos a todos el gen del hambre en las entrañas, porque yo he devorado todos los trabajos que he tenido. Cuando estoy en mitad de uno, ya pienso en el siguiente. Mejor dicho, ya lo estoy comenzando a hacer.

Más que aprovechar el momento, pienso que hay que aprovechar la vida. El

trabajo siempre me ha dado la oportunidad de conocer cosas nuevas. Eso es algo que también le agradezco al universo. Nunca he hecho dos trabajos iguales y siempre he podido conocer a gente diferente y lugares insospechados. La contrapartida ha sido lo que he dejado de vivir al lado de Anna.

Al cumplir dieciocho años, fue cuando me di cuenta de lo que me había perdido por estar trabajando de un lado a otro. Lo rápido que había volado el tiempo. Por eso, lo mejor que me ha podido pasar en este momento es estar trabajando con ella. Comparto muchas horas con esta Anna adulta que me hace aprender tanto. La estoy conociendo, porque es una persona distinta a las otras veintiséis que conocí en cada uno de sus anteriores años de vida.

Y lo mismo me ha pasado con mi madre. Ahora veo que no somos tan distintas, la esencia es la misma. Siempre me he sentido un poco culpable con Anna. Que fuera tan introvertida de chica temí que había sido por mi culpa.

Porque no fue así en mi infancia. Yo nunca sentí la ausencia de mi madre. De mi padre sí, que se pasaba el día en la fábrica o de casa en casa colocando ventanas. Lola por las tardes trabajaba también, pero nos llevaba consigo o trabajaba en casa, cortando patrones, cosiendo a mano o con la máquina, y nosotros siempre debajo de las telas jugando. A cambio, yo apenas he podido llevar a Anna conmigo: los platós y los rodajes son lugares sumamente aburridos para quien no esté trabajando en ellos, y por alguna especie de conspiración de las productoras contra la conciliación, están localizados siempre en los polígonos industriales más recónditos de la geografía española.

Mi casa, de pequeña, era un hervidero de muchachos. Las otras madres se los quitaban de encima para poder hacer sus tareas con calma. Lola no, ella los atraía. A los adultos les molesta el ruido en general y especialmente el de los niños. En mi casa esa era la banda sonora original. Como una Guerra de las galaxias orquestada por un coro disonante.

Ni una vez llamé a mi madre que no me lo cogiera. Siempre estuvo disponible para mí. Yo siempre lo he estado para mi hija. Otra cosa es que la niña coja el teléfono cuando yo la llamo, que ya sabemos que, aunque tienen el móvil todo el día en la mano, lo último que hacen los adolescentes es contestar a su madre amantísima. Si llaman ellos, todo son prisas. Cuando llamas tú, «mamá, qué pesada, qué quieres ahora».

Nunca he permitido que mis parejas interfirieran en la relación con mi hija. Estoy muy orgullosa de eso. Tampoco sus novios han interferido en nuestra relación. No dejamos que nadie nos diga cómo tenemos que tratarnos. Con Lola también fue así. Mi madre es mi madre, mi hija es mi hija. No te metas. Si lo aceptas, eres bienvenido. Es el éxito de mi familia.

He de reconocer que esto tampoco es del todo cierto. Antonio sí se metía en nuestras discusiones. Pero para eso era abogado; tenía carácter de mediador y siempre nos ponía en el punto de vista de la otra cuando nos enfadábamos.

Lola nos crio para que fuésemos independientes y autónomos. Imagino que para perdernos de vista cuanto antes. Yo he hecho lo mismo con Anna, siguiendo una máxima de Lola: «Tú no necesitas a un hombre ni pa correrte». Necesito a la gente, pero no dependo de ella; eso lo aprendí al ir a vivir a Madrid. Me lancé sola porque estaba sola, y conseguí un montón de lazos. Justo lo que vivió Lola a los doce años cuando se vino a Cádiz a servir en una casa dejando a su familia atrás.

La diferencia, que es brutal, es que ella no tuvo opción de elegir. Por eso no dejo de dar las gracias por vivir en el mundo en que vivimos hoy. A ella la vida le fue cruel, pero se burló del diablo pasándoselo en grande.

Lola, cuando se quedó viuda, se volcó en nosotros nuevamente. Tejía sus redes para tenernos controlados, aunque viviéramos a centenares de kilómetros. Cuando mi hermana Sole se separó de su marido, con la tristeza, su cuerpo se lo tomó mal y empezó a adelgazar a ojos vista. La gente que la veía por Madrid iba luego con el cuento a mi madre.

—Tu hija se está quedando como un silbido…

Lola había pasado tantísima hambre de chica que esa frase bastaba para que el insomnio la atacara. Se resistió a hacer movimientos durante unos días, pero cuando ya llevaba cinco noches como un zombi, decidió poner alguna excusa para viajar a la capital e ir a ver qué estaba pasando. Dicho de otro modo, fue a vigilarla.

Tras mucho insistir, hizo que mi hermana consintiera en ir al ambulatorio. Hacía como que controlaba la situación, pero la verdad es que estaba muy preocupada.

Con los nervios por saber qué les diría el médico en la consulta, llevaba varios días durmiendo mal y con el estómago agarrado.

El día de la cita, allá van las dos bien tempranito. En la sala de espera del ambulatorio están ella y mi hermana esperando a que digan su nombre, pero el tiempo pasa y nadie las llama.

—Pero ¿tú te encuentras bien, hija?

—Que sí, ma, que no me pasa nada, solo que estoy desganada.

—Estás pálida como una lechuza. A ver si el doctor te pone un gimen y comes mejor.

—Un régimen, mamá. Y a ti otro, que tampoco has comido nada.

—Me tiene lo tuyo sin ir al baño toda la semana. No me cabe na más.

Pasa una hora y nadie las llama. La tensión sigue en aumento. Lola repiquetea el brazo del sillón, se mordisquea las uñas…, cuando repentinamente, se abre una puerta al fondo con estruendo.

—¿Soledad Padilla?

A Lola le da un vuelco el corazón. Del susto, se le provoca una reacción en cadena que desemboca en tragedia diplomática. Se le escapa un pedo como una bomba de racimo capaz de fumigar una hectárea y abrir una nueva brecha en la capa de ozono. Un pedo de ultrasonido, con un vibrato que se expande a todo el asiento y que, a su lado, hace rebotar a Sole levemente hacia arriba. Ultrasónico, sí, pero con una presencia densa como niebla londinense. De estas visitas que cuando salen de casa se van quemando el marco de la puerta. En resumen: apestoso. Mi hermana la mira. Lola, que llevaba días preocupada por la salud de su hija, le devuelve la mirada con resignación, rendidas las tropas ante la derrota inevitable.

Sole se levanta para entrar a la consulta —y para no caer inconsciente sobre el sintasol del suelo—, pero ve que Lola no se mueve. Le hace una señal con la cabeza, y Lola responde con una leve negativa.

—Mamá, que nos están esperando… ¿Vas a entrar?

—Sí. Voy a entrar. ¿Pero por qué tanta prisa, carajo?

Sole se acerca a la puerta de la consulta.

—Es que está mal de la cadera, ¿sabe usted? Y cuando lleva un rato parada, se le enfría y se atasca, le cuesta más levantarse…

La enfermera le dedica una mirada escéptica. Sole intenta describir las dolencias de Lola gráficamente, pero solo le sale un movimiento al estilo de Chiquito.

Mientras se levanta, Lola se abanica con un prospecto como si estuviera acalorada, pero en realidad está oreando el ambiente alrededor. La gente que pasa frunce el ceño al entrar en la zona cero, recibiendo sin previo aviso la hecatombe nuclear, mientras ella mira para otro lado con calculada indiferencia y abanica con la potencia de un parque eólico.

Lola avanza hacia la puerta a la velocidad del caracol, caminando como si le hubieran arrancado una pierna, con el único objetivo de hacer tiempo y no llevar consigo ningún resto del gas sarín.

—Uy, la cadera… Ay, ay…

Ya dentro de la consulta, el suspense termina al fin. La analítica de Sole está muy bien y no tiene ningún problema más allá de las penas de amor.

—Uy, pues cómo me relaja saberlo.

—Tú no te relajes más, mamá, que a este paso nos desmayamos todos.

Aunque Lola se quedó más tranquila, sabía que ahora Sole tenía que curar la tristeza. Y Lola sabía lo que era lidiar con eso, aunque siempre llevara la máscara de payaso puesta. Hacía mucho que su Luis se había ido y cada vez pasaba más tiempo sola. Ahora había que combatir la pena de Sole con sus mejores armas. Pero lo primero es lo primero.

—Corre para casa, hija, que esto es como Titanic: cuando asoma la puntita, detrás viene el iceberg entero.

Yo tenía cargo de conciencia porque cuando era chica había cosas de mi hija que no me gustaban. Me sentía culpable, sentía que era culpa mía por el tiempo que le restaba, y sentía vergüenza porque en ocasiones me cayera mal mi propia hija. Cuando iba creciendo y cambiaba, parecía que siempre era a peor. ¿Cuándo iba a mejorar la cosa? Para esto no había traído yo a esta enana al mundo.

—Esto viene de fábrica. Es lo que hay, Paz, tú no la vas a cambiar. Cinco dedos de la mano no son iguales.

Bien lo sabía ella. Ya puedes intentar que tus hijos sean lo que has soñado para ellos. Van a salir como les parezca. Y no podemos juzgarles por lo que han sido y ya no son. Cambian y cambiarán y no vas a ser tú quien tuerza su voluntad. Lola se encogía de hombros.

—Acéptala como es. Ya echó a andar. Ya no te pertenece.

Lola se limitaba a estar.

Con Sole, no se cansó de repetirle lo mucho que valía y que no necesitaba a nadie para ser feliz. Lo hacía entre puchero y puchero, porque si algo conectaba a ambas, eran los fogones. Sole ahora cocina igual que Lola, con el mismo cariño y la misma paciencia. Mi madre se sentaba al lado y le iba dando instrucciones. Sole ya se sabía de memoria la mayoría de los guisos, pero dejaba que le diera indicaciones o la riñera si no hacía caso, porque así sentía que mandaba todavía en su casa. Al mismo tiempo, estar ocupada hacía mejorar a mi hermana y poco a poco comenzó a hacerse fuerte de nuevo.

Y de paso cogió unos quilitos, que tampoco le venían nada mal.

La felicidad es un estado del pasado. Cuando uno está viviendo un presente feliz, no se da cuenta de lo que ocurre. Solo lo ves al echar la vista atrás, en el momento no se piensa porque se está ocupado en… ser feliz. De cuando en cuando viene un espectador y te hace notar cómo te ha cambiado la cara. Y ese instante de revelación es precioso.

—Oye, que te llamé la otra noche y no me lo cogiste… estás tú saliendo mucho últimamente, ¿no?

—¿Qué pasa, mamá? ¿Me vas a controlar o qué?

—Yo no digo nada, pero polvos que están por llegar son mejores que los que se han echado.

Era cierto. Sole llevaba semanas saliendo y entrando y, de repente, tuvo conciencia de que era feliz, de que ya no pensaba en su pasado. Empezó a sentirse poderosa sin esperar a que otros le marcaran los tiempos. Ella sola era capaz de todo. Lola le abrió esa puertita en aquel momento y Sole no dejó de crecer.

Ni de cocinar mejor cada día.

Le escuché al terapeuta Antonio Rico que la maternidad es como un teatro. Te pasas diez años sobre el escenario siendo la protagonista, con tu bebé en brazos o jugando con sus amigos. Los siguientes diez años sigues en escena, pero dos pasos atrás. Ya eres la secundaria, mientras tu hija va tomando el rol principal. A los veinte años te retiran del escenario. Tu lugar son las bambalinas, de apuntador. Ella recita sola ante el público y de cuando en cuando, si se le escapa la letra, se acerca discretamente y pregunta para que le repases el texto y seguir. Por mucho que una quiera, ya no puede salir a escena a decirle cómo actuar. Diez años más tarde, tu lugar ya no es siquiera ese. Tu sitio es abajo, en el camerino, escuchando el ruido de los aplausos al final de la función, con el alivio y la alegría de que todo ha salido bien.

Y cuando estás en el escenario, cuando estás creciendo, solo hay dos preguntas que necesitas para saber si estás recitando bien tu papel: ¿tengo la vida que quiero tener?, ¿estoy con la persona que quiero estar?

Desde que Anna comenzó a andar, me di cuenta de que se iba a acabar escapando entre mis dedos. Que tenía que dejarla volar y ¿cómo dijo Lola?, que ya no me pertenecía.

Se me olvidaba cada semana, porque yo tengo poca retentiva, pero con ver a mi madre cuidar de nosotros se me bajaban los humos. Siempre sabía cómo dejarnos ir y tenernos a la altura de su vara al mismo tiempo.

16

PRESCRIPCIÓN FACULTATIVA

A la hora de comer, en mi casa no se hablaba de política. Se hablaba de sexo. Si Lola no se cortaba ni un pelo delante de nadie, menos aún delante de sus hijos. Así hemos salido, con la boca más sucia que el rabo de una vaca. Le quitábamos hierro al asunto, mientras nuestros amigos veían el sexo como algo oscuro, dándole una trascendencia que nosotros no veíamos. Por regla general, un polvo es solo eso, un polvo.

Lo último que le apetecía a Lola era que alguno tuviera un disgusto por desconocimiento. A eso se añadía que le encantaba provocar. Así que no se dejó ningún detalle en el tintero. Al fin y al cabo, iba a formar parte de nuestras vidas.

Para mi madre, el sexo era la sal de todos los guisos. Bien se lo había pasado, eso no se podía negar, dada la descendencia. Que, para conseguir siete aciertos, ya has tenido que aplicar el método científico: ensayo/error, ensayo/error… unas cuantas veces. Pero de mayor lo que hacía era hablarlo sin tabúes, con una naturalidad que ya quisieran amigas mías mucho más jóvenes que yo.

De sí misma decía que, de chavala, había sido una putona. Digo yo que fardaba un poco de más, pero también el nivel andaría bajo en aquella época, porque menudas mojamas reprimidas que debía tener alrededor. Lo que Lola llamaba putona era en realidad sentirse libre. Y ella hizo lo que le vino en gana.

Como hablar abiertamente lo veíamos tan natural, yo intenté aplicarlo después en mi vida adulta.

Cuando Anna era pequeña, con siete años o así, vino un día a hablarme la señora que me ayudaba en casa.

—Paz, que… Ejem, que su hija Anna me ha preguntado qué es un consolador y

no he sabido qué responderle. No es que no lo sepa, quiero decir… Pero eso es cosa de usted. No me atrevo a hablarle de eso, ríñala usted.

Resulta que mi hija había visto en las noticias que Paris Hilton había comprado un juguete sexual de un millón de dólares. A lo mejor exageraba un poco, pero como es natural, quería saber qué juguete podría haber con ese precio, y con ese nombre.

—Déjamela a mí. No te preocupes, que yo me encargo de reñirla.

Llegó Anna del colegio acompañada de su amiga Paula, las dos muy graciosas con la mochilita. Le digo:

—Anna, ven p'acá.

Mi hija se acercó, tímida, sabiendo que se venía algo importante.

—¿Tú le has preguntado a Anny qué es un consolador?

—¿Qué, mamá? Yo no he dicho nada.

—Pues a mí Anny me ha dicho que se lo has preguntado. Que has visto las noticias y ha salido la Paris Hilton comprando un consolador.

A Anna le cambió la cara.

—¡Aaaaah! ¡Un consolador no, mamá! ¡Un vibrador! Eso es lo que le he preguntado. Pero no te preocupes, que ya me lo ha dicho mi amiga Paula.

En este punto tenía toda mi atención.

—Ah. Cuéntame.

—Mira, mamá, es una cosa… Que se mete en el chumino, le das a un botón y hace… ayyyyy. Como si te estuviera dando una descarga eléctrica.

Mi hija empezó a dar botes como si le estuvieran dando calambrazos. Con la boca abierta, las manos abiertas… Y no pude hacer otra cosa que, primero, mearme de risa, y, segundo, darle la razón. Porque al final, de eso se trata.

Lo que aprendí de mi hija, con su naturalidad de los siete años, fue lo horrible de

la palabra «consolador». ¿Consolador? Yo no necesito nadie ni nada que me consuele. «Vibrador» es otra cosa: vibra y te hace vibrar. Es divertido. El sexo solo debería servir para dos cosas: procrear o divertirse. Si no tienes intención de procrear, pues diviértete. Y si dudas de que vayas a divertirte con otro… ahí tienes el aparatito. Un calambrito a tiempo puede ahorrarte muchos problemas.

Soy mujer, tengo más de cincuenta años y practico sexo. ¡Sí! Y eso que soy viuda. Ah, y fea. Lo tengo todo para que me aparten a vivir a un retiro monacal. Pues no. A mí no me encierran ni con cuarenta de fiebre. Los puritanos me dan urticaria y prefiero pasar por bocachancla y hablar de ello en alto que callarme por censura.

¿De qué tienen miedo? ¿De que nos contemos unas a otras lo que nos gusta? No vaya a ser que nos dé por disfrutar. El sexo, y más si es contado por mujeres, está mal visto. Pues pido disculpas de antemano. Yo follo. Y lo cuento. Si te cepillaras a Brad Pitt, ¿no lo contarías? Y si te pasaras por la piedra a Mr. Bean, ¿a que lo contarías también? Solo por las risas… Eso sí, a mí me gusta hablar, pero antes y después. Aquí va una rima: durante el coito, mejor calladito. Que hay que estar a lo que hay que estar.

Mi madre me traspasó un superpoder que, hoy por hoy, sigo teniendo. Lola sabía por nuestra cara si alguien venía de trajinarse a alguien. Identificaba con precisión la sonrisilla colgona, el atusar del pelo detrás de la oreja, los coloretes que no se van aunque haga frío, el bailecillo de cadera que se le queda a una puesto… Vamos, esa cara que estás poniendo ahora mismo si vienes de fornicar.

Me acuerdo un día que volvió a casa mi hija Anna y fue corriendo a su dormitorio. Aunque pasó como una exhalación, mi ojo de rapaz detectó todos los detalles. Me daba en la nariz —también de rapaz— que había algo distinto en ella, en su cara. Yo no tenía dudas. Me acerqué con la discreción que me caracteriza y le dije:

—Tú acabas de follar.

—Mamá… ¿Qué dices?

—Anna, que a mí no se me escapa esa cara que traes.

Se llevó unos segundos dando vueltas, avergonzada, buscando la excusa perfecta, pero se rindió, no pudo más, se giró y me dijo:

—Joé, ¿cómo lo has sabido?

—Pues, Anna, ¿por qué va a ser? Solo hay que mirarte la cara de recién follada que tienes. Ha sido la primera vez, ¿no?

—Ay, mamá, por favor…

—Tú no te preocupes, que ya heredarás el superpoder de la familia. Y sabrás cuándo tu hija viene de lo que viene. Y que no pasa nada, Anna. Que todo el mundo follamos.

Yo estaba intentando hablar con naturalidad, sobre todo para que me dijera si había ido bien o mal. Procuraba ser sutil, pero como quien oye llover. Se negaba en redondo a verme como interlocutora cualificada en asuntos de libido, y menos siendo su primera experiencia. Así que finalmente tuve que usar el arma secreta:

—Me lo tienes que contar, que para eso soy tu madre, y si no, te quedas sin móvil.

Aunque le costó, finalmente se abrió y pudimos hablar. Le fue bien, para tranquilidad de ambas. Y creo que ese día abrimos una puerta a la comunicación que yo, a mi vez, tenía abierta con mi madre.

—Mamá, que tu nieta ya ha follado. Se nos ha hecho mayor.

—Mari, hija, qué envidia. Tú también lo hiciste una primera vez. Seguro que habrá sido con un niñito pijo de esos de Madrid y tendría la pichita muy chica. No hace tiempo que no veo yo una. Si tuviera su edad y llego a saber lo que estas a priori, cualquiera me atrinca a mí a posteriori. Iba a joder yo más que un zapato cambiado.

El cuerpo masculino siempre fue algo que obsesionó a mi madre. Tenía, con la vejez, una gran fijación o una gran pena, según se mire: no quería morirse sin

haber visto otro pene en vivo. Empezó tan jovencita con mi padre que el único que había visto de cerca a lo largo de los años era el de su marido. A eso había que ponerle remedio.

Una parte de la playa de Zahara de los Atunes es nudista, y allá se fue con mi hermana Ana. Se colocó estratégicamente cerca de un señor que jugaba a las palas completamente desnudo. Con cada golpe de raqueta, sus huevos se movían con más violencia que las bolas de demoler edificios.

Fue un shock para ella. No podía dejar de mirar aquello. Pum, para la derecha. Pum, para la izquierda… Lola parecía un juez de silla en un partido de tenis.

—Qué tamaño, por Dios. Cada uno debe tener por lo menos dos yemas. Me está dando pena por ellos. Ese hombre se va a hacer daño.

—Son blanditos, no te preocupes.

—A lo mejor en los huevos no, pero a este paso se hace una lesión en los muslos.

Y venga a mirar las pelotas moviéndose. Como un gato con un puntero láser. Después de eso, supo que tenía una misión antes de que la muerte le llegara: ver todos los penes posibles. Pero no desde un punto de vista lascivo, para nada. Aquello era curiosidad etnológica.

Estando en su banco a la puerta de la casa de Zahara, llegó un día Juana la Chata con noticias frescas.

—Lola, ¿tú quieres ver una porrita?

—¿Yo? Claro.

—Pues vente conmigo, que hay un inglés que se pone con la picha fuera en el hotel de mi hija.

Su hija trabajaba de limpiadora en un hostal al lado de la casa y era quien había filtrado la exclusiva.

Allá que fueron volando Lola y Juana hasta el hostal, con el tacataca echando humo. En la terraza estaba el hombre con un tanga, que mi madre decía que más

que tanga era una mascarilla, porque solo le tapaba lo justo por delante y por atrás tenía una gomilla. El hombre hacía nudismo, pero ese día la tendría constipada. Después de estar allí un rato sin que el inglés les diera a las dos viejas el premio que buscaban, se acercaron y se lo dijeron directamente:

—Verá usted. Nosotros hemos venido porque sabemos que usted hace nudismo y queremos verle la churrita.

Entonces el inglés, ni corto ni perezoso, decidió quitarse el tanga y enseñarles sus partes íntimas a las dos octogenarias. Cuál sería su sorpresa al descubrir que el pene lo tenía, según palabras textuales de las analistas, como una seta.

Esa era la razón por la que Juana la Chata quería que mi madre viera al hombre, por enseñarle a su amiga ese pene de forma tan extraña. Como el que va a ver un tigre albino. Cuando mi madre vio ese miembro con forma de hongo, empezaron las dos a reírse, con un ataque imposible de parar. El inglés, como no entendía nada, comenzó a mosquearse un poco. Pero ¿cómo te vas a enfadar con una vieja a los mandos de un tacataca que viene a pedirte que le enseñes tu capullo con forma de boina vasca?

El inglés, que tenía aproximadamente la misma edad de mi madre, acabó, aun sin saber ni papa de español, a carcajada limpia. Terminaron siendo tan amigos que ella le pidió un favor y, año tras año, el inglés le mandaba una foto a mi madre con la porrita fuera. Foto debajo de una sombrilla, foto bajo la lluvia agarrado a un paraguas, foto al volante de un tractor, foto agarrado a unos esquíes… Por aquel hombre no pasaban los años, se ve que el aire fresco le regeneraba la piel.

—Una se hace vieja cuando en vez de ilusiones solo tiene recuerdos. A mí se me ha olvidado ya la picha de tu padre, y me hace mucha ilusión ver más. Que esto de ser vieja no es lo mío.

Y para satisfacer su deseo, en una ocasión contraté a un boy.

Las Chochonis, el grupo de amigas gaditanas de toda la vida, organizamos una fiesta y nos buscamos a un profesional del asunto. Era el hijo de la cocinera del colegio donde trabaja mi hermana Ana, un chaval que se sacaba un sobresueldo haciendo este tipo de fiestas, aprovechando que tenía un cuerpo que para sí lo

quisiera el de la policía. Pero lamentablemente, cuando se acercaba el día de la fiesta, a Lola la tuvieron que operar de urgencia por un bypass, o un paipay como ella lo llamaba.

Aunque la operación fue satisfactoria, queríamos aplazar la fiesta, porque su corazón no estaría para demasiados trotes. Pero mi hermana Ana y yo, en un ataque de optimismo no exento de imprudencia, pensamos que si estaba sentada… quizás sería una buena distracción para que se animara.

Según nos íbamos a cenar, y para saber cómo cazaba la perrilla, yo la sondeé.

—Mamá, luego nos vamos a venir aquí a tomar una cervecita, ¿tú te quieres acostar?

—¿Yo? Yo que me voy a querer acostar. Venirse.

Traducido al padillano eso significaba que estaba con ganas de cachondeo. Y eso era muy buena señal.

Nos vamos a cenar con las Chochonis, le decimos al boy que se prepare para la hora H y seguimos con el plan. Terminamos de cenar y volvemos a la casa. Allí nos espera Lola, encantada de tener a unas cuantas locas cotorreando por allí. Son las once y media. El boy tenía que llegar a medianoche. Tensión soterrada en el ambiente.

—Mamá, ¿te molesta si ponemos música?

—¡Que no, joé! Que estoy bien, que me dejéis tranquila.

Doce menos cuarto. Llega el boy y lo metemos con mucho cuidado en la habitación de mi madre. Le damos instrucciones: la homenajeada está en el salón, con una bata de guatiné.

—Pero… ¿qué edad tiene?

—Es la señora más mayor que te vas a encontrar.

—Hombre, y ¿cómo la voy a distinguir? Si es así como vosotras…

—No, no, como nosotras no. Más mayor.

—¿Cómo de mayor?

—Ochenta y nueve.

El boy pierde la color hasta en los pectorales.

—¿Estáis seguras de esto? —el pobre muchacho se veía imputado por homicidio involuntario tras provocar un infarto fulminante.

Se encierra en la habitación de Lola a prepararse y no veas lo que tardaba. Y mientras en el salón, venga cerveza para pasar el trago.

—¿Y esta gente se va a quedar aquí a dormir o qué? —pregunta mi madre.

Yo vuelvo al pasillo y llamo a la puerta del boy.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien, ya salgo.

—Ana —le susurro yo a mi hermana—, este se está tomando el Sintrom de mamá a ver si le llega algo de riego al cerebro.

Al rato, nos hace una señal desde dentro de la habitación y apagamos la luz del salón.

—Pero qué os habéis creído —se quejaba Lola—, ¿que esto es una verbena? Que no veo un pimiento.

—Es que así estamos más íntimas, mamá.

—Ni que os fuerais a morrear entre vosotras.

Ponemos la típica canción sexy de todos los stripteases. Y entonces aparece el boy por el pasillo vestido de policía. Lola, sentada de frente a la puerta del salón, ve al trasluz a un hombre que viene. Con lo alta que estaba la música, no se le oían ni los chillidos. Me coge de la mano asustada.

—Paz, hay un hombre… con una porra.

—No, mamá. Tiene dos.

El boy entra en el salón, contoneándose, se acerca a Lola, que extrañada, empieza a preguntar a chillidos qué es aquello. El boy entonces comienza a quitarse ropa y mi madre, viendo que la ocasión la pintan calva, alarga su garra y le atrapa el culo…

—¡Mari! ¡Es un boby! ¡Es un boby!

Mis hermanas y yo intentamos calmarla, pero era batalla perdida. Se agarra a ese culo como tejido adiposo y no la despegamos de ahí ni con fórceps. Estaba tan alterada que comenzamos a preocuparnos. Nos podíamos imaginar sus pulsaciones en ese momento rompiendo las métricas a ritmo de Juan Magán.

—¡Mamá, despacito, por favor, que estás recién operada!

Recuerdo aquello como si Lola estuviera montada en la montaña rusa. Eran gritos de subida y de bajada. Se reía como las locas y gritaba con más fuerza aún. Yo en aquel momento me encomendaba a Jesucristo, a Buda, a Mahoma y al 112, para rogarles que a mi madre no se le saliera el bypass por la boca. Al mismo tiempo, temía por la vida de mis amigas y hermanas, porque como se le saltara algún punto, nos iba a alcanzar como si fuera metralla.

Aquel muchacho no se había llevado una sobada así desde que lo parieron. Lola le tocaba el culo, las cachas, el pechamen, los brazacos… El boy estaba en su salsa. Le hacía twerking y le ponía el culo en la cara, y mi madre estaba loca de contenta. Le cogía todo lo que estaba a mano. No hubo epidermis del boy que no fuera inspeccionada minuciosamente; se le hizo un chequeo que ni el de su centro de salud. El boy tenía una pistola que le duró medio segundo en las manos, porque Lola se adueñó de ella y le apuntaba y le disparaba, disfrutando como una niña. Todo sin moverse de su sillón orejero.

Como entendió enseguida que ese era su regalo, no tuvo reparos en disponer de él a su antojo, señalando a una de las Chochonis.

—¡Coqui!, ¡aprovéchate!

La Coqui se partía de la risa y señalaba a mi hermana Sole.

—Esta, esta, que está soltera otra vez.

El boy, y mira que era un boy, no daba crédito al nivel barriobajero de la

homenajeada y su humor cabroncete, pero cogió el toro por los cuernos. Agarró a mi hermana Sole y la sacó a bailar, frotándose con gestos sexuales. En ese momento Lola se reía tanto que se quedaba sin aire y parecía que se congelaba como una fotografía. Los chillidos se le ahogaban. A nosotras se nos helaba la sangre mirándola, pero a los segundos rompía a reír y todas volvíamos a tranquilizarnos.

Ya tuvo mérito el muchacho de aguantar entero y casto su hora de espectáculo, retorciéndose entre esa piara de señoras de mediana edad y otra de edad provecta. Se volvió a la habitación para vestirse. Aplaudimos con chillidos compulsivos y Lola me miró muy seria.

—¿Ya ha acabado, Mari?

—Sí, mamá. Se ha ido a la habitación.

—Pero… ¿ya ha terminado? ¿Ya no va a hacer nada más?

—Mamá, mira a ver… ¿Tú quieres echar un polvito?

—No, Mari. No te gastes más dinero.

Nos habíamos reído tanto, tanto, que cuando alguna hacía amago de irse, otra recordaba algún momento vivido en esos sesenta minutos, y todas nos sentábamos de nuevo, llorando de la risa. Así durante un buen rato. Lola allí en medio, la peor de todas, riéndose como una niña pequeña.

—Ese boby lo que me ha traído es una calor que no veas.

¿Cómo no iba a pasar calor? Si no le dio tiempo a quitarse la bata de guatiné ni la manta eléctrica cuando apareció el muchacho y ya se le fue el santo al cielo.

Cuando conseguimos echar a todas esas pájaras de casa, Lola se acostó en su habitación y yo en la mía. No podía dormir. Sentía un remordimiento enorme porque a mi madre no le habían operado, yo qué sé, de un forúnculo; le acababan de poner un bypass y el reposo prescrito nos lo pasamos por el arco del triunfo. Habría sido menos peligroso ponerla a correr una maratón que aquella sesión de striptease. Pasé las horas segura de que esa noche le iba a dar un jamacuco, infartando mientras soñaba con ese maromo y su pistola.

A las tantas de la madrugada, me despertaba y la llamaba desde la cama para comprobar si seguía viva. Si a mi madre le pasaba algo, mis hermanos me habrían dejado de hablar de por vida. A ver cómo lo explicas en el funeral.

—La acompaño en el sentimiento. ¿De qué murió?

—De striptease. Fulminante.

Una de las veces que me acerqué a comprobar sus pulsaciones, abrió los ojitos y se puso a hablar ella sola.

—La Seguridad Social debería recetarle un boby a las viejas. Con lo triste que estaba yo, anda y que le den por culo a la tristeza… ¡Yo estoy alegre! ¡Yo quiero vivir! Que lo receten en el médico. A una la operan, la mandan a su casa, y que le manden un boby. ¡Les pone el boby el culo en la cara y se lleva todos los males! ¡Ay, que me han quitado todas las arrugas!

No había manera de dormirse. Encima me cabreaba, porque yo pegaba un respingo al menor ruido y cuando me acercaba, la escuchaba riéndose ella sola, recordando los highlights de la noche.

Para sorpresa de todas, al día siguiente tenía la tensión funcionando a pleno rendimiento como una atleta olímpica. Pasada la actuación del boy, podríamos decir que ya tendría Lola colmadas todas sus ilusiones. Pero visto lo saludable que resultó la receta para sus analíticas, y para que no se apagara la llama, decidí regalarle un boby en cada siguiente cumpleaños.

Por supuesto, no lo hice por lascivia, sino por prescripción facultativa.

17

NO LLORES MÁS

Pasé ocho años de felicidad al lado de Antonio. No hizo falta que nadie viniera a ponerme sobre aviso. Yo misma me levantaba a diario pellizcándome para asegurarme de que era cierto lo que estaba viviendo, la suerte inmensa que había tenido al reencontrarme con ese hombre.

Vivíamos con un pie en Cádiz y otro en Madrid hasta que él pudo trasladarse a la meseta definitivamente. Aceptó la locura de mi vida, la mía propia y la de mi alrededor. Porque a mí ya me conocía, pero el torbellino en el que estaba metida no era tan fácil de seguir. Un programa de la tele por las tardes, el teatro por las noches, el rodaje de una serie cada dos días, la oficina en Barcelona, el negocio nuevo en el que invierto, el libro que voy a escribir, la fiesta de disfraces de este fin de semana, los regalos de Reyes que hay que ir preparando dos meses antes y, además, los miles de viajes que hay que hacer porque no podemos perder ni un segundo de vida en disfrutar. Era sorprendente verle manejarse con tanta calma y sin alterarse lo más mínimo en medio de todo eso. Como ya sucedía cuando éramos chavales, era yo quien hacía los planes más rocambolescos y él quien aceptaba resignado. Bueno, ponía caritas, pero luego se apuntaba a un bombardeo. Con esa pinta de niño bueno que nunca ha roto un plato, aguantaba mi ritmo día y noche. Y me aguantaba a mí, que con eso ya habría sido suficiente.

Pero lo que el tiempo te da, el tiempo te lo quita. Antonio enfermó con un tumor irreversible en el interior de su cabeza. Durante el proceso pasamos por momentos de esperanza y desesperación a partes iguales. Yo me dedique en cuerpo y alma a cuidarle. A la vez, me obsesioné intentando buscar respuestas a lo que me estaba pasando. No era capaz de encontrar nada que me diera paz.

—Aprovecha cuando esté bien y aprovecha que estás con él. Quién sabe lo que te va a traer el futuro.

Qué bien sabía Lola de lo que estaba hablando. A su marido le dieron dos años de vida y vivió catorce. Eso que se llevó. También es verdad que no fue un camino de rosas, porque estar pendiente de su enfermedad supuso una bola y una cadena, atados siempre a la oximetría. ¿Dónde estaba el equilibrio entonces?

—¿Hoy está bien? Aprovéchalo.

Yo me paso el día maquinando y pongo mi felicidad en hacer planes y crearme expectativas. Por primera vez eso no me valía para nada. Tenía que olvidarme de todo y vivir el momento. Ni un minuto más allá del momento presente. Olvidarme del menú de la semana, porque a lo mejor solo se puede comer purés. Olvidarme de salir a la calle, porque quizás las piernas no responden hoy. Olvidarme de quedarse en casa porque llueve, porque hoy sí estamos con fuerzas para caminar. Quizá hoy puedo ver esta peli o puede que tenga que suspender aquella visita. Solamente él y su vida, veinticuatro horas. Y para mí sola. A nadie más, ni a su familia más cercana, se le puede pedir que dedique su vida entera. Solo yo. Ningún plan, ni A ni B.

Me di cuenta de que Lola había pasado así, viviendo en el Ahora, casi toda su vida. Desde que era una niña su día a día se había basado en la supervivencia, buscando caracoles en el monte a la espalda de Zahara o limpiando de casa en casa en el centro de Cádiz. Dando de comer a un montón de niños o cuidando de su pareja durante años, cada día era una aventura, porque nunca tuvo ahorrado suficiente para pensar más allá de la mañana siguiente.

Eso aprendí a hacer. Sin expectativas. Aquí y ahora. Y no pesar la pata de jamón antes de comerla.

Esto me lo enseñó mi hermano Luiti, dándome un ejemplo de cómo crearse expectativas te puede llevar a la frustración. Durante una época trabajó él en una oficina. Cuando se acercaban las Navidades, era el encargado de gestionar las cestas para los empleados. A primeros de diciembre traía los jamones y los apilaba en una sala.

—Ya han venido los jamones. Cuando queráis, os apunto y os lleváis el vuestro.

Había un comercial que todos los años, al recoger su caja, primero alzaba en vilo unas cuantas para escoger la que más pesaba. Echaba allí un rato en la operación sin pudor alguno.

—El rata de Juan Francisco, ¿te puedes creer? Qué falta de consideración, carajo. Un regalo que es para todos por igual, no te puedes poner a escoger el mejor para ti…

Siempre hacía lo mismo. A lo suyo, silenciosamente, se aprovechaba de la buena voluntad de la empresa para hacerse con un regalo mejor que los demás. Por algún designio celestial, a Luis le vino una ocurrencia para no esperar al juicio final y darle a este hombre su castigo en la Tierra. A la altura de noviembre, fue a la farmacia y compró escayola por kilos. En casa agarró un hueso con pezuña de un jamón ya consumido y, con paciencia artesanal, esculpió alrededor una pata de aspecto muy logrado que, al estar hecha de escayola, tenía un peso considerable.

Cuando llegó el momento de encargar las cestas, acudió al proveedor con un encargo secreto.

—Toma este jamón y hazme un favor.

El proveedor envolvió la pata de estuco con la tela, la rejilla y la etiqueta de su marca y lo metió en una caja con el resto del pedido de Luis.

—Ya han venido los jamones, compañeros. Cuando queráis llevároslos, me decís.

El comercial fue a por su jamón y, como todos los años, se puso a testar todas las cajas hasta que llegó a la de pega. Como Luis esperaba, le cambió la cara al instante.

—Pesa, ¿eh?

Sin decir nada, esbozó una leve sonrisilla y agarró la caja con evidente esfuerzo. Este año se iba a coronar. Cruzó la oficina con discreta satisfacción. El resto de compañeros, que estaban en la pomada, le miraban de reojillo y callaban discretamente.

—Qué, Juan Francisco, ¿ya has abierto el jamón? —le preguntaba uno u otro, según pasaban los días.

—No, no, qué va. Todavía no.

—Pues este año han salido buenísimos. Vas a ver en cuanto lo abras.

El hombre se relamía día tras día con lo que oía por los corrillos.

—La pechá de jamón que nos dimos anoche. Hmmmmm, qué delicia.

—Yo el otro fin de semana no lo pude evitar. Vinieron unos amigos y, pumba, dale, toma, nos lo cepillamos entero. ¡Qué bueno! ¿Y tú, Juan Francisco?

—No, no, yo espero a Navidad.

Pero se veía que le estaba costando resistirse. Con el pedazo de pieza que se había llevado para casa, la bacanal que iba a montar en Navidad se recordaría por generaciones.

El día después de las fiestas, volvieron todos a la oficina.

—¿Qué? ¿Cómo estaba el jamón, Juan Francisco?

—¿Que cómo estaba el jamón? ¡Te voy a matar, jodío!

Toda la oficina, que llevaba un mes esperando, se partió de risa al unísono. Mira, ellos sí que colmaron sus expectativas. Juan Francisco había abierto el jamón delante de su suegra el día de Navidad, esperando quedar como un rey ante su familia política. Lo que pasó es que suegros, cuñados y familiares cercanos se cachondearon de él lo más grande y tuvieron que subir unos paquetes envasados de jamón de York del colmado de abajo para acompañar el fino de Jerez que habían descorchado.

No sabemos si el hombre aprendió la lección, pero sí que aprovechó el jamón para reciclar la broma. Era tan rata el fulano que ni siquiera gastó esfuerzo en fabricar su propia broma. Tenía este Juan Francisco un cliente moroso que no había manera de que le pagara lo que le debía. Aun así, en un acto de generosidad, sin duda motivada por el espíritu navideño, el cliente recibió una pata de jamón del comercial. Seguro que así se ablandaba y le motivaba a saldar sus cuentas. Al menos hasta que abriera el paquete y se encontrara la pata de escayola.

—Se ha puesto agresivo conmigo, mamá.

Llamé a mi madre de camino a la grabación de un programa. Según pasaba el tiempo y el tumor le presionaba distintas partes del cerebro, su carácter se iba afectando. Ya no era el Antonio que yo recordaba. Me trataba mal, la enfermedad le había transformado.

—Bueno, Paz, hija, está enfermo el pobrecito.

—Pero es que el hombre del que yo me enamoré ya no está. Es otro… ha cambiado, no es el que conocía. Es otra forma de ser.

—Pues esto es lo que hay. Solo te queda aceptarlo. Mira a tu padre, que también le pasó lo mismo. Una vez me cogió por el pescuezo y casi me ahoga el jodío.

—Pero ¿qué me estás contando?

Lola tapó todas las miserias para que los demás no sufriéramos. Yo nunca había sabido que mi padre se había vuelto agresivo con ella. Tampoco lo supo ninguno de mis hermanos. Para cuando mi madre me lo contó, aquellas situaciones, por decirlo de alguna manera, ya habían prescrito y lo hablaba con un tono de comedia que despejaba cualquier resquemor por mi parte, para que yo no pudiera odiar a quien había querido tanto.

—Pero ya somos todos mayores, ma, no te puedes callar las cosas.

Reconozco que a mí no me gusta callarme. Si me reconcome algo, tenerlo dentro es como un virus, me va llenando y acabo con todo el cuerpo infectado. Hablar transforma la angustia en dolor. El dolor es soportable, la angustia no. Las palabras le dan forma a lo que nos pasa. No me refiero a la queja, que es cháchara vacía y que solo pide lástima. Otra cosa es la protesta, que te moviliza a cambiar las cosas. Callarse por voluntad propia puede ser prudente unas veces, pero no saber expresar lo que te sucede, te pone malo. Hay que sacar la basura, si no la que se lía en casa es una peste. Buscar las palabras adecuadas también es muy complicado, pero es mejor equivocarse al decir las cosas que dejarlas en tu interior. Es como los gases: mejor fuera que dentro.

Tanto Antonio como mi padre se volvieron agresivos cuando la enfermedad les afectó a la cabeza. Pero como decía Lola, «quien quiere la col, tiene que querer las hojas que lleva». Y las hojas de la col, para quien no lo sepa, saben amargas.

Si ella pudo con todo, me mentalicé, pues yo también. Si ella no perdió la alegría, ¿por qué yo sí?

Volví a la técnica del cojín. Cuando estaba rabiosa sin encontrar soluciones, agarraba un almohadón y descargaba mi furia contra él, sabiendo que el pobre no iba a devolver los golpes. Cuando ya lo dejaba KO y me quedaba tranquila, seguía con mi día con otro ánimo, aunque dejaba el salón como si hubiera estado desplumando gallinas.

Por las mañanas me ponía Hoy puede ser un gran día para coger fuerzas. Serrat me había acompañado desde pequeña, pronunciando las primeras palabras de amor o haciendo que me fijara en las pequeñas cosas. No podía fallarme en estos momentos y también entonces me fue fiel.

Así fui alimentando mi resiliencia. A mi alrededor, la gente miraba la desgracia ajena tal como les había ido a ellos.

—Se te ve bien, pero ya te hundirás y a ver qué tal sales.

Si Lola no se hundió, con todas las muertes que vivió, ¿por qué no iba yo a ser igual? ¿Qué me diría ella?

—Ya está, Paz. No llores más.

18

NO QUIERO PERDERME NADA

Durante un montón de años mi trabajo principal fue en un magacín diario de sobremesa. Era algo incómodo para mí porque difícilmente podía encajar allí mi talento de cómica, pero sí me dio tablas para enfrentarme a la improvisación y, sobre todo, me dio una coraza ante las flechas de las palabras. Era un programa loco y entretenido en el que se hablaba mucho y a veces mal de alguna gente, incluida yo. Aprendí a protegerme emocionalmente y a no olvidar que el mundo real no estaba allí, sino que eran mi casa, mis viajes, mi amor y mi familia. Cuanto más trabajaba, más consciente fui de todo lo que no era el trabajo. Por primera vez mi profesión pasó a un segundo plano y me centré en lo importante: mi propia vida.

Algo maravilloso sí tuve: un público fiel y muy cariñoso. Y a ese público le podía poner cara y ojos: los de Lola. En su nueva casita, en la calle Benjumeda, en un bajo donde ya no tendría que subir ni bajar escaleras, se pasaba las tardes viéndome por la tele y evitando la soledad. Para escapar del silencio, como muchas otras personas, se ponía a hablarle al pasma. Le daba un repaso a todos los que salían.

Me di cuenta después de haber estado trabajando tanto tiempo en ese programa diario: muchas personas que se encontraban solas no tenían más compañía que la nuestra, los que estábamos dentro de la televisión. Con todos sus sinsabores, tenía una parte preciosa de labor social. Aquellos espectadores se pasaron tantos años acompañados por mí o por otros como yo que nos hicieron parte de sus familias. En horas consumidas puede que yo estuviera junto a sus mesas camilla más tiempo que algunos de sus hijos. Comencé a sentir ese cariño tan familiar en la calle, en mi día a día, cada vez más y entendí que siempre hay que devolver el amor que te dan, porque es completamente sincero. ¿Por qué alguien va a pasar las horas esperando en la calle, con frío o lluvia, a que tú salgas por la trasera del teatro si no es por verdadero amor? No soy capaz de ser ingrata ante eso.

—Paz, acuérdate de dónde vienes —me decía Lola cuando empezaba.

Cuando volvía a Cádiz a verla, me la encontraba hablando enfadada con el televisor.

—¡Mira! ¡Hablándole a la tele estoy para que no se me olviden las palabras! ¡Porque no hablo con nadie!

A mí no me resulta tan extraño. Yo que me he pasado la vida hablando hasta debajo del agua, no veo mal hablarle a un objeto si no tienes a nadie más. A mucha gente le pasa y, con tal de que no pienses que la tele te va a contestar, todo está bien. Los fanáticos del fútbol le gritan, le lloran o se cagan en las castas del árbitro y de jugadores del contrario o del propio equipo. No hay más que ver los cientos de grabaciones de argentinos en las redes sociales jurando en arameo y pegándoles voces a los jugadores de su selección nacional para entender que es una realidad que afecta a todo el planeta. Estamos solos y a la vez necesitamos comunicarnos.

Así pasaba Lola mucho tiempo. Todos sus hijos teníamos nuestras vidas y por mucho que estuviéramos pendientes de ella, las horas se hacen muy largas para quien, durante tantos años, le había faltado día para hacer sus obligaciones.

Lola no le contaba a nadie que yo era famosa porque no quería que la trataran distinto. Se había pasado toda su vida valiéndose por sí misma para ser querida y no necesitaba ahora que la trataran de manera diferente. Que yo fuera conocida no le importaba lo más mínimo. Su única felicidad al verme en la tele era tener conciencia de que no me estaba faltando el trabajo.

—Tú tienes to lo que tú tienes porque no eres una borracha.

Tenía razón. Si ya lo pierdo todo estando sobria, no me imagino qué sería de mí como le diera al frasco. Y con las drogas aún menos. Con esta nariz que tengo, necesitaría paletadas de cocaína como para hormigonar un pilón de gorrinos. Si fuera adicta al sexo, con lo hiperactiva que soy, tendría que mantener a un escuadrón de bomberos a la puerta de casa. Bueno, esto último no debería desecharlo tan deprisa… Pero no nos desviemos. Yo, como Lola, solo soy adicta a la risa. Me chuto un poquito por la mañana para aguantar hasta el café. Tres carcajadas más durante el atasco para no alterarme con los pitidos. A nadie le

hacen mal unos cuantos tiritos más de risa antes de comer. A la tarde, me meto un buen chute para aguantar de juerga. No me importa llegar casi a la sobredosis antes de que muera la noche. Lo más que puede pasarme es que llegue a la cama con agujetas en la barriga.

Pero a Lola se le pasaban los días con cierta monotonía. Y cuando se enteraba de que alguna amiga fallecía, una parte de ella se activaba y tomaba conciencia de que no podía andar perdiendo el tiempo. Un día despertó y lo hizo con una frase:

—No me quiero perder na.

A ella le habría gustado viajar. Cuando era niña, salir del pueblo a la ciudad ya fue como un viaje a la Luna. Mientras nos criaba, no tuvo ni un día de libertad. Después tuvo que cuidar a su marido. Y para cuando se quedó sola, tenía la cadera bastante hecha polvo como para andar viviendo aventuras.

—Yo quiero ir al extranjero y que me digan a mí extranjera.

Como yo he vivido todo lo contrario y no hay quien me eche el lazo, ella quería que le contara con todo detalle lo que había hecho en cada uno de mis viajes.

Una cosa era que no se fuera a un safari en Tanzania y otra que no quisiera salir ni a la plaza a hacer la compra. Pero se agotaba mucho andando y prefería no moverse.

—Mamá, te voy a comprar un tacataca.

—Sí, hombre. Y una mierda. Eso es para viejos.

Qué resistencia numantina. No había manera. Si salía, la muy coqueta quería que se la viera hecha un figurín. Había que actuar a hechos consumados, con que en un viaje a Holanda le compré un tacataca rosa. Y me diréis que por qué habría que irse tan lejos para comprarlo, pero es que los holandeses, para todo lo que lleve ruedas y pedales, son unos artistas y se ve que los tacatacas entran dentro de la misma familia. Aquel aparato era un invento avanzadísimo y, además, monísimo, de un diseño como solo esos señores tan rubios y tan europeos son capaces de hacer. También te digo, que con esa lluvia a todas horas dedicas el tiempo en casa a pensar en cualquier cosa. Lleno de bolsillitos, con su asiento y sus frenos, aquel tacataca era el Ferrari de los abuelos.

—Mira, mamá, el bólido que te he traído.

—Pues te lo llevas por el mismo sitio que lo has traído.

—Que con esto vas a ir a la plaza como en la alfombra de Aladino.

—Ale, te montas tú en él y me traes dos bolsas de patatas.

—No me fastidies, ma, que te lo he comprado en Holanda, ¡la tierra de los tulipanes!

Lo tuvo allí guardado en una habitación al fondo durante una temporada, desconfiando de su utilidad. Mientras pudiera tirar de alguno de sus hijos para que le apañaran los recados, despreciaba el invento. Pero aquello no podía durar eternamente.

El primer día que salió con él ya no hubo marcha atrás. Como cuando un niño aprende a usar la bicicleta, agarró el tacataca y no hubo quien la parara. Iba encantada con su chisme rosa tan elegante. Eso sí, a nadie le contaba de dónde lo había sacado, no fuera a ser que alguna otra vieja la copiara y no se sintiera ella tan exclusiva. Por algún lado tenía que salir la coquetería.

—Uy, Lola, ¿dónde vas con eso tan moderno? ¿De dónde lo has sacado?

—De la tierra de la manteca, de Tulipán.

Como la vida es muy corta para perderse detalles, decidió apuntarse a todo lo que podía y más. Unas amigas le propusieron un viaje a Sanlúcar de Barrameda. Si alguien hubiera dicho algo de tirarse en paracaídas, a lo mejor se habría abstenido. Pero Sanlúcar parecía una aventura al alcance de las posibilidades de su cadera. Así que dijo que sí.

La cosa se torció en cuanto vio la furgoneta en la que viajaban hacia el pueblo. Todas las viejas allí arrejuntadas como piojos en costura y en la parte de atrás, la colección de muletas, bastones y tacatacas.

—Como peguemos un frenazo, salen volando p’alante y me llevo un bastonazo en la nuca, vas a ver.

Luego, al llegar al pueblo, entra y sal de la camioneta veinte veces. Ahora una iglesia, ahora la plaza. Cómprate unos dulces en esta pastelería. Y otra vez coche arriba y abajo. Y venga cuestas…

—Yo me asustaba porque todo el rato andaban diciendo que nos iban a llevar a la Luna. ¿A la Luna, carajo? Poco he pagado yo por este viaje.

Después de echar muchos kilómetros por un sendero de campo, su chasco no pudo ser más grande. La Luna no fue el destino final. Iban a enseñarle las dunas.

—¿Que pa ver arena me habéis traído hasta aquí?

La segunda parte del viaje consistía en conocer el coto de Doñana, o como ella lo llamó, «el coño de Doña Ana». Como el terreno allí era más abrupto, las montaron en un 4x4 que le pasó factura. Dos días con agujetas hasta en las uñas, de la tensión de ir agarrada al coche para no salir volando. Iba encallada en el escay del asiento, haciendo ventosa con los mofletes del culo.

—¡Y aún con eso, las piernas me volaban!

Cuando la dejaron en casa a las seis de la tarde, entró por la puerta en silencio y se fue directamente a la cama con tacataca y todo. Durmió hasta la mañana del día siguiente. Qué mosqueo llevaba encima.

—Qué carajo se me habrá perdido a mí en Sanlúcar de Vayamierda. Todo el santo día la muchacha con la banderita de un lado para otro. Bajarse aquí y mirad, donde Colón echó un mojón antes de irse a descubrir América. Ahora entrad en este sitio y comeos unos langostinos; qué coño langostinos, si tenemos todas el ácido úrico por las nubes. Ahora en la bodega, tómate un fino. Todas las viejas sacando los prospectos del Sintrom a ver si el alcohol estaba prohibido. Una hora de baches por un camino que parecía un rallador de queso, bajamos con los riñones en la boca y ahora: mirad a los pajaritos, allí al fondo de la charca. ¡Qué vamos a ver si estamos todas cegatas perdidas! ¿El coto de Doñana? ¡El coño de tu hermana!

Pensamos que, a partir de aquel momento, no iba a querer moverse de casa nunca más. Nuestra preocupación duró lo que la gomina en la cabeza de un calvo. En cuanto se le pasaron las agujetas, se apuntó al siguiente plan. La vida

es hasta el último día de la vida, si no merece la pena vivirla, no merece la pena lucharla. Olisqueaba en cuanto sentía un runrún de cachondeo y se acoplaba a todo lo que hacíamos. Solo había una cosa que podía con ella: Vejer de la Frontera. Como dijéramos que íbamos allí, no había Dios que la moviera.

—Vejer está muy alto y tiene unas curvas muy peligrosas.

Aquel era el talón de Aquiles y tuvo que vencer mucha resistencia para terminar de una vez por todas con sus traumas.

Vejer de la Frontera está de camino entre Zahara y Cádiz. Hay que desviarse de la carretera y subir un monte. Es un lugar privilegiado, muy cercano a la playa y el mar, que se divisan desde la altura de esa montaña. El pueblo es bonito, muy bien cuidado y con unos restaurantes que quitan el sentido. Pero el camino de acceso tiene su mandanga. Ha mejorado mucho con los años, por supuesto, pero en la cabeza de Lola permanecía el recuerdo de vomitonas de niños y mayores cuando subíamos de visita en nuestra infancia. No ayudaba que fuéramos metidas dos docenas de personas dentro del Seat 124 ranchera, ni que merendáramos hasta hartarnos de Nocilla y galletas justo antes de entrar, a 40 ºC, en la montaña rusa de curvas, frenazos y calentones de motor en primera velocidad. El asiento de atrás parecía el remake de El exorcista, todos lanzando chocolate centrifugado sobre las rodillas del vecino, echando a perder vestidos a estrenar y camisas de domingo. Salir de ese coche en la plaza de Vejer era el paisaje después de una batalla, los siete niños como cachitos de pan en una fondue buscando tierra firme donde dejarse morir melancólicamente viendo el crepúsculo por última vez. Con frecuencia había un último estertor de vómito galletero en público, para dejar un recuerdo imborrable a la población local. Aquello no había quien lo remontara, así que al poco rato había que organizar la vuelta, momento en el cual, sin excepción, era cuando mágicamente recuperábamos el ánimo y no había quien nos metiera en el coche de nuevo, aún menos con aquel olor repugnante, tras cocinarse nuestros revoltijos al sol durante una hora. El camino de vuelta, al grito de «¡tengo hambre!», bajando la montaña en la oscuridad de la noche, no mejoraba al de la ida y, como muchos acabábamos dormidos en el camino tras la trágica experiencia, luego en casa no había quien nos metiera en la cama, ya completamente repuestos y con ánimo de batalla de almohadas. Tras dos días lavando ropa, las aventuras fuera del perímetro de Zahara se olvidaban hasta el verano siguiente, cuando la memoria —o más bien el olvido— jugaba una mala pasada y volvía a proponerse el mismo plan, con idénticos resultados.

Afortunadamente, las cosas habían cambiado mucho en nuestra vida adulta. Ahora teníamos la prevención de subir sin merendar, que ya nos pondríamos las botas allí arriba en alguna pastelería. Los traumas son los traumas y Lola se negaba siempre a repetir. Pero se estaba organizando una fiesta sorpresa para mi cumpleaños y se decidió a indagar con mi hermana Sole.

—¿Y dónde vais a celebrarlo?

—Nos vamos a Vejer, mamá.

—¿Y es que no hay otro restaurán más cerca, coño?

Sole dejó que protestara un rato, sin rebatirla. Ya nos vamos conociendo. Lola acabó quedándose unos segundos en silencio hasta retomar la cosa.

—¿Vosotros vais a ir despacito? Es que no me quiero perder na. A ver si el año que viene no voy a poder ir por otros motivos.

Se vino. Yo había ido allí engañada, sin saber que me esperaba una fiesta llena de gente, aunque la mayor sorpresa fue ver a Lola allí también. Mi amiga Sonia, al acabar la cena, se levantó y me cantó una canción. Tras la ovación final, mi madre con mucho desparpajo elevó la voz.

—Está muy bien que le cantes a esta. Pero ahora, cántame una a mí, ¿no?

Y le cantó. Tenía tanto carisma que era imposible no estar a su voluntad. Y una vez más, Lola tenía razón. Ya no vendría a mi fiesta de cumpleaños del año siguiente.

19

NO TE QUEA NA

Una noche en Zahara, Luis se desveló. Vio que la luz de la mesilla de Lola estaba encendida y decidió asomarse. Cruzó la puerta abierta en silencio y la cazó con un gesto preocupado. Si lo hubiera sentido venir, ella habría cambiado de cara para, como siempre, seguir aparentando.

—¿Estás bien, mamá?

Lola se giró y siguió en silencio. Luis se acercó, ya un poco asustado.

—Lola… ¿Qué te pasa?

Mi madre respiró profundamente.

—Na, Luis… No me pasa na.

—Algo te pasa.

Lola tomó aire para decir la verdad.

—Luis…, que tiene guasa tenerse que ir, con lo bien que yo estoy.

Estaba bien en ese momento, pero el payaso no puede tener el rostro pintado las veinticuatro horas. Yo la podía entender bien. He sido tanto tiempo la payasa, la graciosa, la de los chistes, que parece que no tengo derecho a ponerme triste con los avatares de mi vida. Lola mostraba a la luz del día la mejor cara, le encantaba vivir, disfrutaba cada segundo con mucha intensidad. Y a la vez, por la noche, le atormentaba el miedo a la muerte. Era humana, menos mal.

Luis, tras unos segundos de silencio, la consoló con una caricia.

—Pero, mamá…, habrá que irse, ¿no? No nos vamos a quedar aquí toda la vida.

Lola no dijo nada y se volvió a acostar.

Sole trabaja de peluquera y maquilladora en rodajes. Como estos pueden distanciarse entre sí muchas semanas, el resto del tiempo aprovechaba para estar junto a Lola todo lo que podía. Así pasaron juntas mucho tiempo en sus últimos años. Ella en su butaca y Sole en el sofá.

Cuando mi madre se aburría, la miraba de reojo.

—Sole… dale al deíto.

Aunque pueda malinterpretarse, porque todos tenemos la mente donde la tenemos, «darle al dedito» era como llamaba ella al acto de buscar algo en el teléfono móvil.

—Pregúntale a tu amigo cómo es la receta del rabo de toro.

El «amigo» era cualquier cocinero que grabara un vídeo en YouTube. Sole dejaba lo que estuviera haciendo y se ponía a buscar la receta.

—Ay, pero habla muy rápido. Léemela tú.

Mi hermana la leía al completo, con parsimonia, para que Lola se enterara bien. Mi madre esperaba a que terminara y tras unos segundos de reflexión, soltaba un exabrupto.

—¡Anda y que le den por culo, así no es!

—Pero, ma, ¿por qué no me lo has dicho al principio y me ahorraba yo la saliva?

No hacía falta que respondiera. Por supuesto, solo quería pasar el tiempo. Tiempo valioso entre madre e hija.

—Anda, mírame a ver la del potaje de cuaresma, a ver si aciertan en algo.

Otras veces estaba yo en el plató, en peluquería, donde siempre se tarda mucho, y para matar las horas muertas llamaba a Lola y ponía el altavoz para que lo

oyeran mis compañeras.

—Mamá, ¿cómo estás?

Enseguida se daba cuenta si había más gente escuchando. Como oyera de fondo una risa, ya sabía que iba a tener público y comenzaba a hacer la payasa para entretener a la audiencia como si fuera una diva de la escena.

—Mamá, ¿tú te acuerdas de cuando fuiste al hogar del pensionista?

—Anda, hija de puta, que me querías encerrar por loca…

En una ocasión que vino a Madrid a visitarme, como yo tenía que pasar el día trabajando en la tele, la animé a que se diera una vuelta por la manzana.

—Mira, aquí cerca hay un hogar del pensionista. Allí hay mucha gente, se pasan la mañana jugando a las cartas o charlando. ¿Por qué no te das un paseíto por ahí, te tomas un café y haces amigos?

—Anda ya, que eso estará lleno de viejos.

Querrá esta irse a una rave, pensé yo, pero no se lo dije.

—Haz lo que quieras. Nos vemos esta tarde.

Pasó media mañana sola en casa y, como se aburría, decidió ponerse en marcha y acercarse a la residencia.

Al entrar en el jardín del recinto, le extrañó lo vacío que estaba todo. Al poco rato aparecieron unos enfermeros.

—¿Qué hace por aquí todavía, señora? Vamos, que es la hora del almuerzo.

—Uy, hola. Mire, es que he venido de visita…

—Ya, ya. Venga, vamos a comer.

Lola hizo ademán de irse, pero uno de los enfermeros le cortó el paso con una amabilidad no exenta de firmeza.

—Si es que mi hija me ha dicho que viniera a ver la residencia, pero ya veo que

es mala hora, así que me vuelvo a su casa.

Los enfermeros se miraron con escepticismo.

—¿Dónde está su casa, señora?

—Aquí a la vuelta, una calle que se mete…

—¿Cómo se llama la calle?

—Uyy… la calle… no sé… pero está aquí al lado…

Los enfermeros se la iban llevando para adentro.

—Oiga, que mi hija se va a preocupar…

—¿Cómo se llama su hija, señora?

—Paz… Paz Padilla.

—Claro. ¿Sabe que yo soy nieto de Chiquito de la Calzada?

En el interior, una médica se puso a hacerle pruebas con una linterna en los ojos y venga a chascarle con los dedos a un lado y otro, a ver si estaba ida. Lola cada vez estaba más cabreada, lo cual no ayudaba, por supuesto, a apostar por su cordura. Yo llegué tarde del rodaje y me la encontré subiéndose por las paredes con tacataca incluido.

—¡Hija de puta, lo que tú me has hecho! ¡Que tú te querías librar de mí! ¡Pues no me mandas al sitio ese, que me querían encerrar y tomarme por loca! ¡Hasta que vino un hombre con gafas a decir que yo no estaba inscrita en ese sitio! ¡Pues claro que no, carajo, que llevo toda la mañana repitiendo lo mismo!

Según escuchaban a Lola al teléfono, mis compañeras de trabajo en la sala de peluquería se tronchaban de la risa. Le pedíamos que lo contara una y otra vez y en cada una añadía alguna mentira o dos ordinarieces para ir subiendo el tono y aumentar el cachondeo. Nosotras lo pasábamos en grande, pero quien más ahuyentaba el aburrimiento y la soledad era ella.

—Mi hija me ha regalado una amiga.

Lo que le regalé fue un altavoz inteligente. No es un mal invento, porque tienen respuesta para todo, pero siempre dependen de la calidad de la pregunta.

—Ponme ar Manolo Ehjcobá.

—Aquí tienes una selección de música tradicional balcánica —contestaba el altavoz sin despeinarse.

—¿Pero qué carajo son estos chillidos de gato? ¡Vete al peo!

—¿Quieres que me tire pedos?

—¡Sí!

—¿Cómo lo quieres? ¿Cochino, agudo o estridente?

—¡Yo quiero que me pongas a Manolo Ehjcobá!

—No te entiendo.

—¡Pues aprende español!

—Prueba pronunciando más despacio.

—Pon-me-al-Ma-no-lo-Esssss-cooo-barrrrrr.

—Aquí tienes una selección de Manolo Escobar.

Todos los días discutía con el altavoz tres o cuatro veces hasta que acertaba con la pronunciación.

—No, si ahora de vieja me voy a convertir yo en una finolis por culpa del chisme este.

Hablando de aparatitos, durante una época le pusimos un llamador al cuello, para comunicarse con el servicio de emergencias.

—Buenos días, Dolores. ¿Necesitas que te mandemos una ambulancia?

—Qué bien que te sepas mi nombre, hija. ¿Tú cómo te llamas?

—Azucena. Dime, Dolores, ¿te has caído?

—Yo no, estoy aquí sentadita.

—¿Te ha dado una bajada de tensión entonces?

—Uy, la tensión. Anda que no hace que no me tomo la tensión.

—Pues ahora te la tomamos nosotros cuando llegue la ambulancia.

—Y ¿pa qué me vas a mandar una ambulancia, hija?

—Porque me has llamado con el pulsador que tienes, Dolores. Dime qué te pasa.

—A mí no me pasa nada, hija, solo que estoy un poquitito aburrida.

—Hombre, Dolores, pero para entretenerse dedíquese a la costura.

—Es que con tantas horas en silencio se me olvidan las palabras, hija. Y cuando te tenga que llamar en serio, no voy a saber qué decirte.

Hasta que pasábamos alguno por casa, estaba muchas horas sin nadie. No le hacía ninguna gracia la idea de irse a morir sola. Siempre quería estar con gente y nosotros hacíamos lo imposible por acompañarla.

—Ay, Paz…, yo quiero ver a tu niña hacer la comunión.

Una vez pasó la comunión, la seguía mirando con melancolía.

—Ay, Paz…, yo quiero verla en la universidad.

Cuando la vio sacar la carrera…

—Ay, Paz…, yo quiero verla con un novio y casada.

Eso último…, me temo que no pudo verlo. Entre otras cosas porque cada vez que le hablo a Anna del matrimonio me arquea las cejas con pavor como si le

estuviera leyendo un expediente de regulación de empleo. Pero si Lola hubiera llegado a esa meta, habría buscado otra nueva. Su miedo no era enfrentarse a su propia muerte, sino perderse los momentos de felicidad de la gente que quería.

Cuanto más miedo le entraba, más lo disfrazaba para que no nos diéramos cuenta. Tenía que seguir con la imagen de que lo tenía todo controlado. Se reía tanto y de todo, que daba la sensación de que, si la muerte pasaba por allí, pasaría de largo.

Pero no.

Desde hace años colaboro con un centro de integración del emigrante a la vida laboral. Así vienen a trabajar conmigo mujeres de otros países con muchísimas dificultades para integrarse.

Le pregunté a Anastasia, que estaba conmigo en casa, si conocía a alguna amiga que quisiera trabajar con mi madre.

—Sí, los sábados por la tarde los paso con una amiga que está viviendo en un albergue. No tiene nada para comer, así que le llevo algo de aquí.

—Pues el próximo sábado te la traes para acá y hablamos. Pero dale de comer lo primero.

Cuando llegué el sábado por la tarde, allí estaban las dos. La muchacha comía un puchero con ganas, pero hablar no hablaba porque no sabía nada de español. Según le contaba yo cosas, parecía tener mucho miedo, imagino que alucinaba por los aspavientos, gestos y tonterías que suelto a toda velocidad y que debían parecerle maldiciones de vudú.

En su mirada, que es lo único que podía descifrar, vi bondad y necesidad de ayuda.

—Mamá, he conocido a una chica muy maja. Mañana le saco el billete y te la mando para Cádiz.

—Pero para qué, hija. ¿Qué hago yo con la muchacha?

Se hacía la tonta, pero lo que trataba Lola de evitar era la conversación de meter a nadie en casa a vivir con ella.

—Yo estoy perfectamente.

—Ya, pero es que necesita trabajar. Viene de un país de fuera y necesita ayuda. Es buenísima, está viviendo en un albergue y no tiene para comer.

—Vamos a ver, por lo que tú más quieras. A mí me da mucha pena por ella, pero yo no necesito a nadie. Estoy muy a gusto solita en mi casa.

—Mamá, esto no es por ti. Es una misión: vas a hacer la buena acción del año. Y cuando llegues al cielo, san Pedro te abrirá la puerta de par en par y con alfombra roja.

—Para qué coño quiero llegar yo al cielo. Que le den por culo a san Pedro.

—¿Y quieres que la vuelvan a llevar a su país?

—Pero ¿de dónde viene?

—De África.

—Ay, hija, tú quieres que a mí, con los pocos años que me quedan, me dé un infarto. Que solo le voy a ver los ojitos a oscuras por la noche y me va a matar de un susto.

—Mira, mamá, esas cosas no las digas en alto que te denuncian.

—¿Y cómo habla, en africano?

—Un poco… sí.

—¿Y español?

—Un poco… no. La verdad es que no.

—Pero que yo no soy térprete de nada. ¿Cómo me voy a entender?

La di por imposible y llamé a mi hermana Ana.

—Mañana en el Talgo va Resti para allá. Necesita una familia y la va a tener.

—¿Y cómo se va a hablar con mamá?

—Eso es cosa de ustedes. Seguro que se apañan.

Resti llegó al día siguiente. Se miraron, se testaron, se entendieron y no volvieron a separarse hasta el último día.

Lola le enseñaba a cocinar, como solo ella sabía, el puchero, la berza, los garbanzos con langostino y las papas con choco, y Resti aprendió como una colegiala hasta prepararlas como si hubiera nacido en Cádiz-Cádiz-Cádiz. Lola se sentaba a su lado en la cocina y le iba señalando cada ingrediente y cómo cortarlo antes de echarlo en la cazuela.

Al mismo tiempo, Resti iba aprendiendo español, aunque me imagino que esas lecciones no se las daría Lola, porque habría acabado solo jurando como un presidiario. Para mi madre fue un motivo de alegría tener a alguien a su lado noche y día, algo que no podía exigirles a sus hijos; y no tardó en aceptarla.

Ella iba bajando escaloncitos de dependencia y nosotros íbamos subiendo los de los cuidados. Para Lola era muy difícil admitir que lo que podía hacer ayer, ya no podría hacerlo más. Un día dejas de subirte a una silla para cambiar las cortinas; otro, la bolsa de la compra te pesa demasiado; un tercero, las voces de los críos que tanto te animaban ahora te aturden. Cada peldaño que bajas requiere de un duelo, porque no se trata de una convalecencia pasajera; no habrá marcha atrás. Será así ya para siempre.

—No pasa nada. Que le den por culo a la compra. Que la cargue la Resti. Para qué quiero yo hacerlo. Son pasos de la vida.

Desde luego, el duelo hasta aceptar tener una intrusa en casa lo pasó rápidamente y fue feliz con Resti. Pensé entonces que desde que nacemos estamos soltando cosas, aceptando y enfrentándonos a cada nuevo escalón. Lo que importaba con Lola era el acompañamiento. Ella no decía nada, pero lo que le daba la vida era sentir el amor de los que la acompañábamos y yo, al menos, aprendí a disfrutar dándole ese amor, porque estaba repleto de todos los buenos momentos que me había regalado a lo largo de mi vida. Cada peldaño que dábamos acompañándola, nos preparaba para el final de su camino y me di cuenta de que no lo veía con pena, sino con agradecimiento.

Poco a poco, la luz se fue apagando. Porque, a pesar de que mi madre fuese un fuego vivo, por mucho que una mueva el carbón, llega un momento en que el brasero se consume. Quién sabe de dónde sacaba la fuerza, pero incluso cuando estaba ya muy malita, si alguno de nosotros venía a visitarla o la llamábamos por teléfono, se espabilaba como un resorte e intentaba vocalizar lo mejor que podía —había practicado con el altavoz inteligente, estaba claro— para que no nos preocupáramos, aunque luego pasara el resto del día más cansada.

Como hay habilidades que no se olvidan y ella había practicado mucho mintiendo como un patibulario, a mí me intentaba meter bolas para que escuchara lo que quería escuchar.

—¿Qué has comido hoy, mamá?

—Pues me he preparado un filetito de pollo, bañadito en leche y rebozado con huevo. Me he puesto las botas. Y luego dos peras de agua. Tú te lo has perdido por no estar aquí, jodía por saco.

Resti ya me había chivado que no había tomado más que una sopa porque andaba revuelta. Lola me calzaba la trola, se quedaba tranquila porque me quedaba tranquila y todas contentas. No sé si se daba cuenta de que yo también mentía como ella, porque menudo ojo había tenido siempre para cazarme en un bulo. Si fue así, no me lo dijo. Reír ante las adversidades, echarse a la espalda la familia, hacerse poderosa ante los suyos… no podía dejar de hacerlo.

Lola se rompió la cadera, su punto débil, una tarde de invierno. Resti llamó a su nieto Paco, que estaba cerca de casa. Es médico, y en cuanto la vio sentada en el suelo de su habitación sin moverse, llamó a la ambulancia. Mi madre sabía que pintaba mal. Pero no se quejó. Para qué tener miedo. Ahora ya no servía de nada esconderse en el armario para darnos un susto. Solo con la llamada de teléfono que recibimos nos echamos a temblar. Pero para eso nos había preparado desde chicos.

—Anda que no os queda na. Así se os pasa el miedo a la vida.

El miedo solo se va si lo miras de frente y te ríes de él, nos decía. Lola, en aquel

momento, parecía decirle a la muerte:

—Estaré cagadita, pero tú te vas a descojonar conmigo.

Cuando llegó la ambulancia, la montaron en una camilla. Ya atada, a punto de salir para el hospital, se acercó la enfermera a hablarle con cariño.

—Señora Lola, vamos a llevarla al hospital. Mire a ver si necesita algo y se lo lleva, lo que considere importante.

Lola echó la cabeza a un lado y le pegó una voz a su nieto, para que lo oyera todo el mundo.

—Paco, escucha. De la mesilla de noche, cógeme los preservativos, que nunca se sabe.

Cuando mi madre estaba en observación, Luis y Toñi se quedaron esperando en la habitación con Lola. Afuera en el pasillo, los demás nos quedamos hablando de la importancia que tenía en nuestras vidas. Mi hermano, viendo a Lola prácticamente inconsciente, le bromeó en voz alta.

—Hay que ver la pechá de llorar que se está pegando todo el mundo por ti, ¿eh?

Entonces Lola giró la cabeza en dirección hacia donde nosotros estábamos. Se estaba enterando de todo y le echó una mirada cómplice, como recordando su conversación.

—¿Y a mí que me cuentas, carajo? Habrá que irse, ¿no? No nos vamos a quedar aquí toda la vida.

Cuando has dado todo lo que tenías que dar y no has dejado nada sin decir, solo te queda paz. Ella no dejó nada pendiente: a todo el mundo le dejó dicho que lo quería, ya que no sabía cuándo la iba a encontrar la muerte. Estando a su lado, intentaba poner toda mi atención para que no se quedara con nada en el tintero. La mayoría de las veces, esa frase final y lapidaria no se produce. Me dio por pensar que esos últimos momentos son muy parecidos a los primeros. Estar,

estamos, pero no razonamos como nos gustaría. Pero con mi madre sí llegó esa frase. Una que resultaba enigmática, que niega, afirma, ironiza y sentencia. Y que me sigue dando que pensar desde entonces.

—No te quea na.

¿No podía haberme dicho simplemente «te quiero», carajo?

Hay una parte de mí que cree que me veía triste o desfalleciendo y me dijo aquello asumiendo que el dolor por verla así era un dolor mínimo, natural, un dolor que tenía que ocurrir, pero que no debía engancharme a él. Es como si me dijera: «¿De verdad te vas a poner así porque me estoy muriendo? Es natural que un hijo deba enterrar a su madre. Así que espabila, que no te queda nada por vivir…». En otros momentos pienso que estaba preocupándose por lo que me esperaba en el futuro. Antonio estaba bien en esos días, pero tenía por delante un tiempo difícil a su lado y debía estar preparada y con fuerzas para manejarlo. El que no tiene una cruz, se la están haciendo, nadie se libra de las situaciones difíciles de la vida. Y a mí me iba a tocar sufrir de nuevo pronto. Era como si tuviera pena por mí: «Con lo que tienes por delante…». Pero eso sería demasiado convencional. Conociéndola, sabiendo cómo vivía y las cosas que decía, no me resigno a pensar que, en realidad, lo que quería era animarme, darme esperanza y recordarme los principios que habían guiado su vida.

—Anda ya, que no te queda na por vivir… Esto no es para tanto comparado con todo lo que yo he sufrido. Vete a vivir las cosas que te hacen vivir. Vete a disfrutar con tu hija, vete a disfrutar con tus amigos, con tus hermanos… Iros por ahí, tomad cerveza, hartarse de reír… reíros de mí, pero no os preocupéis. Disfruta y ponle to tu coño a la vida.

El poder de hacer reír solo lo tiene la vida. Y si al recordarla conseguía que me partiera de risa de nuevo, de alguna forma nunca moriría del todo.

No se nos quedó nada pendiente que decirle. Tuvimos todos la suerte de poder despedirnos de ella a tiempo. El 11 de febrero de 2020 mi madre nos dejó solos.

20

¡SHICORECORRÍO!

Elegir las coronas fue un momento de unión entre los hermanos. ¿Qué frases podrían representar a Lola? Hubo muchas votaciones a su brindis de referencia:

—Brindo por usía y este plato de chuletas, que si no mato a este toro, que me corten la coleta.

Siempre decía lo mismo con el vaso en alto. Vete a saber de dónde salió la ocurrencia. Eso sí, la mantenemos en activo porque, aunque se suele decir que hay más días que botellines, estos nunca están de más cuando hay que celebrar algo. Allá donde vayamos, cuando nos reunimos, cae un brindis con ese lema.

Otras frases que barajamos para colocar en la corona fueron: «He jodío más que un zapato cambiado», que tuvo su éxito; u otro clásico suyo como: «Más te vale tener un amigo, aunque sea en el infierno». Sin embargo, ganó una que la definía muy bien y que quedó reflejada en su despedida, cuando recibimos el cariño de una enorme cantidad de gente: «Los amigos de mis hijos son mis amigos».

Lola era una mamá gallina que adoraba tener a sus polluelos bajo el ala. La categoría de polluelo no se la otorgaba solo a sus hijos o lazos de sangre. La onda expansiva se ampliaba a cualquiera que demostrara un mínimo de cariño por la familia. Se fiaba de nosotros y si yo traía a alguien, era porque tenía importancia para mí. Y a partir de entonces también era importante para ella. Lola nunca discriminó. Daba igual que yo trajera a un artista de fama mundial o a un frutero del barrio. No importaba quién fuera en la calle; dentro de su casa era uno más, igual que el resto. Y, por lo tanto, le insultaría como a todos. Así eran las reglas.

Allí mismo, en el velatorio, como en la vida, intercalamos el llanto y la risa. El dolor se fue transformando en recuerdos y una sonrisa se nos puso en la cara al

mismo tiempo que las lágrimas.

Cada día a su lado era una oportunidad nueva para reír. Era capaz de tener una ocurrencia para cada momento. Tenía una fuente inagotable de ideas y maldades para reírse de cualquier persona.

A todos mis hermanos, un tiempo después, les hice la misma pregunta:

—¿Cuál es el mejor regalo que te hizo mamá?

Y ganó por mayoría la misma respuesta.

—Vivir noventa y un años.

Las muestras de cariño en mi casa eran continuas. Constantemente nos estábamos besando y demostrando amor. Es una de las razones por las que siempre estoy diciendo «te quiero». Me sorprende lo que cuesta pronunciar esa frase. Es verdad que en casa hemos sido muy cabrones y nos ha gustado mucho el humor negro. Hemos estado puteándonos unos a otros a todas horas. Pero nunca faltó un «te quiero». Yo lo escucho poco a mi alrededor, parece que cobran por decirlo, pero con Lola era muy habitual y me he acostumbrado a soltárselo a todo el que me hace bien. Y cuanto menos acostumbrado está el receptor a oírlo, más disfruto diciéndoselo. «Me ha dicho “te quiero”?». Me encanta la sensación que deja un «te quiero» inesperado.

Lola mostraba el amor a quien se lo merecía y se lo hacía saber. Si una bajaba a por el pan, había que darle un beso antes de salir. Esa pequeña tarea era una excusa para demostrar amor. El coraje que daba bajar a por el pan de pequeño, ¿eh? No hay adolescente que no haya sentido los pasos de su madre por el pasillo deseando que no le tocara a uno; todos hemos sentido como una cuchillada la terrible frase materna: «Bájate a por el pan, que estás sin hacer nada» y en ese momento hemos notado un peso enorme en los pies, en los párpados, una flojera en todo el cuerpo incompatible con la vida. Vamos, una pereza monumental. Pues bien…, ¿cuántos de nosotros bajaríamos ahora a por el pan una y mil veces a cambio de un beso de esa madre que ya no tenemos cerca?

Aquellas pequeñas cosas, las mundanas, las aparentemente aburridas, son las que echo de menos. Y creo que el motivo es que eran una excusa para demostrar eso

tan cursi de decir, pero tan necesario de sentir: amor.

He de confesar, en mi descargo, que hay otros detalles que no echo tanto de menos. Lo de los bocaos, si volvieran… hablaría con Lola para que los diera más flojitos, no lo voy a negar. Qué fuerza tenía en la mandíbula la hija de puta.

—Ven… ven… que te voy a decir algo.

Aunque una parte de mí sabía en qué iba a desembocar aquello, tenía una técnica depurada para pillarme siempre por sorpresa. Me cogía, me atrapaba y me mordía al grito sordo entre dientes de:

—¡Ay, que te quiero!

Había veces que ya no corríamos. ¿Para qué? Si nos iba a pillar. Una se dejaba hacer y a esperar que no doliera demasiado. Pero, bueno…, yo intentaba huir.

Me da un poco de miedo hablar en alto de esto de los bocados. Me viene a la cabeza la mano peluda de don Rosendo dándole bofetones a Lola. No puedo imaginarme el pavor si mañana me despierto con la marca de los dientes de mi madre en un moflete. En esta familia ya ha habido precedentes. Ya vino la Cuchichina a tirarnos del pelo porque le movíamos sus pertenencias.

Me arriesgué bravamente de todas maneras. No podíamos dejar su casa y sus cosas tal como estaban. Si no nos deshacíamos de todo aquello, nunca nos despediríamos de ella. No podíamos quedarnos atados a unos símbolos de algo que ya no existía. Así que en los siguientes días recogimos la ropa y el tacataca, lo regalamos todo y al poco tiempo puse la casa en venta. Había que soltar amarras con Lola. Ella ya lo había hecho. No íbamos nosotros a quedarnos varados en el puerto vacío.

Resti, el día que se la llevaban en la ambulancia, era la que más lloraba. Se tumbó en la cama de mi madre sin consuelo:

—¿Qué va a ser de mí ahora?

Lola me había hablado unos días antes en confidencia, cerquita de mí.

—Cuando yo me muera, llévatela contigo a Madrid. No tiene a nadie y es muy buena.

A mí me lo iba a decir, con lo que me había costado convencerla yo a ella un año antes. La obedecí y Resti se vino conmigo. Y después cerramos aquella casa para siempre.

En el camino de vuelta, agarré en un momento a Anna y le solté una metralleta de besos sonoros y repetidos. Típicos besos de señora. Unos besos que me daban muchísimo coraje de pequeña y que había terminado heredando. Un día te despiertas y te das cuenta de que das esos besos y ya no hay vuelta atrás: te has convertido en tu madre.

A Lola le encantaba tenernos a todos vigilados. Necesitaba tenernos ubicados para descansar. Ahora no teníamos ninguna escapatoria.

Nos tocaba caminar solos.

Yo había sufrido la muerte de mi padre por falta de preparación. En aquel momento ni siquiera pensaba en que la muerte existiera. No era algo que me fuera a tocar a mí, estaba fuera de mi radar. Yo solo podía pensar en todo lo nuevo y diferente que estaba siendo mi vida: ciudad, familia propia, una hija… La muerte de mi padre fue un guantazo en toda la cara que ya quisiera don Rosendo. Además, mi pareja de entonces no me ayudó y me sentí muy sola para superarla. Afortunadamente, tenía tantísimo que hacer y había tantos cambios al mismo tiempo en mi vida que acabé pasando página. Además, Lola seguía estando ahí. Y ella lo vivió con alivio, se volcó en nosotros y yo sentí su presencia más cerca que antes. Su Luis se marchó y lo hizo para bien. En aquel momento no me di cuenta, fue mucho después cuando entendí que para Lola fue un cambio que la hizo mejor, le dio el espacio para dedicarse a los que estábamos vivos.

Después, estuve muy triste cuando Lola se fue, pero ella me había preparado para ese día. La calma que me proporcionó me preparó cuando, por segunda vez, la enfermedad de Antonio reapareció, esta vez para quedarse.

—Él está aquí todavía, aprovéchalo —me había dicho antes de morirse.

Cuando una madre opina sobre nuestra pareja, aunque queramos hacernos los dignos, nos echamos a temblar. Sabía que la mía me iba a dar su opinión, la pidiera yo o no, pero nunca se iba a interponer en mi decisión. Que Lola me

dijera que Antonio le gustaba es algo que hoy sigue dándome mucha alegría, porque no se equivocaba. Así pues, aproveché mi tiempo con él, claro que lo aproveché. Porque era consciente de que iba a terminarse y quería que se quedaran conmigo los recuerdos de lo que estaba viviendo a su lado. Recibí con serenidad lo que estaba por venir. No esperé mucho. En cuestión de meses, Antonio empeoró rápidamente.

Cuando llegó la hora de enfrentarme a que Antonio iba a morir también, pude enfocarlo de una manera distinta a las anteriores pérdidas. Ya no tuve la angustia del primer momento, no sufrí tanto. Lloraba, claro, sentía tristeza, pero había aceptado que se tenía que ir. Las despedidas son siempre tristes y si son largas, más aún. Pero es que nunca nos queremos ir de una fiesta donde nos lo estamos pasando en grande, ¿no es verdad? Y yo, que he sido siempre de cerrar los bares, aproveché el tiempo con él todo lo que fue posible. Se marchó por agotamiento, el pobre.

Lloré mucho, tuve un gran dolor. Pero tenía que darle significado a ese dolor. Una nunca se pregunta por el sentido de las cosas buenas que le pasan. Se disfrutan y no se les da más vueltas. Pero con las desgracias sí te haces preguntas. Y me carcomía la falta de respuestas. ¿Por qué a mí? ¿Por qué estas dos muertes a la vez? ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué tengo que recibir este castigo? ¿Por qué el universo me manda esto de golpe? Mi primer impulso era buscarles un sentido externo a todas esas cosas que no nos gustan para encontrarles justificación. Sin embargo, acabé mirando dentro de mí. Preferí buscar un sentido propio, solo para mí. Una razón que me ayudara a moverme.

En primer lugar, la pena me consumía mucha energía. Necesitaba transformar esa energía de la tristeza en otra cosa. Porque la energía ni se crea ni se destruye, así que yo debía transformarla. Y ponerme en movimiento suponía comenzar a superarla. Debía desengancharme, soltar las amarras, como hizo Lola con nosotros.

En segundo lugar, ya navegando sola en medio del mar, debía dedicar un espacio a pensar. Había vivido esta experiencia, había salido viva de ella. ¿Qué habría hecho ahora Lola en mi lugar?

Lola se dedicó a ayudarnos a los demás. Volcó su experiencia, su conocimiento del dolor, su cultura del acompañamiento, en todos nosotros. Así cuidó de Sole cuando se separó; cuidó de mí cuando me quedé sola o cuando Antonio enfermó;

cuidó de Luis, de Manolo, de Ana, de Loli, de Pedro y hasta de Resti, que no sé cómo lo hizo, porque no entendía ni jota de suajili, pero solo ver cómo lloraba esa muchacha cuando se fue, te hacía entender el valor tan enorme de lo que había hecho por ella. Lola transformó su pena, su soledad, su tristeza por la pérdida de su hombre, en amor, en ayudar a los demás a superar nuestros dolores. Ahí le dio sentido a su propio dolor.

Eso es lo que yo debía hacer.

Los dos años siguientes los pasé hablando del amor de mi vida sobre las tablas del teatro. Lloré cada día cuando escribíamos, cuando ensayábamos, cuando aprendía el texto y cuando lo representaba. Lloré cada noche invocándolo a la luz de la vela sobre el escenario. Su recuerdo, por lo tanto, sigue hoy intacto en mi memoria. Pero volqué aquella energía sobre los miles de espectadores que vinieron a escucharnos y vernos. Les hice reír y llorar a su vez, a hacer lo que Lola hacía con nosotros cada día, convertir las desgracias en comedia, reírse del diablo y mirar hacia delante. Quise creer que con que solo una persona, de las cien mil que vinieron, sintiera que aquello le servía para soltar sus propias amarras y lanzarse al mar abierto de nuevo, yo habría cumplido mi misión.

Y puse to mi coño en esa tarea.

Pero al final del viaje entendí que las respuestas que yo encontré eran solo mías. Me sirven solo a mí. Así que no tengo una receta. Cada uno debe hallar sus propias respuestas, su sentido al dolor que sufre. Lo único común es que hay que salir a buscarlas.

Estas fueron las mías. Si a alguien le valen, aquí las dejo para que las recoja.

Cuando Lola murió, apareció un hombre del pueblo, el Golfo. Es un señor mayor, de toda la vida de Zahara, simpático como él solo. La gente te dice muchas tonterías cuando te quiere dar el pésame, pero él no pudo ser más conciso.

—La Lola… ¡Shicorecorrío!

—¿Cómo?

—¡Shicorecorrío!

El Golfo se alejó sonriendo y yo tardé en entender qué significaba eso que me gritaba entre dientes.

Chico recorrido, me decía. Es decir, lo contrario: vaya gran recorrido de vida había tenido la Lola. Me dio paz, mucha paz escucharle. Con qué concisión resumió algo tan grande.

Un largo recorrido riendo todo el rato. Qué envidia. ¿Y qué hice? Dejé de llorar y empecé a reír.

El tiempo no cura, cura lo que hacemos con ese tiempo, eso había aprendido cuando murió mi padre, e igual que entonces, no paré. Y una vez más, así dejé pasar el dolor de la muerte, y con ello el duelo posterior. Acepté la pérdida y el dolor se transformó en recuerdos. No tenía que olvidar, tenía que recordar, y todo lo que recordaba, de mi padre, de Lola, de Antonio, era bueno.

En estos años no he dejado de mirar adelante. Rehíce mi vida, me volqué más en mi hija y Anna me abrazó para cuidarme y volar juntas. Me embarqué con ella en nuevos proyectos que nos han hecho conocernos más, aprender y hacernos crecer.

La vida son muchas vidas y yo estoy viviendo otro capítulo. No quiero perderme na, quiero ser la protagonista de mi nueva obra. Y que, en la última escena, el público pueda decir:

—¡Shicorecorrío!

Biografía de Paz Padilla

Paz Padilla es la autora del fenómeno editorial de 2021: El humor de mi vida, basado en su dramática y maravillosa experiencia vital, con más de trescientos mil ejemplares vendidos a día de hoy.

Su carrera multifacética comenzó en 1994 tras su aparición en el programa de humor Genio y Figura. Desde entonces, ha hecho de todo en el mundo del espectáculo, excepto dejar de trabajar.

Ha intervenido en un sinfín de programas de radio y televisión como cómica o presentadora, desde Crónicas marcianas a Got Talent, mientras crecía su talento como actriz en El club de la comedia, en series como ¡Ala… Dina! o Mis adorables vecinos, en largometrajes de la talla de Cobardes, comedias como A todo tren 2 y El Hotel de los líos y en exitosas obras de teatro como Sofocos, Desatadas y la versión escénica de El humor de mi vida, que ya han visto más de cien mil espectadores.

Antes de El humor de mi vida, fue autora de otros dos libros: Ustedes se preguntarán cómo he llegado hasta aquí, en 2002 y Quién te ha visto y quién te ve, Mari, en 2013.

En la actualidad, Paz interviene junto a su hija Anna Ferrer en Te falta un viaje —programa creado por ella misma—, sigue interpretando a La Chusa en La que se avecina, continúa con las representaciones de la obra de teatro y forma parte del equipo de conferenciantes de Mentes Expertas. De todo, menos dejar de trabajar.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com